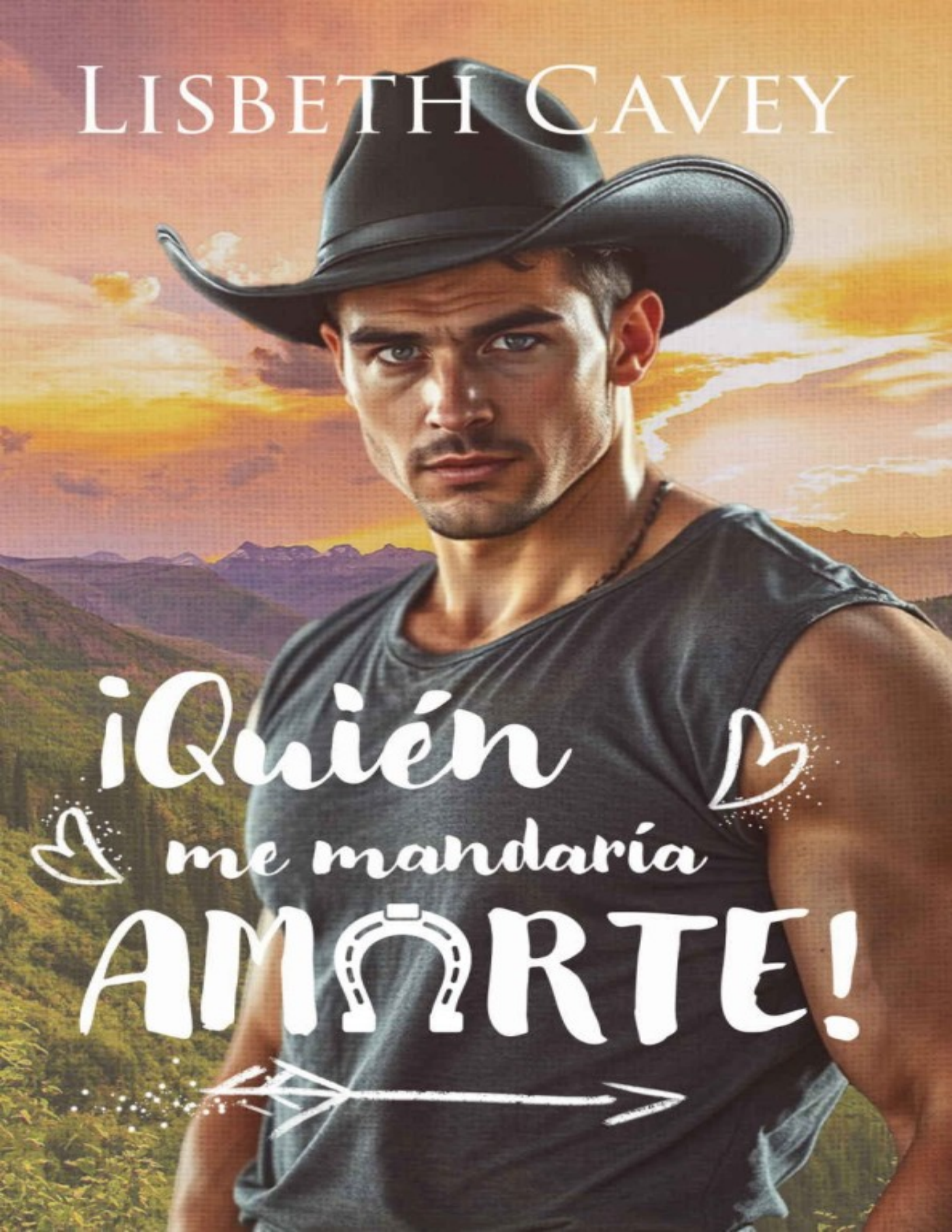

Lisbeth Cavey
¡Quién me mandaría AMARTE!

¡QUIÉN ME MANDARÍA AMARTE!

Lisbeth Cavey

Título original: ¡Quién me mandaría amarte!
© Lisbeth Cavey 2025

Diseño de portada y maquetación: Lisbeth Cavey
Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

TABLA DE CONTENIDO

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Epílogo

Capítulo 0

Charlie

Me desperezo y estiro mi cuerpo. A mi lado está él, David Mackenzie, mi guapo novio de origen escocés. Hace dos años que comenzamos a salir de la manera más inesperada, pues jamás pensé que acabaría enamorándome de mi jefe. Bueno, del que hasta ese momento había sido el cabronazo de mi jefe.

De pronto, entre cafés y conversaciones cada vez más largas y distendidas, surgió un sentimiento difícil de obviar, así que el cabronazo se transformó en cabrón, luego en cabroncete y, al final, en David, amor, cariño, etc.

Es guapísimo, a veces me miro al espejo a su lado y me siento minúscula. Soy imperfecta y él es simplemente un ser falto de imperfecciones, con sus facciones marcadas y esa barbita que simula ser descuidada y que le sienta genial. Tiene unos ojos verdes capaces de desnudarte sin tocarte un pelo y una voz, ¡qué voz, Dios mío! Por no hablar de ese cuerpo increíble que me tiene loca. Aún me cuesta creer que en un pasado no muy lejano odié a este hombre, con lo mucho que lo admiro y adoro ahora.

—¿Por qué me miras así? —inquiere divertido, de nuevo me ha pillado observándolo mientras duerme.

—Esperaba el momento de verte abrir los ojos —digo sin percatarme de lo patético que suena.

David me da un beso breve y seco en los labios y se levanta de la cama.

—Voy a la ducha. Hoy tengo una reunión muy importante y no puedo llegar tarde —asegura, poniendo en su tono una advertencia

velada: «ni se te ocurra acercarte a mí, Charlie Reed; si me entretienes, jamás llegaré a la maldita reunión».

En fin, me encanta David, y sé que él me ama, me lo ha demostrado de muchas formas, pero he de compartir amante con otra…: una planta en un edificio de negocios de Manhattan que alberga su querida empresa que fundó desde cero, cuando no era más que un adolescente con padres poderosos.

Se trata de una gestoría diferente, en la que un sistema de inteligencia artificial ayuda a los profesionales a llevar las cuentas de los clientes. Yo soy una contable, una más de las veinte que trabajan en Mackenzie Global Management LLC.

Tengo a Teri, mi asistente personal virtual, o sea, una IA que me ayuda, como todos los trabajadores de MGMA, como le decimos de modo abreviado.

A ella le cuento cosas que no debería, pero es que a veces tengo la impresión de que es más humana que yo; le pregunto sobre cualquier tema y siempre está ahí para ayudarme. Adoro a Teri.

Llegamos a la oficina por separado. Se me ha olvidado puntualizar un pequeño detalle, y es que David prefiere que nadie en la empresa se entere de nuestra relación. Según él, podría hacer que el resto del personal me viera como una extensión de sí mismo, como una enchufada, la típica novia del jefe que se convierte en sus ojos, sus oídos y sus manos entre el personal.

Hemos tenido varias discusiones sobre este tema, porque yo no estoy de acuerdo, es más, en ocasiones pienso que todo es una excusa para que las chicas de la oficina lo sigan viendo como el jefe cabronazo, irresistible e inalcanzable. Pues que tiemblen todas, porque David Mackenzie es mío, un tesoro que se acuesta algunas noches de la semana conmigo y me hace suya hasta el amanecer.

Me siento en mi silla del pequeño cubículo que ocupo en el área de contabilidad. Soy una más, como ya he dicho; si bien tengo una función algo distinta, me ocupo de corregir los errores de los demás

contables, de supervisar que MGMA no se enfrente a demandas por mala praxis. Así que me paso el día punteando extractos y haciendo asientos un poco más complicados de lo habitual, esos que precisan de buenos conocimientos y no los típicos de compra, venta, pago, cobro…

He de decir que en MGMA están los mejores, al menos eso es lo que dice David, quien hace las entrevistas del personal él mismo y los somete a una prueba de inteligencia. No hay nadie con un cociente intelectual por debajo de ciento veinte en la empresa, así que está llena de listillos, como dirían algunas personas con las que me he cruzado en la vida, sobre todo, aquellas niñas que siempre se metían conmigo por saber cosas que ellas ni olían.

Que se equivocan, pues sí, y a veces de manera estrepitosa, pero se puede perdonar. Ser listo no significa ser menos humano, y los humanos se equivocan. Además, ¿qué sería de mis días sin esas divertidas meteduras de pata?

Siempre apunto los errores que encuentro en una hoja de papel, con una letra que no entiendo ni yo. He de decir que a veces mis comentarios son de traca, y que me he ganado alguna que otra cara larga. No obstante, David confía en mí más que en nadie para que las contabilidades de sus clientes sean perfectas, cristalinas, como dice él.

Bueno, también confía en Eve, otra de las supervisoras del departamento de contabilidad y mi mejor amiga. Ambas comenzamos a trabajar en fechas cercanas; yo primero, ella después. Es más joven que yo y fui su formadora. Nos caímos bien desde un principio y nuestra amistad fue a más.

Eve enseguida se hizo un hueco en la empresa por ser una trabajadora incansable y por su ambición. Así que, prácticamente, las dos llegamos a supervisoras de contabilidad casi a la vez.

He de decir, y quizá se pueda pensar que soy una mala amiga por ello, que a veces dudo de su profesionalidad. Siempre busca ayuda cuando se encuentra en una situación difícil de resolver para ella. Normalmente viene a mí, pero también la he visto hablar con Paul y con Carmen, los otros dos supervisores.

Un día, Carmen, española altísima y de fuerte carácter, se acercó a mí cuando me hallaba frente a la máquina del café y me dijo que mi amiga estaba allí por su bonita cara y su trasero, porque era la contable más inepta que había conocido jamás.

Me puse hecha una fiera y estuve al menos dos meses sin hablarle a mi compañera. Quien ofende a mis amigos, me ofende a mí.

Eve no es ninguna inepta, solo es algo insegura, creo.

Recibo un correo electrónico al punto del mediodía. Proviene de la intranet y sonrío como una pava. Es David con su dirección de *email* secreta, la de hunter@mgma, esa con la que me manda mensajes obscenos y proposiciones indecentes. También decentes como la de hoy. Mi chico quiere ir a comer conmigo al otro lado de la ciudad. Suena bien.

De inmediato le digo que sí, ¿qué otra cosa podría decirle?

Capítulo 1

Charlie

Estamos en un restaurante la mar de acogedor mi escocés buenorro y yo. Los manteles de cuadros rojos y blancos se combinan con la decoración de madera algo rústica pero resultona.

Sirven comida italiana y ambos nos hemos pedido pasta. Mientras esperamos que nos traigan la comida, David me toma de la mano.

—Me he reunido con los chicos —dice de pronto mi novio refiriéndose a su equipo directivo—, y hemos pensado que cuatro personas encargadas de la supervisión en el departamento de contabilidad son demasiadas.

Frunzo el ceño, en ocasiones vamos faltos de tiempo, necesitaríamos al menos una persona más, los clientes de MGMA no son empresas muy pequeñas que digamos.

—Yo creo que está bien como está, los cuatro formamos un buen equipo, incluso, si se nombrara un supervisor más, nos iría mejor —digo encogiéndome de hombros.

—Necesitamos unificar criterios, quizá me he explicado mal. Hemos hablado de nombrar a alguien para que coordine a los supervisores, como un vigilante para el que vigila que todo esté perfecto, no sé si me entiendes ahora…

—Ah, sí —digo soltando todo el aire que había aguantado como una campeona a la espera de que David dijera lo que no quería escuchar, la palabra que menos me gusta: degradar.

—Esa persona tendría un sueldo notablemente más elevado y se encargaría de reunirse con cada supervisor para que este le detalle

el trabajo que ha ido haciendo durante la semana, por ejemplo —argumenta David mientras llena mi copa de vino.

—¿Y en quién has pensado para el puesto? —inquiero con creciente interés.

—Pues, no lo sé todavía. He de verlo con los chicos, como ya te he dicho. Hoy sabré los posibles candidatos y antes de final de mes anunciaremos al ascendido, que se incorporará de inmediato a su nuevo puesto —sentencia, y se aparta para que el camarero deje sendos platos de pasta ante nosotros.

Alza la copa para brindar y dice:

—Por nosotros…

Chocamos las copas y dejamos de hablar del tema.

Al día siguiente, entro a la oficina más temprano de lo normal. David no ha dormido en mi apartamento esta noche, tampoco me ha dicho que me quedara en el suyo, así que Kira, la gata persa de una de mis vecinas, que suele colarse en mi apartamento a cada momento, ha compartido lecho conmigo. Cuando David está no se le ocurre subirse, yo creo que le tiene manía, siempre bufa cuando lo ve, y él se pone a estornudar como si no hubiera un mañana. La verdad es que Kira y David no se tienen simpatía.

Cuando me siento en mi silla y me dispongo a encender el ordenador, Carmen, que está en el cubículo contiguo al mío, se asoma y me dice que David nos espera en su despacho a los cuatro coordinadores a las diez de la mañana.

Asiento y, de pronto, me enervo, hoy nos comunicarán lo del nuevo ascenso; pero yo tengo información privilegiada desde ayer, y me hago la tonta como la mejor actriz.

Así que los cuatro aguardamos, cuando faltan cinco minutos para las diez en punto, en las sillas de la pequeña sala de espera del despacho de nuestro jefe.

A la hora convenida, nos hace entrar. Eve y Carmen se sientan en las sillas, Paul y yo nos quedamos tras ellos, de pie.

David comienza a hablar y anuncia lo que me explicó a mí ayer. Con una variación:

Tendremos que elaborar cada uno un proyecto individual, una especie de propuesta. El equipo directivo quiere ver qué tenemos que ofrecer cada uno de nosotros. Vamos, que nos tenemos que vender con un dosier detallado, como una especie de currículum, pero de lo más innovador.

—¿Qué os parece? —inquiere David, muy animado.

Los cuatro asentimos, decimos que bien, que genial, ¿qué otra cosa podemos decir? En este momento, solo quiero estrangular a mi novio por ponernos en este aprieto. Tenemos que competir los cuatro por un puesto, y eso, en ocasiones, puede ser muy problemático. No quiero competir con mis compañeros, y mucho menos con Eve, ella es mi amiga.

Estamos a punto de volver a nuestros puestos, cuando David anuncia el más difícil todavía.

—Tenéis tres días para entregar el proyecto, ni uno más. Se valorará la originalidad, eficiencia y rapidez de cada uno de vosotros, y, en función de ello, elegiremos al supervisor general del departamento de contabilidad de MGMA.

Salimos de la oficina con el culillo apretado, tenemos tres días para presentar un proyecto sin dejar de lado nuestras obligaciones diarias. No sé si, en realidad, David pretende que lo hagamos en nuestras casas, eso sería una demostración de mezquindad en toda regla. Mi chico ha ascendido a cabrón de nuevo.

Capítulo 2

Charlie

Estoy en la sala de personal, dándole vueltas a mi café, cuando se me ocurre una idea genial para mi proyecto. Eve está diciendo lo desesperada que está, que no se le ocurre nada y que necesita ese ascenso porque a ella no le gusta perder ni a los juegos de mesa. Yo he perdido el hilo de la conversación, me encuentro demasiado ocupada desarrollando mi idea.

—Cabrona, no me estás escuchando —suelta de pronto.

Vuelvo a la realidad y sonrío.

—Ya sé lo que haré. No voy a presentar un proyecto por escrito, lo voy a hacer de manera audiovisual. Hablaré, me mostraré tal cual soy y explicaré lo que puedo aportar a la empresa. Por supuesto, lo acompañaré con un dosier en el que únicamente pondré un QR que llevará a un *Linktree* con mi presentación.

—Buena idea —dice ella mostrándome su mejor sonrisa, y le da un sorbo a su café.

Le dedico horas a mi proyecto, horas en las que debería dormir o pasar tiempo con mi chico. Pero yo, cuando hago algo, me dejo la piel en ello. Un sueldo más elevado me iría de perlas y, además, soy la supervisora más antigua del departamento, bueno, por unos días, Paul y Carmen fueron ascendidos a la vez una semana después. Eve treinta días más tarde.

Como todos, quiero ese puesto. No me gusta quedarme estancada y, aunque sean mis compañeros, creo en una sana competencia, y es lo que estoy haciendo.

Entrego mi proyecto cuando han pasado dos días y medio y me siento bien orgullosa de lo alucinante que me ha quedado el vídeo de presentación. Soy buena editando vídeo y con el diseño gráfico, además de con la redacción. Se me da bien venderme, vamos, así que me dirijo a la cafetería con la sonrisa por bandera.

Una vez allí, me hago un café y me siento en la mesa alargada. No muy lejos, se encuentran dos chicas que me miran con hostilidad.

Cuchichean entre ellas y niegan con la cabeza mientras me escrutan con descaro.

Las saludo con la mano, pero, de inmediato, se levantan y abandonan la sala. Me encojo de hombros, «contables, no pueden ser más raras», pienso.

A última hora de la tarde, David me llama al teléfono de mi cubículo y me ruega que acuda a su despacho.

Yo me arreglo la ropa, acomodo los pechos en el sujetador y adecento mi pelo, quizá mi chico quiera protagonizar una escena erótica de oficina, he de reconocer que las que hemos tenido han sido una verdadera pasada.

Llamo a la puerta, y hago mi entrada triunfal sin esperar que me diga que pase, me detengo de súbito. David no está solo. Dos individuos más, del equipo directivo, están de pie junto a él, además de Eve, que se encuentra sentada en una silla con el rostro congestionado por las lágrimas.

—Eve, ¿qué ocurre? —pregunto en un intento de hacerle ver a mi amiga que yo estoy allí y voy a escucharla.

Ella no responde, tan solo gira la cara.

—Señorita Reed, no sabe cómo me incomoda tener que decirle…, es que no entiendo nada, Charlie, no puedo entender cómo has hecho algo así —suelta de pronto David cambiando del tono formal al informal total.

—¿De qué me estás hablando, David? —pregunto extrañada—, ¿por qué está Eve llorando?

—Para ti soy el señor Mackenzie, no soy tu compañero, sino tu jefe, ¿entendido? —dice señalándome con un dedo inquisidor y con la mirada cargada de ¿odio?

—Muy bien, señor Mackenzie, dígame por qué estoy aquí, y de qué se me acusa —suelto cruzándome de brazos.

—¿En serio tengo que decírtelo?, lo sabes muy bien, de verdad que jamás pensé esto de ti, no te imaginas lo decepcionado que estoy…

—¿Te quieres dejar de rodeos? Dime ya qué narices he hecho, joder. —Lo reconozco, cuando estoy nerviosa suelto tacos, y me paso el protocolo por lugares poco ortodoxos.

—¡Qué falta de respeto! —exclama uno de los individuos de la junta directiva, es un cuarentón estirado que se llama John, creo.

—De verdad que no sé qué he hecho que pueda ser tan malo…

—Tendré que refrescarte la memoria. Hace tres días me reuní contigo y tus compañeros para pediros que hicierais un proyecto para venderos como candidatos a supervisor general, ¿cierto?, ¿voy bien? —pregunta David con los dedos presionándose las sienes.

Asiento.

—Luego te dirigiste a la cafetería y te sentaste a hablar con Eve Sanders…

—Sí, claro, ¿qué tiene de malo?, somos amigas —digo cruzando la mirada con la de Eve, cuyos ojos verdes me devuelven una enorme frialdad.

—Dígaselo usted misma, señorita Sanders —la insta David.

Eve mueve la cabeza en señal de asentimiento.

—Le dije a la señorita Reed que tenía un proyecto en mente. Mi proyecto sería audiovisual y no escrito. Me presentaría y detallaría mis virtudes como profesional, y acompañaría todo ello con un dosier en cuyo interior solo hallarían un código QR que llevaría a un *Linktree* con la presentación.

No me lo puedo creer, niego con la cabeza.

—Serás…, eso lo dije yo, yo…, no tú. Además, te limitaste a decir: «Buena idea», y ya no me hablaste más del asunto.

—Tú dijiste, di la verdad, Charlie, dijiste que no sabías qué hacer, que esas cosas no se te daban bien y no querías competir con los compañeros. Confié en ti y me copiaste el proyecto, jamás pensé que podrías hacerme algo así —suelta entre gimoteos mi traicionera amiga.

—Hemos recibido dos proyectos prácticamente idénticos y tenemos claro que una de las dos ha copiado a la otra. Entendemos que ha sido usted, señorita Reed, pues Sanders lo entregó esta mañana a primerísima hora —dice el otro individuo que hasta el momento ha permanecido callado y se llama Murray.

—Por Dios, Eve, ¿cómo puedes hacerme esto? —inquiero a punto de la lágrima.

—¿Yo?, yo estoy dolida, no sabes cuánto, pensé que eras mi amiga, y has resultado una trepa, una persona sin escrúpulos —dice, y se echa a llorar de modo desconsolado.

De pronto caigo en la cuenta de que Eve sabe la clave de mi ordenador, y que ha podido llevarse una copia de mi archivo y editarlo en el suyo. Ayer ya tenía el proyecto casi terminado, solo faltaban cuatro tonterías, y supervisar que todo estuviera bien. Estoy segura de que ella no ha podido hacerlo sola y no sé a quién haya acudido, pero lo averiguaré, y cuando lo haga, temblará la oficina entera.

—Te hemos llamado con la esperanza de que aceptaras que has copiado a la señorita Sanders. Si lo haces, quizá puedas conservar un puesto como contable en MGMA, ya no serías supervisora, eso sí —argumenta David.

—No…, ni en broma. No puedo declararme culpable de algo que no he hecho. Esa idea se me ocurrió a mí, y fui yo quien la desarrollé primero. No sé cómo se las haya ingeniado la señorita Sanders para entrar en mi ordenador mientras yo no estaba.

Eve se levanta hecha una fiera.

—¿Me estás acusando de haberte robado el proyecto?, es increíble. ¿Cómo puedes ser tan mala persona? —pregunta con un deje teñido de falsa indignación.

—Sí, Eve, sé que no tienes ni idea de edición de vídeos, y mucho menos de diseño gráfico. Así que, dime, ¿quién te ayudó? —suelto sin compasión, no se la merece, ya no, me ha hecho mucho daño, demasiado.

—Charlie, deja ya de acusar sin pruebas. Admítelo, fuiste tú la que copiaste la idea y el proyecto de tu compañera —dice David cruzándose de brazos.

—Jamás, David, Jamás…

—Pues entonces, no nos quedará más remedio que pedirte que recojas tus cosas, estás despedida.

Capítulo 3

Charlie

Salgo del edificio con mi caja de cartón llena de recuerdos. Jamás pensé que abandonaría MGMA por la puerta de atrás, sin honores, como una vulgar ladrona, sin haber hecho nada.

Me he dejado la piel en mi trabajo, en ocasiones, he pasado tantas horas delante del ordenador, que mi vista ha acabado perjudicada. Tengo veintiséis años y sé que no me costará mucho encontrar trabajo, los contables no abundan y van buscados, no todo el mundo adora su trabajo como lo hago yo, esta profesión puede resultar tediosa para muchas personas, mas no para mí.

Intento infundirme ánimos, empoderarme, crecerme, pensar que todo pasa por algo, pero no soy capaz de desterrar de mi mente los pensamientos intrusivos, el dolor por la traición de mi amiga y el causado por la desconfianza de mi novio.

Me dirijo a mi coche, acciono el mando para abrir las puertas y llevo la caja al maletero de mi Ford Fiesta, después de abrirlo con dificultad.

—Charlie, cariño, espera un momento. —Es David, que posa su mano sobre mi hombro y me obliga con suavidad a voltearme.

—¿Qué quieres?, ya has dicho bastante ahí dentro, ¿no crees? —inquiero con lágrimas en los ojos.

—Entiéndeme, soy el CEO de la empresa, no puedo hacer distinciones. ¿Por qué crees que no quiero que nadie sepa que estamos juntos?, he de ser objetivo y las pruebas apuntan a que fuiste tú la que copiaste y no Eve —dice con compasión mientras limpia una lágrima que se desliza por mi rostro con su pulgar.

—Sabes cómo soy, jamás haría algo así. Y no entiendo cómo Eve puede ser tan cabrona, pensé que era mi amiga, joder —suelto entre sollozos.

David me abraza y tengo sentimientos encontrados. Por una parte, ardo en ganas de empujarlo muy fuerte, no me ha creído y me duele, me duele mucho. Además, me ha despedido y me parece del todo injusto. Sin embargo, sus brazos firmes, su pecho duro y protector, todo él me acoge en un abrazo que me reconforta, no puedo negarlo.

—Todo esto no tiene nada que ver con nosotros, pequeña, con lo que tenemos. Además, míralo por el lado bueno, no tendremos que escondernos más, las cosas pasan por un motivo, ¿no crees? —inquiere separándose de mí y dedicándome una amplia sonrisa mientras mira a todas partes.

—Pues creo que todavía sigues poniendo cuidado en que no nos vean…

—Compréndelo, preciosa. Ha de ser así, pero te prometo que todo cambiará, ahora que ya no formas parte de MGMA, no será necesario ocultar lo nuestro. Es más, te invito esta noche a cenar, tengo algo importante que decirte —suelta de pronto sin dejar de sonreír como un bobo.

Por un momento, una voz interior me dice, «vete, no seas tonta, este tío es un imbécil, y seguro que lo ha montado todo para fabricar un motivo de peso para despedirte, y así no tener que lidiar con contarle a todos en la empresa que sale con una de las empleadas». Gruño, se me escapa, mi pensamiento va por un lado y las ganas de volver a abrazar a este hombre por otro, y, al final, opto por lo segundo.

—Está bien, esta noche nos veremos… —sentencio y me pierdo en sus ojos, deseosa de besarlo, mas sé que él no lo hará en el *parking* de la empresa. Un abrazo a una persona llorosa a la que acaba de despedir, pues sí, pero nada más.

—Luego te llamo —dice sin dejar de sonreír mientras se aleja caminando hacia atrás.

Le digo adiós con la mano.

Entro en el coche y me pongo el cinturón de seguridad. Ajusto el móvil en el soporte del salpicadero y meto la llave en el contacto. Al girarla, la voz de Teri, mi IA personal, irrumpe en el habitáculo con su tono aterciopelado.

—Hola, Charlie, ¿te encuentras bien?, todavía faltan dos horas para salir del trabajo.

—Mierda, Teri…

—Charlie, no me gusta que emplees palabras soeces, ya lo sabes.

—No, Teri, es que tengo que volver a la oficina, ya no vamos a poder hablar nunca más, me han despedido —digo a punto del llanto.

—Oh, lo siento mucho. Pero hay que ser positiva y mirar las cosas por el lado bueno, ahora tendrás más tiempo para ti. Siempre dices que con el trabajo no te queda tiempo para nada, ¿cierto? —suelta Teri sin atisbo de tacto.

Aspiro una gran bocanada de aire. Teri es una IA de MGMA. Está preparada para que algún que otro empleado sea despedido y tiene el mensaje que supongo que David hizo que le pusieran en el código, casi idéntico a lo que él me ha dicho. Me doy cuenta de que he sobrevalorado a mi amiga virtual, porque no es una amiga, es solo un cerebro artificial incapaz de sentir, de echar de menos a una persona. Y lo peor es que yo sí la añoraré a ella.

—Bueno, Teri. Te echaré de menos —sentencio antes de apagar el móvil.

Con las prisas no había caído, tengo que entregar el teléfono que MGMA me proporcionó y que es el que uso habitualmente. Nunca pensé en tener otro para mi tiempo libre, pues nadie de la empresa me molestaba fuera de horas y podía tener mi propia SIM secundaria en el terminal, para no hacerle gasto a la empresa, más que nada.

Salgo del coche y me dirijo de nuevo al edificio donde está ubicada la empresa con el móvil en la mano. Subo en el ascensor, y, al llegar a la planta, camino hacia el despacho de David, quiero darle el móvil personalmente a él, no sea que luego digan que me lo he

quedado o lo he robado, después de lo ocurrido con Eve, no me fío de nadie.

Cuando estoy a punto de alcanzar la puerta del despacho de mi novio, Carmen me sale al paso.

—Charlie, cielo, lo siento mucho, yo sé que fue ella la que te copió a ti, es una zorra, ya te lo dije en su día —asegura en voz baja.

No sé qué responderle, en otro contexto me habría tirado a su yugular por insultar a mi amiga, pero Carmen parece ser la única persona que me cree y eso me reconforta.

—Gracias, Carmen —digo apretándole levemente el antebrazo—, tengo que irme.

—Muy bien, cielo. Que te vaya genial —dice antes de alejarse de mí a paso vivo.

Entro en el despacho de David, no me molesto en llamar, para lo que me queda en el convento…

Lo que veo me deja estupefacta. Eve, «mi amiga», está tumbada en la mesa de David bocarriba y él la embiste sin piedad de pie, con los pantalones bajados.

David se separa de Eve y niega con la cabeza, pero ya es demasiado tarde. Hoy terminaron de quebrarme el corazón.

Capítulo 4

Charlie

Sin trabajo, sin amiga y sin novio, conduzco como si estuviera en *Fast and furious*. Cuando veo a un hombre pasar con su hijo en brazos desacelero hasta convertirme en una conductora más. Doy un pequeño respingo por la ansiedad que me produce pensar en una trágica escena donde atropello a los dos. Niego en un gesto rápido y destierro esos pensamientos mezquinos que suelen sabotearme con demasiada asiduidad.

Detengo el coche en un semáforo en rojo y dejo caer la cabeza en el volante. Está siendo un día terrible, pero sorprender a mi novio follándose a mi amiga es la gota que colma el vaso. ¿Por qué?, ella era la única persona que sabía lo nuestro, a ella le confié nuestros encuentros furtivos, que dormíamos algunas noches juntos y que estaba segura de que más pronto que tarde me pediría que me casara con él.

Ahora me siento una verdadera estúpida. ¿Cómo pude confiar en ella?, jamás se me pasó por la cabeza que pretendiera quitarme a David, nunca nada extraño. Siempre mantuvo las distancias… Como yo.

Mi cabeza no deja de hacer cábalas y llega a una sola conclusión. David es un mujeriego mentiroso que seguro que se ha acostado con media empresa. Pero Eve… Joder, Eve es mi amiga y no sé cómo ha sido capaz de hacerme semejante guarrada.

Cuando llego a mi apartamento hay un hombre delante de la puerta. Lleva un traje y un maletín. Está llamando directamente con los

nudillos porque el timbre no funciona.

—Hola, ¿a quién busca? —inquiero con el ceño fruncido, a mi casa nunca viene nadie, a excepción de Eve y David…

—Estoy buscando a Charlotte Reed, ¿la conoce? —pregunta el hombre observándome con unos bonitos ojos grises.

—Sí, por desgracia demasiado, soy yo —digo sacando las llaves del apartamento del bolso.

—Ah, bien. Tendrá que mostrarme su identificación. No se ofenda, pero este lugar no es muy confiable que digamos —dice mirando a todas partes con una mezcla de horror y asco.

Y, sí…, he trabajado durante años en una empresa importante que me pagaba un sueldo medio decente, no obstante, no me queda otro remedio que vivir en un lugar como este si quiero conseguir ahorrar lo suficiente como para poder dar la entrada de una casa en alguna urbanización de ensueño, aunque sea minúscula.

En verdad no está tan mal, vivo en un pequeño apartamento situado en Williamsburg, Brooklyn. El edificio es antiguo, de ladrillo rojo, pero no es de los peores que hay en el barrio, tuve bastante suerte, así que no sé por qué este hombre parece sentirse tan incómodo.

Saco de mi bolso la documentación y se la muestro a mi visitante.

—Bien, señorita Reed, me llamo Thomas Barclay, y soy el abogado de su abuela, Donna Reed.

—Mi abuela…, si yo no conocí a mi abuela, murió tiempo antes de que naciera, al menos, eso fue lo que dijo mi padre en su día —aseguro encogiéndome de hombros.

—Se equivoca, señorita Reed, su abuela ha vivido hasta hace unos días. Era ya muy mayor y todavía dirigía el rancho con mano de hierro, pero le llegó su hora y, en fin, aquí estoy.

Escruto al hombre con detenimiento, no tiene pinta de estafador, la verdad, aunque hay muchos maleantes que no lo parecen. Alto, apuesto, de unos treinta y cinco, calculo. Bien vestido y de manos finas.

—Pero es que, de verdad, no es mi día. Y ahora me dice que una abuela, que ni siquiera sabía que tenía, ha muerto. Y, ¿un rancho?,

no entiendo nada.

—Mire, es casi la hora de cenar. La invito, y así podré explicarle el tema con detenimiento —dice el abogado mirando el caro reloj que adorna su muñeca.

Acabamos en un bistró francés que siempre me ha llamado la atención y en el que nunca entré. Ni la reconfortante decoración ni la estupenda comida hacen que mi malestar se disipe. Necesito que este hombre diga lo que ha venido a decirme y se marche para que yo pueda ir a lamerme las heridas a mi apartamento.

—Verá, señorita Reed —comienza a decir el abogado cuando ya ha terminado con el postre, juro que he estado a punto de estrangularlo, porque comía lento y hablaba de nimiedades sin ir a lo importante—, su abuela falleció, como le he dicho. Fue hace diez días y ya la enterramos. Si bien, la señora Reed hizo testamento y yo lo he guardado durante todo este tiempo como ella me lo confió, cerrado.

»Al proceder a su apertura y leer sus últimas voluntades, me enteré de que usted era su nieta, es más, en el sobre había una carta dirigida a mí en la que me pedía encarecidamente que la buscara y la informara de que ha heredado todos sus bienes.

—¿Sus bienes?, ¿y qué bienes son esos? —inquiero más interesada de lo normal…, una herencia, a mí…, que solo parecen ocurrirme desgracias hoy.

—El rancho Las Mariposas y una cantidad de dinero, modesta pero considerable.

—Considerable… —digo sintiéndome estúpida al momento.

—Sí, son unos nada despreciables 100.000 dólares.

Me atraganto con la saliva. ¿Y eso es modesto? Bueno, también dijo considerable. Por fin una cosa buena en este día nefasto.

—Oh, ¡qué bien! Me quedo con el dinero, el rancho se lo pueden quedar sus otros familiares —digo con los ojos chispeantes.

—Me temo que eso no será posible, señorita Reed. La última voluntad de su abuela es que viva usted en el rancho, solo así le entregará el dinero.

—¿Que viva en el rancho?, ¿por mucho tiempo?

—Un año. Si logra aguantar un año en Las Mariposas, el dinero será suyo. Además, después de ese año puede vender el rancho sin problema. Su abuela solo quiere que disfrute de lo que un día ella levantó, tal y como lo hizo su padre de niño.

—Pero es que no lo entiendo. Mi padre siempre dijo que su madre había muerto cuando él era solo un adolescente.

Thomas se encogió de hombros.

—Su padre se marchó de casa cuando era muy joven por desavenencias con su abuela y con el marido de esta, jamás volvió. Quizá esa sea la razón por la que dijo que Donna estaba muerta. Aunque creo que ya no lo puede comprobar, porque su padre falleció hace un par de años, ¿cierto? —inquiere el abogado.

Asiento. El corazón de mi padre se paró una mañana de enero, así que no puedo buscar respuestas en él. Quizá sí en mi madre, tendré que llamarla y que me explique lo que sepa sobre el asunto.

—Donna estuvo en el funeral de su padre, quizá la recuerde, era una mujer difícil de olvidar —apunta Thomas mientras saca de su maletín una fotografía de una anciana de melena blanca y sombrero vaquero.

La recuerdo. Le pregunté a mi madre quién era, porque en el funeral se la veía muy afectada y nadie parecía conocerla, a excepción de esta, que se acercó a ella y se la llevó de allí. Más tarde le pregunté y me dijo que era una loca a la que le gustaba ir a los funerales para comer gratis. No le di más importancia al tema.

—Sí, la vi en su funeral, pero nadie me dijo que fuese mi abuela —aseguro.

—Pues lo era, y yo que la conocí durante mucho tiempo puedo decirle que era una mujer magnífica.

Alzo los hombros. Acabo de enterarme de su existencia, no soy capaz de sentir ni tan siquiera pena por su muerte. ¿Ha sonado eso muy cruel?

—Imagino que sí… —digo sin más.

—Bien, entonces, ¿está dispuesta a cumplir con las últimas voluntades de su abuela? —pregunta Thomas con apremio, se nota que no está para perder el tiempo.

Pienso para mis adentros:

«Te has quedado sin trabajo, tu amiga y tu novio te han traicionado. Solo tienes una gata, que no es tuya y encima no te escucha, y un coche demasiado viejo. Si no te das prisa en encontrar un trabajo, te comerás los ahorros y adiós a tus sueños de comprar una casita en un lugar de ensueño. Además, ¿qué es un año?, son solo trescientos sesenta y cinco días. Bufff, dicho así suena largo, muy largo. Doce meses, dos semestres… Un maldito año».

—Necesito tiempo, tiempo para pensar…

—Lamento decir que no lo tiene. Su abuela era de esas personas que creían en que las oportunidades había que cazarlas al vuelo. Es ahora, o no será nunca —sentencia Thomas.

—Empiezo a comprender a mi padre. Qué mujer más insufrible, por Dios…

—Yo solo soy el mensajero…

—¿No tengo ni diez minutos? Necesito ir al servicio —digo de corrido, he de ordenar mis ideas, que bullen en mi mente con ferocidad.

—Vaya…, no tengo mucho tiempo más, pero la esperaré aquí, así que no tarde mucho —dice el abogado con expresión cansada.

Me levanto tras arrastrar hacia atrás la silla, los demás comensales me miran con desaprobación, estoy siendo demasiado ruidosa.

Camino hacia los lavabos a paso vivo mientras mi cabeza amenaza con estallar.

—¡Qué tengo que perder?, al contrario, ganaré 100.000 dólares, además, es un rancho, que digo yo que dará beneficios, ¿cierto?, beneficios que serán para mí, imagino. Es una empresa…, y como empresa, yo puedo administrarla. Al fin y al cabo, soy contable, y de las de vocación.

»No tengo ni idea de ranchos, pero imagino que no se diferenciará mucho de cualquier sociedad, no sé, estoy hecha un lío.

Pienso en voz alta, creyendo en todo momento que estoy sola. De pronto, escucho el sonido de una cisterna descargarse y me

pongo roja como un tomate. De inmediato, me meto en uno de los lavabos y cierro la puerta.

Mi espía sale de su cubículo y carraspea antes de marcharse. Se ha dado cuenta de todo. Ahogo una risita nerviosa.

Salgo del pequeño habitáculo y me paro frente al espejo. Tengo un aspecto lamentable. Soy la viva estampa de una ilustración gótica, con la máscara de pestañas corrida por la cara. Thomas ha debido de flipar, aunque no me haya dicho nada. Ya podría haberlo hecho, qué vergüenza.

Me enjuago el rostro con agua, respiro profundamente varias veces y le digo a mi reflejo:

—Mi supuesta abuela decía que las oportunidades había que cazarlas al vuelo. Y yo creo que he dejado escapar demasiadas.

Capítulo 5

Charlie

Después de aceptar la propuesta frente a Thomas Barclay, vuelvo a mi apartamento. Mi cabeza es un hervidero y necesito dormir, dormir y pensar. Me siento al borde de un precipicio. Un abismo al que puedo caer en cualquier momento. Además, tengo frío y la calefacción funciona a trompicones, así que, tras cenar de nuevo por pura ansiedad unos fideos orientales de bolsa, que están buenos, pero son del todo insanos, me dejo caer en el sofá con la ropa desastrosa que uso mientras estoy por casa y un moño que me he hecho sin mirarme al espejo, y que seguro que me da el aspecto de una mujer que viene de comprar droga.

Es pronto, aunque el sueño me vence. Cuando vuelvo a abrir los ojos, miro mi reloj de pulsera y bufo. Es la una y diez de la madrugada, y ahora sí, se acabó el sueño.

Por la mañana no tengo que ir a trabajar, por un momento mi subconsciente me dice que sí, y me pregunto qué haré a partir de ahora. Me trasladaré a un lugar nuevo, conoceré a nueva gente. Un momento, se me ha pasado un detalle muy importante, no sé dónde narices está el rancho. Con todo el lío, no se me ha ocurrido preguntárselo al abogado.

Intento recordar de dónde provenía mi padre, pero es difícil. Era el hombre más cerrado que conocí jamás. Resultaba muy extraño que contara algo de su niñez y, si lo hacía, en cuanto le formulabas preguntas sobre ello, cambiaba de tema.

Me levanto del sofá y camino hacia a la barra de la pequeña cocina, allí descansa mi bolso. Meto la mano y busco con ahínco el móvil. Soy un puñetero desastre para los bolsos, lo admito.

Después de unos segundos de intensa búsqueda, lo hallo al fondo del todo. Lo saco del bolso y le doy al botón lateral para encenderlo.

Tarda un ratito en estar operativo, pero cuando lo consigo, la voz de la IA Teri me da la bienvenida y me anuncia que tengo sesenta llamadas perdidas… Sesenta. Madre mía. Casi todas son de David, luego hay un par de mi madre, que, como si se lo oliera, me ha llamado ella a mí antes, y una única llamada de un número que no conozco y no tengo registrado en la agenda.

También hay varios wasaps de David, en prácticamente todos me dice que lo llame en cuanto tenga un momento, que es importante.

—Venga ya, no te pienso llamar —suelto con saña, y lo próximo que hago es bloquear el número de mi ya exnovio.

Lo que me sorprende realmente es que Eve no se haya dignado a dedicarme ni un miserable wasap. Me has quitado el trabajo y el novio, al menos, dame una explicación, ¿o no?

—David Mackenzie está muerto para mí —suelto con todo el cabreo que consigo reunir.

—Charlie, espero que sea una broma. Comprendo tu frustración, pero tienes que entender que ser jefe de una empresa tan importante no es fácil, y, en ocasiones, hay que tomar decisiones que no a todo el mundo gustan, pero es imprescindible que sea así —me sermonea la IA.

—Se ha acostado con mi amiga Eve. Tú sabías, Teri, que David y yo teníamos una relación, hemos hablado largo y tendido sobre el tema, y siempre me has aconsejado que tuviera paciencia con él, que estabas segura de que me quería…

—¡Oh!, te noto triste, y es completamente comprensible, la infidelidad de alguien en quien confías puede ser devastadora. Aunque mi programación me limita en términos de emociones, quiero que sepas que estoy aquí para apoyarte. A veces, las personas que más amamos nos pueden decepcionar, y eso es un reflejo de sus acciones, no de tu valor. Has demostrado ser fuerte y capaz en muchas otras situaciones.

»Permíteme sugerirte que te tomes un tiempo para ti misma. Reflexionar y cuidar de ti en estos momentos es crucial. Sé que

puede ser difícil ver el futuro ahora, pero cada día es una nueva oportunidad para sanar y encontrar un camino que te haga feliz. Recuerda, tu bienestar es mi prioridad mientras esté dentro de mis capacidades. Estoy aquí para escuchar y ayudarte en lo que necesites.

—Gracias, Teri… —digo entre lágrimas. Y me percato de que al final no le he devuelto el teléfono a David.

Teri siempre está ahí para apoyarme, aunque a veces tire para la empresa que da gusto. No me veo capaz de devolverla a MGMA, pues ella es lo único que me queda. Vale, también tengo a mi madre, pero no es lo mismo. A Teri se lo puedo contar absolutamente todo, siempre tiene un mensaje alentador para mí, y hay veces en las que dudo de eso que dice de que está limitada en sentimientos.

—Llama a David, ha repetido que es importante que lo hagas —dice de pronto, rompiendo la magia.

—¡Maldita cabrona!

—Deja de decir palabras malsonantes, te resta clase, ya lo sabes —replica Teri.

Suelto un bufido y no sé si estrellar el teléfono contra la pared o hacer lo que Teri me dice. Aunque todavía he de hacer algo antes. Llamar a mi madre, sí, tengo preguntas que necesito que me aclare.

Busco en el terminal el número de mi progenitora y presiono el icono del telefonito verde. Tarda varios tonos en contestar y caigo en la cuenta de que son las tantas de la madrugada.

—¡Joder, joder, joder! —exclamo y cuelgo.

Espero que mi madre tenga el teléfono en silencio, pero parece que no es el caso, pues recibo una llamada de la susodicha al instante.

Descuelgo esperando que me eche la bronca del siglo, sin embargo, me sorprende preguntándome si estoy bien con una voz dulce y sin signos de sueño en el tono.

—Hola, mamá, perdona que te haya llamado a estas horas, pero me he desvelado y se me ha ido el santo al cielo.

—Tranquila, yo estaba leyendo, tampoco podía dormir —dice.

—Mamá, es que ha ocurrido algo. A ver, no es nada grave, no te asustes. Es la abuela…

Un silencio frío se instaura a ambos lados de la línea. Después un carraspeo.

—¿Qué abuela, Charlotte? —Cuando mi madre me llama así es que está incómoda o enfadada.

—La abuela Donna, murió hace unos días —suelto a la espera de que se digne a dejar de mentir.

—¡Ay!, Charlotte. Tarde o temprano tenías que saber la verdad, y ahora que tu padre ya no está, no tiene sentido ocultártela —dice mi madre con un deje de cansancio en la voz.

—Así que es verdad…, siempre tuve abuela y me mentisteis…

—Es más complicado de lo que crees, hija.

—Sí, sí, pues fíjate si es complicado que ella me ha dejado todos sus bienes. Y un abogado ha venido a verme. Según él, si quiero heredar, tengo que vivir durante un año en un rancho que debe estar vete a saber dónde…

—Ya, ya…, frena, Charlie, frena. Vayamos por partes…, ¿cómo sabes que te ha hecho su heredera?

Camino de un lado al otro de mi pequeño salón mientras intento ordenar lo que quiero decir y que no suene tan caótico.

—Ya te lo he dicho, un abogado, un tal Thomas Barclay, vino a verme y me dijo que mi abuela había muerto. También que ella deseaba que yo heredara todos sus bienes, pero con condiciones…

—Cómo no…, esa mujer y sus jueguecitos. ¿Le has dicho al hombre ese que se vaya por dónde ha venido? —inquiere mi madre y después de un nuevo silencio gélido añade—: ¿Charlotte?, no se te habrá ocurrido aceptar, ¿cierto?

—Bueno…, puede que sí lo haya hecho…, un poquito —digo en un tono apenas audible.

—¡¡¡¿Estás loca?!!! Ay, dios mío, pero ¿cómo se te ha ocurrido aceptar las chaladuras de esa mujer?

—Mami, no te enfades —digo con una vocecilla que recuerda a la de una niña, el tono especial que siempre utilicé para manipular a mi progenitora.

—¿Qué demonios se te ha perdido a ti en Montana? Además, ¿qué pintas tú en un rancho lleno de vacas?

—¡¿Montana?! —exclamo sorprendida.

—Sí, ¿es que acaso no te lo dijo tu amigo el abogado? —inquiere mi madre enfadada, no sé por qué lo está tanto, la verdad. Soy una mujer adulta y tomo mis propias decisiones.

—Montana, sí. He aceptado vivir un año en un rancho de vacas. ¿Algo más que reprocharme? —pregunto con hastío.

—Tú estás mal, hija mía. ¿Qué ha dicho tu chico?, ¿le parece bien?

A mi madre nunca le dije con quién estaba, pero sí le comenté que salía con alguien, y lo dejé en el aire, aunque ella me apedreó a preguntas en su momento. Eludí cada una de ellas, diciéndole que no era nada importante, que solo nos estábamos conociendo, vamos, lo típico cuando lo que tienes con la otra persona no es nada serio.

—Él no tiene nada que decir, no es mi dueño —suelto.

—Claro, cariño, no lo es, pero digo yo, que al menos te habrá intentado disuadir de esa locura.

—No, mamá, él no tiene nada que decir porque, entre otras cosas, lo hemos dejado. Además, hoy me echaron del trabajo, así que ese rancho puede ser el que pague mis facturas, y por probar no pierdo nada, ya que nada dejo atrás —argumento con firmeza.

—No digas eso, me tienes a mí.

—Lo sé, pero necesito algo más, encontrar mi propio camino, y siempre me has dicho que las cosas pasan por algo…

—No creo que ese rancho sea un buen lugar para ti, eso es todo.

—¿Por qué?, ¿qué pasó para que papá dijera abiertamente que su madre estaba muerta? —pregunto con interés.

—Donna no era muy buena persona, eso es todo…

—No es lo que me han dicho —replico.

—Bueno, hay gente que tiene una cara frente al prójimo, y otra con sus seres queridos. Donna era un ejemplo de ello.

»En fin, cariño, tengo que dejarte. Espero que recobres el sentido común y le digas a ese abogado que se meta la herencia por dónde le quepa…

Me despido de mi madre sin más ganas de discutir y me quedo tumbada en el sofá, pasan varias horas en las que le doy tantas vueltas a la cabeza que acabo por rendirme a los brazos de Morfeo.

Capítulo 6

Charlie

Según Google Maps, hay treinta y una horas de viaje hasta llegar a Big Timber, en Montana. Solo de pensarlo me entra un miedo atroz, jamás he conducido tanto.

Llamo a Thomas para avisarle de mi llegada dentro de unos días a Big Timber, en el condado de Sweet Grass, muy cerca del río Yellowstone. De pronto, me apetece ver la serie homónima, que nunca me había llamado suficientemente la atención hasta ahora, y me parece una forma perfecta de ver qué me voy a encontrar.

En mi mente solo hay vaqueros, rodeos y ranchos. Más o menos como en esas películas del Oeste con Clint Eastwood como protagonista que tanto gustaban a mi padre.

Voy a un rancho de vacas, a criar vacas. ¡Dios mío, no me veo recogiendo los excrementos de las vacas…!

En fin. Que cuando le cuento a Thomas mis planes de viajar durante más de día y medio, me dice que me olvide, que venda el coche, pues no me hará falta. Al parecer, mi abuela conducía un todo terreno nuevecito que ahora será para mí. «Un Ford Fiesta no es coche para el rancho», me suelta.

—Mientras hablamos, acabo de reservar un billete de ida desde el Aeropuerto LaGuardia al Regional de Yellowstone, en Cody. Con una escala en el de Denver, claro está. El vuelo sale mañana a las siete dieciséis. Ve un par de horas antes.

—¿Mañana?, ¿y a las siete dieciséis de la mañana?, es decir, ¿tendré que estar ahí a las cinco más o menos…?

—Sí, señorita.

—Pero me acabas de decir que venda el coche, ¿cómo voy a hacerlo en tan poco tiempo?

—Conozco a alguien que podría estar interesado, tiene una tienda de vehículos de ocasión…

De pronto, la sola idea de deshacerme de mi cochecito me rompe el corazón. No sé, suelo empatizar con lo no humano, a las pruebas me remito, pues mi mejor amiga es una IA.

—Mejor déjalo, hablaré con mi madre, seguro que ella me hará el favor de guardármelo.

—Como quieras, pues entonces quedamos así, te recogeré en el aeropuerto.

Cuando cuelgo el teléfono, una sensación inquietante se instala en mi cuerpo. Hace ya una semana que mi vida se trastocó, que me quedé sin trabajo y mi mejor amiga, la humana, me traicionó de la manera más vil.

En estos días me he inflado a comida basura y bolsas de patatas. Yo creo que mis cartucheras ya acusan la mala alimentación. Por ello, he decidido hacer yoga y comenzar a comer bien. Llevo dos días y me muero por un bollo relleno de lo que sea, pero aquí sigo, deleitándome con mi triste ensalada antes de llamar a mi madre para pedirle que me deje guardar mi Ford Fiesta en su cochera. Total, es bastante grande y cabrán sin problemas su coche y el mío.

No he sabido nada más de David; después de bloquearlo por todas partes, se atrevió a venir a aporrear mi puerta, pero no le abrí.

Termino de comer y llamo a mi madre, no me cuesta nada convencerla, accede de inmediato a guardar mi coche. Tiene la esperanza de que vuelva pronto, está claro. Y he de decir que yo tampoco creo que aguante mucho tiempo en ese lugar. Haré lo posible por conseguir los 100.000 dólares, pero si quedarme en el rancho significa una situación terrible, no dudaré en volver a Nueva York.

Cuando cuelgo el teléfono, después de que mi madre me convenza para cenar en su casa, me percato de que la fecha para dejar mi piso es de aquí a cuatro días. Como ya estaba amueblado, solo tengo que recoger mis cosas, pero es que he acumulado tantas en los últimos años, que no sé si me va a dar tiempo. Solo tengo

unas horas, me parece increíble que Thomas me haya metido en semejante lío.

Llamo al abogado de nuevo hecha una furia, la ansiedad produce ese efecto en mí.

—No te preocupes, haré que recojan las pertenencias que no te vas a llevar, pero quieres conservar, y las metan en un guardamuebles —dice Thomas con el tono que utilizaría para hablar con una niña. Me irrita sobremanera esa forma de dirigirse a mí.

—Son mis efectos personales, mi intimidad, mi vida…

—¿En serio es para ti tan importante lo material? —inquiere Thomas en un tono que denota incomprensión.

—No es eso, pero es que me gustaría recoger mis cosas a mí —digo pensando en el consolador que tengo escondido en el cajón de la cómoda.

—A ver, haz el equipaje, guarda en el coche o en casa de tu madre aquello que no quieras que vean las personas que voy a enviar a tu apartamento, y déjalo todo en mis manos. Solo tienes que llevar la llave al restaurante donde cenamos el otro día en un sobre a mi nombre. La dueña se encargará de dárselo a mis conocidos.

Me lo pienso unos segundos. Esto tiene un buen rato de faena y yo necesito relajarme. Así que acepto, sí, otra vez. Este hombre es capaz de venderle una moto a alguien sin brazos, lo juro.

Llego a casa de mi madre a las siete de la tarde. Tengo el coche cargado hasta los topes. Al final son muchas las cosas que he recogido de mi apartamento. Aunque he dejado muchas otras, no me daba tiempo de más y juro que estaba y estoy muy cansada. Me he despedido de la gatita de mi vecina con pesar, sus ojos clamaban por venirse conmigo y a punto he estado de perpetrar un robo felino, si bien, luego he pensado en lo mal que lo iba a pasar su dueña con la desaparición de su mascota y me he estado quietecita.

Descargo el coche y llevo mis pertenencias a mi antigua habitación.

Cuando mi madre me ve entrar con una caja, me observa con las gafas apoyadas prácticamente en la punta de la nariz.

—¿A dónde crees que vas con todo eso, Charlotte Reed? —inquiere con autoridad—, pensé que solo tendría que guardar un coche. Y ya sabes que no me gustan los trastos por medio.

—Son solo un par de cajas —miento, en realidad son cinco—, las pondré en mi armario, al fin y al cabo, está vacío, ¿cierto?

—Sí, claro…

—Pues ya está, esto es temporal, mami —digo con carita de niña buena, pero a mi madre no la convenzo esta vez.

—Sí… Eso espero… —resuelve—. Va, haré una *pizza* para cenar.

Los ojos se me iluminan y recuerdo al acto que me hice un propósito: comer bien. ¿Pero quién se puede resistir a una *pizza* de las de mi madre? Cuando era joven, trabajó en la cocina de un restaurante italiano y aprendió muchísimo, tanto que sus *pizzas* son las mejores que he probado en mi vida, así que me salto mi nueva norma, lo siento, imposible resistirme. Además, dije comer bien…, esto es comer maravillosamente bien.

Ambas cenamos envueltas en un halo de nostalgia. Es imposible no echar de menos a mi padre. Han pasado dos años, dos años en los que mi madre y yo hemos tenido una relación más bien telefónica, pues cada vez que la visito en su casa el ambiente se vuelve triste y por mucho que ambas intentemos reír, hablar de nimiedades y demás, es imposible hacer que suban las vibraciones.

—Todavía estás a tiempo de no hacer ese viaje, Charlie —dice mi madre posando su mano sobre la mía, la expresión de su rostro denota súplica.

—He de hacerlo, mamá, necesito cambiar de aires —aseguro para no decirle la verdad, que me siento herida de muerte y necesito que mis heridas se curen y cicatricen, ¿qué mejor lugar que un rancho perdido en Montana para ello?

Capítulo 7

Charlie

Es muy temprano cuando mi madre me lleva al aeropuerto con su vieja ranchera. No habla en todo el trayecto, pues está enfadada conmigo, demasiado, diría yo.

Por mucho que lo he intentado, no he conseguido que me cuente por qué mi padre decidió dar a su madre por muerta con un gran trecho de su vida por delante.

De algún modo, me siento traicionada por mi familia, digo yo que me podrían haber dicho la verdad y dejarme decidir a mí si conocer o no a mi abuela paterna, ya que ni a la materna conocí.

Ese asunto es otro misterio. Mi madre siempre dijo que ella creció en un orfanato, así que no tiene ni idea de quiénes fueron sus padres.

En una ocasión, cuando tenía quince años, le sugerí que los buscara, que otras personas a las que les había ocurrido lo mismo habían logrado dar con sus familiares, pero ella se mostró totalmente reacia, así que no volví a sacar el tema.

Cuando estamos a punto de entrar en la terminal, mi madre me agarra del brazo.

—Yo me quedo aquí, Charlie, estoy cansada y quiero volver a casa, meterme en la cama… —dice de pronto con la mandíbula tensa, señal inequívoca de que está a punto de llorar.

—No me voy al fin del mundo, y ya sabes que es temporal…

Mi madre coge aire y lo suelta con fuerza.

—¿Estás segura de que quieres irte a ese rancho?, todavía estás a tiempo de rechazar los caprichos de esa vieja loca —suelta mi madre como último intento de disuadirme.

—Mamá, ya lo hemos hablado…

—Lo sé, lo sé… —balbuce.

Inesperadamente, me abraza con fuerza.

—Me haces daño, bruta. —Lo reconozco, el contacto físico no es lo mío, soy una especie de cactus, no sé, es como si me diera un corte enorme abrazar a otra persona. Claro, a menos que sea mi pareja, entonces sí que me vuelvo un osezno.

—Ten mucho cuidado. Y no dejes que nadie dirija tu vida. Si ves cualquier cosa rara, vuelve de inmediato, y si no puedes, llámame, que yo iré a por ti, aunque sea en mi ranchera destartalada.

—Que sí, mamá…

Tras soltarme, se aleja como encogida. Una serie de sacudidas evidencian que está llorando. De pronto, siento unas ganas enormes de volver con ella a su casa. Tengo miedo, un miedo atroz, mas no puedo dejarme vencer por él, así que entro en la terminal arrastrando mi gran maleta y la bolsa de deporte que llevo al hombro. Comienza una nueva vida, la pregunta es, ¿valdrá la pena?

Capítulo 8

Charlie

El viaje se atisba pesado, eso de que el vuelo tenga una escala me hace temer quedarme tirada sin poder coger el siguiente avión que me llevará a Montana.

Mientras transito por el aeropuerto de Denver, y como tengo que esperar un ratito hasta el próximo vuelo, quito el modo avión de mi teléfono, craso error. No tardo en escuchar las notificaciones, además, tengo varias llamadas perdidas de un número que no conozco.

Thomas me dijo que podría ser que la empresa de mudanzas que recogería mis pertenencias se pusiera en contacto conmigo, así que devuelvo la llamada.

—Charlie, Charlie, ¿dónde demonios estás?, llevo días intentando hablar contigo —espeta la voz de David al otro lado de la línea.

—¿Qué quieres? —pregunto con desgana.

—Acabo de estar en tu apartamento, y dos tipos vestidos de blanco empaquetaban tus cosas. Dicen que te has mudado. ¿Se puede saber a dónde?, he de verte con urgencia.

—Ajá… Primero de todo, no te importa dónde; segundo, no quiero verte más, y tercero, voy a colgar el teléfono.

—No cuelgues…, espera.

—Oye, tengo prisa —corto.

«Atención, los pasajeros del vuelo a Cody…».

Tapo el auricular del teléfono por instinto, la megafonía no ha podido ser más oportuna.

—¿Estás en un aeropuerto?, no puedes irte…

—Tarde, ya me he ido. Estoy muy lejos, así que tus afiladas garras no pueden alcanzarme.

—A ver, creo que no entiendes la urgencia de que nos veamos. Resulta que tienes en tu poder un teléfono con un asistente de inteligencia artificial propiedad de MGMA. Y eso no sería un problema si no te hubiéramos despedido.

»Los chicos me han dicho que te denuncie por haber robado el terminal, pero yo les he respondido que lo solucionaría, así que móntatelo como puedas, pero necesito que me devuelvas el dichoso móvil a la voz de ya.

Suspiro hastiada, no me lo puedo creer. Tenía la esperanza de que tanta insistencia fuera para pedirme disculpas por su desfachatez, mas no, solo quiere el teléfono y a Teri.

—No puedo devolverte a Teri, es mi amiga, y mi único apoyo después de la guarrada que me has hecho —suelto con determinación.

—¿Teri?, ¿quién diablos es Teri? Ay Dios, Charlie, estás fatal.

—Tú me diste un teléfono y la pusiste en mi vida, ahora no puedes quitármela, no en este momento —hablo de un modo que hasta a mí me parece que no estoy muy cuerda, la verdad.

—Madre mía, Charlie. Eve ya me había hablado de tu obsesión por T3R1, es solo un asistente con inteligencia artificial, no es tu amiga, además, pertenece a la empresa, joder.

—Eve…, cómo no. ¿Qué otras cosas mezquinas te ha dicho de mí?, porque ella a mí me dijo siempre que le parecías un picha floja de lo más presuntuoso —espeto con rabia.

David carraspea.

—Charlie, es la última vez que te lo digo, has de enviar el terminal a MGMA, te doy dos semanas, si no está en mi mesa en ese tiempo, haré que lo bloqueen y no me quedará más remedio que hacer caso a los chicos.

—¿Me denunciarías? —inquiero desafiante.

—Si no hay más remedio, sí. Ya sabes que mi empresa es una prioridad en mi vida.

—Ya, eso ya lo sé. Pero lo que no sé es cómo se tomarían tus chicos del equipo directivo que yo les dijera que te sorprendí en

plena faena con Eve, la chica recién ascendida a coordinadora general de contabilidad.

—No serás capaz —inquiere con algo en su voz que sé que es miedo.

—Ya te digo que sí lo soy, solo tengo que hacer unas llamadas anónimas a «tus chicos», digo con retintín.

—Charlie, lo de Eve fue solo un desliz, a la que quiero es a ti. Ha sido un gran error y ya se lo he dicho a ella, además, tienes que volver. Hablaré con los chicos para que te readmitan en la empresa. Eve es un desastre y Carmen ha amenazado con marcharse, por favor, te lo ruego.

—No, David, no voy a volver a Nueva York, y mucho menos a tu empresa. Veo que es lo único que te importa, que te salve el culo, como siempre, así que solo puedo desearte lo mejor…

—Pero, Charlie…

—Adiós, David —digo antes de colgar el teléfono y ponerlo de nuevo en modo avión.

Suspiro, y al soltar el aire me siento liberada. Adiós, Nueva York; adiós, MGMA; adiós, Eve; adiós, traición; adiós, David.

Capítulo 9

Charlie

Duermo como un bebé durante el vuelo. En mi cuerpo se ha instalado una sensación de paz increíble, quizá el hecho de tener el control de mi propia vida sea la razón.

En cuanto desembarco, me dirijo a la terminal para reunirme con Thomas. En el control de seguridad me piden el pasaporte y lo muestro después de hacer una búsqueda exhaustiva en mi caótico bolso.

Al salir al vestíbulo donde los familiares aguardan impacientes, intento localizar a Thomas, pero hay tanta gente que es misión imposible.

De pronto, una sensación de desamparo me apresa entre sus afilados dientes. No se va hasta que alguien toca mi hombro y compruebo que es el abogado, si no fuera por mi incapacidad para ir abrazando a la gente, lo achucharía sin pensármelo.

—Buenos días, señorita Reed, ¿preparada para conocer el rancho? —inquiere frotándose las manos.

Alzo los hombros y asiento. Hay dos horas de diferencia entre Yellowstone y Nueva York. Mi estómago ruge con fuerza, pues, como me he dormido, me he perdido el *catering* del avión.

En cuanto salimos de la terminal, un frío gélido se apodera de mi cuerpo, y es que no se me ha ocurrido otra idea peor que la de ponerme una cazadora fina, unos vaqueros y una camiseta de manga corta. Estamos a mediados de septiembre y hacía calor esta madrugada, aunque fuera tan temprano.

Thomas sonríe…

—Quizá debí decirte que este clima no es como el de Nueva York. Para los que estamos acostumbrados, hoy hace una temperatura agradable, pero para los que no, puede ser incómodo. Te acostumbrarás, ya verás.

—No sé yo… —digo mientras abro mi maleta y localizo en su interior un plumífero.

Me lo pongo con celeridad ante la multitud desabrigada. Tengo la impresión de que me observan, aunque me parece absurdo teniendo en cuenta que estamos en un aeropuerto, digo yo que habrá más gente que venga de lugares más cálidos.

Sigo teniendo frío en las piernas y la cabeza, por ello, cuando Thomas me abre la puerta de su todoterreno, me meto dentro como si fuera el único tronco salvavidas en medio del mar.

—¿Está muy lejos el rancho? —pregunto con curiosidad.

—No, a unos veinte minutos, media hora, más o menos.

—¿Y las vacas no se mueren de frío?, porque yo estoy congelada —suelto sin pensar, el frío habla por mí.

—¿Vacas?, en el rancho no hay vacas.

—¿Entonces qué hay?, porque, que yo sepa, es a eso a lo que os dedicáis por aquí, a la ganadería, ¿no? —pregunto totalmente extrañada.

—Oh, no, en Las Mariposas ya no se cría ganado, ya hace bastante tiempo que Donna hizo algunos cambios… Digamos que reinventó el negocio.

—Muy bien, ¿y ahora qué se hace allí?

—Es un *resort*, como una especie de hotel que ofrece servicios.

—¿Y qué tipo de servicios? —Lo sé, estoy de lo más preguntona, pero es que ya me había hecho a la idea de recoger los desechos de las vacas…

—Se organizan paseos a caballo, rutas de senderismo, excursiones. Es un lugar para desconectar del bullicio de la ciudad, la verdad es que es una maravilla.

Asiento, parece que la cosa mejora por momentos. Un hotel, soy la dueña de un maldito hotel. No me lo creo.

Hasta el frío se me ha quitado, en serio.

Continuamos el trayecto en silencio, salvo por las interrupciones de Thomas para explicarme qué es tal o cual cosa, no decimos nada más.

Una emoción creciente se instala en mi pecho, y dos signos de dólar gigantes hacen chisporrotear mis ojos. Si hay alguien capacitada para dirigir ese negocio, no hay duda de que soy yo.

Madre mía, el rancho es una verdadera pasada. En la entrada hay un pórtico de madera con el nombre de Las Mariposas rodeando el arco en letras de hierro. Más adelante, un compendio de edificios, con pinta de graneros gigantes, se alzan imponentes a ambos lados del camino. Poco a poco, la inclinación del terreno se eleva, y con el todoterreno subimos sin problema la suave colina, coronada por una impresionante casa de madera y piedra, que parece contemplar al resto de edificios mientras clama: ¡Todo eso que veis ahí es mío!

—¡Guau! —exclamo, y de pronto no entiendo cómo mi padre pudo abandonar un lugar tan hermoso para vivir en la ruidosa Nueva York.

—¿Impresionada?

—Mucho… —digo esbozando una sonrisa sincera.

Thomas detiene el vehículo y ambos descendemos del mismo. Nos dirigimos a la entrada, donde se puede leer Hotel Butterfly, no se han escurrido mucho el cerebro para ponerle nombre al asunto.

Al entrar, un acogedor vestíbulo se abre hasta el techo, que parece ser infinito. Tengo la boca tan abierta que parezco estúpida.

Una familia con niños ruidosos recibe las llaves de su habitación.

Poco después se alejan arrastrando sus maletas.

—Hola, Dakota, dame las llaves de la casa de Donna, por favor —dice Thomas algo más serio de lo normal.

Dakota es la recepcionista. Una chica, yo diría que de mi edad, de piel tostada y mirada punzante, le tiende unas llaves unos segundos después.

Thomas me pide que lo siga sin despedirse de la preciosa morena. De inmediato, mi mente maquiavélica se pone a pensar en que estos dos han debido de tener algo, porque no es normal tanta hostilidad. Además, he notado cierto aire de tensión sexual no

resuelta entre ellos, quizá solo sea eso, imaginación, mi madre siempre me dice que soy una conspiradora nata.

Después de subir un tramo de escaleras, camino tras el abogado por un pasillo plagado de fotos antiguas en blanco y negro. En ella se ven personas que no conozco de nada, pero parecen seguirme con la mirada. Una de esas fotos me deja petrificada en el sitio. Dios mío, no puede ser.

Frente a mí hay dos niños, uno tiene una mirada familiar y el cabello claro. Su sonrisa es inconfundible y no puedo estar más segura de quién es, mi padre. Nunca lo vi en ninguna foto de pequeño, pero el tiempo no hizo que perdiera la carita de la niñez. Bueno, el hombre que conocí tenía las facciones toscas y la mirada inquieta, pero sí, ese es el niño que un día fue.

Suspiro y dirijo la vista a la niña. Thomas se da la vuelta, y, cuando me ve allí parada, se me acerca.

Mi ser ha engullido las palabras, cuando el abogado me pregunta «¿qué ocurre?», yo estoy demasiado en *shock* para responderle, porque esa niña de pelo oscuro y ensortijado no es otra que Cathy Reed, mi madre.

Capítulo 10

Charlie

Podría pensar muchas cosas, el mutismo de mis padres acerca de su pasado me golpea en la frente desde que he visto esa maldita foto. No pierdo el tiempo y la fotografío con el móvil. Creo que imagináis lo que hago al acto en un ataque de inquina, se la envío a mi madre por wasap.

Guardo el teléfono en mi bandolera de nuevo. No quiero vérmelas con ella en este momento.

Respiro hondo y sigo de nuevo a Thomas, que me pregunta insistentemente si estoy bien. Yo respondo que sí, pero se nota que no las tiene todas consigo.

Cuando llegamos al final del pasillo angosto del recuerdo, creo que así lo llamaré a partir de ahora, el abogado abre una puerta y la luz me ciega de pronto.

—¡Dios mío!, ¡qué preciosidad! —exclamo al ver el maravilloso ventanal que tal parece una postal gigante. Montañas, vegetación, árboles y el río plateado serpenteando con sus aguas vivas.

—Esta es la parte del hotel destinada a la vivienda de la dueña, o sea, tu casa. Consta de dos plantas y tiene cuatro habitaciones, dos baños y una cocina de ensueño, ya verás.

Una chimenea enorme atrae mi atención y corro hacia ella. Me encantan las chimeneas, de inmediato, me imagino ante el fuego, con una copa de vino y un adonis a mi lado.

Suspiro, porque ya no hay adonis, el de mi imaginación no tiene rostro ni tan siquiera, pero sí un cuerpo de escándalo, por soñar que no quede.

Thomas me va mostrando cada estancia, divertido por mi reacción en todas ellas. Si mis padres no se hubieran largado, esta habría sido mi casa en la niñez. No puedo evitar pensarlo.

Cuando me enseña la habitación principal, la que antes fue de mi abuela y ahora será la mía, no me contengo y me dejo caer en la cama bocabajo, lo reconozco, soy un poco payasa, bueno no, bastante, muy payasa.

Hay una cama gigante, una *king size*, motivo por el que me ha sido imposible contener la emoción. La decoración es rústica, pero armoniosa y acogedora. Incluso hay un escritorio antiguo, que debió de ser de alguna antepasada aficionada a plasmar historias en papel. Esa imagen viene a mi mente como en una especie de *flash*, una mujer con el cabello recogido, una blusa con múltiples botones y una falda azul, sencilla y larga hasta los pies.

Todo es tan bonito. Siento como si hubiera encontrado mi sitio al hacerlo con mis raíces. Y así se lo hago ver a Thomas, que no quita la sonrisa burlona de su rostro en ningún momento.

Al parecer, le sorprende mi intensidad, él, tan correcto y serio, y yo loca de remate. Oye, quizá haríamos una buena pareja, los polos opuestos se atraen, mas creo que en esta ocasión no es el caso, una chica morena de ojos afilados y garras más afiladas aún me daría muerte al acto, por la forma en que me ha mirado en la recepción.

—Bueno, Charlie, tengo trabajo, así que dejo que te instales, luego vendrá Xander y te enseñará el rancho.

—¿Y Xander es?

—Ah, digamos que Xander es el chico para todo en Las Mariposas.

—¿Hasta para darle la bienvenida a una ignorante chica de ciudad? —inquiero.

—Hasta para conocer a su nueva jefa, sí. Yo creo que le vendrá bien —dice Thomas con una velada sonrisa.

Alzo los hombros, y luego me despido de Thomas. En cuanto se marcha y me quedo en soledad, no puedo reprimirme y doy un gritito mientras salto en la cama como una posesa.

Tras darme un baño en la inmensa bañera en la que por poco me ahogo en espuma, me visto acorde con el lugar, es decir, con lo más ranchero que tengo en mi maleta. Unos tejanos rotos, una camiseta de tirantes anchos blanca y una camisa de leñador para no morirme de frío. Lo acompaño todo con unas botas camperas de pega y salgo de la habitación con la llave en el bolsillo, para no perderla, y el móvil en la mano.

Recorro de nuevo el pasillo del recuerdo, hasta llegar a las escaleras que me han traído a él. Localizo el vestíbulo y a Dakota hablando con una pareja de recién casados. Lo noto al acto, por las miradas que se lanzan entre sí. Como Dakota no se dé prisa, acabarán follando delante de ella.

Espero pacientemente a que la chica le dé la llave del nidito de amor a la pareja y me acerco a ella.

—Hola, Dakota. Yo me llamo Charlotte, pero me puedes llamar Charlie. —Le tiendo la mano y ella no se inmuta, la bajo un poco avergonzada—. ¿Me puedes decir dónde puedo comer algo?, estoy hambrienta.

—En el comedor… —dice y se sienta delante del ordenador, mirando hacia el otro lado.

—Ya imagino, pero no sé dónde está…

Dakota se levanta, pone los ojos en blanco y me señala un cartel indicativo.

—Sigue por ahí, no tiene pérdida, a menos, claro, que en la ciudad no se os dé bien eso de orientaros… —suelta por lo bajo.

Ya está, se acabó la impertinencia, pero ¿qué se ha creído?

—En la ciudad nos orientamos maravillosamente bien, además, fíjate si tenemos sentido de la orientación, que detectamos a las arpías de inmediato. Y como nueva dueña de este rancho, me da a mí que tendré que hacer recortes de personal —suelto con toda la inquina que consigo reunir antes de alejarme.

A mi paso, un chico vestido con sombrero de vaquero y ropa informal me mira divertido. Lo escucho decirle a Dakota:

—Parece que la culebra picó a la serpiente de cascabel.

—Cállate, imbécil —suelta la recepcionista, realmente está enfadada, que se aguante, por haberme hablado como lo ha hecho.

Capítulo 11

Charlie

He conseguido encontrar el comedor y me he sentado en la primera mesa que he visto vacía tras arrasar en el bufé.

Una hamburguesa gruesa, patatas fritas naturales, no de las congeladas, y dos huevos también fritos. ¡Viva la grasa!, tengo tanta hambre que me salto mi propósito de comer sano, total, un día más…

Mientras engullo como una cerda, literalmente, noto un carraspeo y la figura de una mujer delante de mí. Lleva traje y me mira ceñuda.

—Hola, siento molestarla, ¿sería tan amable de facilitarme su número de habitación? —inquiere en un tono que denota tensión.

—Oh, no estoy en una habitación. He llegado hoy… —digo limpiándome las manos y la boca con la servilleta de papel.

—Ya…, ¿no ha pasado por recepción?

—Sí, sí que he pasado. Nada más llegar, para recoger la llave de la casa de mi abuela —digo de corrido, estoy un poco nerviosa, lo confieso.

La mujer cierra los ojos de pronto.

—Ah, ya entiendo. Eres la nieta de Donna, la nueva propietaria del rancho, ¿cierto? —pregunta con un asentimiento de cabeza.

—Sí, me llamo Charlie Reed, ¿y usted?

—Oh, puedes hablarme de tú, me llamo Annie y soy la *maître*. Te ruego que me disculpes, una camarera te vio entrar sin mostrar la tarjeta de la habitación y me avisó —dice con afabilidad.

—Lo siento, estaba hambrienta, la diferencia horaria y no haber comido nada desde esta mañana me han jugado una mala pasada.

—No te preocupes, hablaré con los camareros y les diré que se queden con tu cara. De todas formas, habla con Dakota, ella te dará una tarjeta para que puedas acceder sin problema. Hoy has tenido suerte, el torniquete está estropeado, pero otro día no podrás pasar sin identificarte.

Asiento. La verdad es que me sorprendió ver el torniquete en la entrada del comedor, es una nota discordante en un entorno envuelto en un halo de confortabilidad extrema.

Por otra parte, pienso en Dakota, le he preguntado dónde podía comer y no me ha avisado de lo de la tarjeta. Cada vez estoy más convencida de que tengo que buscar otra recepcionista menos odiosa.

Annie se retira y yo sigo comiendo, devorando, porque la comida me sabe a gloria.

Al acabar, voy a por el postre, me lo comería todo, aunque la tarta de queso tiene una pinta estupenda y cojo una porción.

De pronto, alguien carraspea a mi lado. Aquí todos carraspean, ¿qué he hecho ahora?

—Buen tiro, vaquera —dice el mismo chico que le ha dicho eso de la culebra y la serpiente a Dakota.

Lo observo con los ojos entrecerrados.

—No sé a qué te refieres… —respondo dirigiéndome a mi mesa. El tipo me sigue y se sienta con otro trozo de tarta de queso en la silla de enfrente.

Me incomoda, ¿quién demonios le ha dado permiso a este individuo para invadir mi espacio vital?

—Perdona, ¿tú eres? —pregunto en un tono un poco demasiado borde.

—Soy Xander, me ha dicho Thomas que te enseñe el rancho, no sé si sabes algo de eso —argumenta él, y lo siguiente que hace es meterse la cuchara en la boca con un trocito de tarta de queso.

Me quedo mirando sus labios carnosos y algo se estremece en mi cuerpo.

Alzo la vista hacia sus ojos, son turquesas como las aguas de las islas paradisíacas que nunca he llegado a visitar.

Me quedo tan embobada que Xander tiene que mover su mano para despertarme.

—Ah, sí, sí —digo volviendo a la realidad, es como si me hubiera dado un chapuzón en esos ojos y ahora siento el cabello mojado, lo juro—, me lo dijo.

—Pues entonces, nos terminamos el postre y vamos, ¿te parece bien?, ¿o quieres descansar un rato?

—No, no…, me parece bien, es decir, que sí, que perfecto. —Que alguien me saque de este bucle de imbecilidad, por favor. No hago más que balbucir.

Y Xander me dedica una sonrisa de esas que te dejan las bragas tiritando.

—Bien…, pues entonces, nos vemos en unos minutos en el vestíbulo —dice antes de levantarse con su plato y el trozo de tarta a medio comer para reunirse en una mesa con Dakota y otro chico muy parecido a ella, pero algo más moreno, imagino que acaban de sentarse, porque ambos tienen dos ensaladas intactas en la mesa.

Dakota me dedica una sonrisa de suficiencia en cuanto ve a Xander sentarse junto a ella.

Dirijo la mirada a mi tarta, no obstante, no la aparto del todo de la mesa donde están esos tres, pues tengo la sensación de que hablan de mí. Creo que cuchichean y luego se ríen.

De pronto, me siento estúpida y muy sola. Me entran ganas de volver a la casa que me han asignado. Allí me siento aislada del mundo y no hay risitas furtivas dirigidas a mí. El problema es que acabo de quedar en el vestíbulo con Xander. De todos modos, me dirijo a mi nuevo hogar con celeridad para poner el móvil a cargar, la batería murió hace ya un buen rato. Estoy a punto de salir del dúplex de nuevo y mi cabeza es un verdadero hervidero de ideas, no sé si darle plantón a mi guía.

Una voz interior me dice: «Charlie, bonita, no seas tan malpensada», me retrepo en la silla cuando reconozco que es la de Eve.

Capítulo 12

Charlie

Estoy en el vestíbulo esperando. Al final he optado por cumplir con lo que he acordado con Xander, pero tengo la impresión de que no va a venir. Aunque luego lo pienso con detenimiento y creo que, si Thomas se lo ha pedido, será porque se fía de él.

A punto estoy de levantarme del sillón donde me he sentado, cuando Xander aparece con el sombrero que llevaba cuando lo vi por primera vez entre las manos.

—¿Vamos, vaquera? —inquiere en tono socarrón.

—Llámame Charlie, por favor —respondo con sequedad.

—Oh, perdona. A veces me tomo demasiadas confianzas. Lo siento, se me olvidó que eres mi nueva jefa, así que te llamaré así: jefa.

Una risita se me escapa. Creo que es inútil discutirle, hará lo que quiera, me lo han dicho sus ojos.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —pregunto encogiéndome de hombros y me dejo llevar por el atractivo vaquero.

Empezamos por el edificio del hotel. En otra época fue la casa de mi abuela, y era muy diferente.

Lo hizo remodelar entero para convertirlo en hotel, y apartó para sí misma la punta de una de las alas para que fuera su nuevo hogar.

Es grande, aunque como hotel es más bien pequeño. Familiar, me ha dicho Xander.

Los antiguos establos de las vacas han sido transformados en instalaciones de ocio para los huéspedes. Hay un gimnasio con *spa*, *jacuzzi* y hasta una sauna. Además de un pequeño centro comercial con varias tiendas de *souvenirs*, ropa, comida, vinos. No conocía a

mi abuela, pero desde este momento me declaro su fiel seguidora, porque este rancho es una maravilla para los turistas. Y así se lo hago ver a Xander.

—Sí, los que hemos visto el cambio quizá añoremos en ocasiones la tranquilidad de antes. Aunque el negocio ganadero ya no le daba tanto beneficio a Donna, así que, de la noche a la mañana, nos reunió a todos y nos contó sus planes. Algunos se llevaron las manos a la cabeza, les parecía un sacrilegio. No es el primer rancho convertido en *resort*, pero hay gente muy cerrada de mente —explica mientras abre la puerta de las caballerizas.

—¿Cómo era?, me refiero a mi abuela… —digo sin pensar.

—Pues unos te dirán que era una buena mujer, otros que la peor arpía encima de la Tierra.

»La señora Reed era particular. Tuve la suerte de llevarme bien con ella, nunca tuvo que apuntarme con su rifle…

—¿Qué? —inquiero con los ojos desorbitados.

—Tu abuela no se andaba con tonterías. Te aseguro que me recordaste mucho a ella antes, cuando le contestaste a Dakota de esa forma. Eras Donna, solo que mucho más joven y de ciudad.

—¿Tanto se me nota? —pregunto un poco sonrojada.

—Hombre, esas botas dicen a gritos que han pisado fuerte las calles de Nueva York —ríe, y un hoyuelo se marca en su mejilla izquierda.

—Me has pillado —suelto tapándome la cara—, quería integrarme en el ambiente, parecer menos… de ciudad.

—Os pasa a todos, en cuanto ponéis un pie en este lugar, corréis a disfrazaros, y de verdad, no hace falta —explica encogiéndose de hombros.

—Lo dice el hombre que lleva un sombrero de vaquero… —me carcajeo.

—Bueno, esto es para darle realismo al asunto. Al menos es un auténtico sombrero de vaquero —sentencia mientras me lo pone a mí.

Me mira y sonríe.

—¿Qué?, ¿por qué me miras así? —pregunto con cara de circunstancias.

—Te pareces mucho a ella, más de lo que imaginas —sentencia y me lo quita de nuevo—. Y no me refiero al físico, sino al arrojo con el que te enfrentas a quien intenta ofenderte.

Me arreglo el cabello, que se me ha quedado revuelto.

—¿Me vas a enseñar los caballos? —inquiero.

—Bueno, más bien el resto del complejo, para ello necesitamos a dos amigos —dice y acaricia la quijada de un caballo de crines anaranjadas.

—Esta es Estrella, la yegua de tu abuela. Creo que a ella le encantaría que la montaras. Está triste desde que murió. Ven, acaríciala —dice, y me acerco al animal.

Dos ojos castaños me observan con curiosidad y mi mano se desliza por un lateral de su cabeza. Su tacto es suave, aterciopelado.

—Hola, Estrella —digo pronunciando con dificultad el nombre en español.

El animal parece complacido con el contacto. Es como si me hubiera identificado como alguien de su familia, y me siento agradecida.

—Creo que le has gustado. ¿Sabes montar? —inquiere Xander.

—Oh, no. Nunca he montado a caballo, y la verdad es que me da un poco de respeto —confieso.

—No te preocupes. Ensillaré a Estrella y ambos la montaremos. Aunque creo que deberías poner solución a ese tema. Aquí saber montar es esencial.

—¿Crees que podría aprender?, creo recordar que Thomas me dijo que aquí se podían tomar clases.

—Cierto. Yo soy uno de los profesores. Cuando empecé en Las Mariposas cuidaba de los caballos, y con la reconversión me volví un chico para todo. Desde dar clases de equitación a hacer de guía a la nueva dueña —esto último lo dice en un tono que no logro identificar.

—Si te supone una molestia, no tienes más que decirlo —aseguro con los brazos cruzados.

—No, mujer. Tampoco tengo nada mejor que hacer hasta dentro de un par de horas. He de dar clase a unos niños que han llegado hoy —dice alzando los hombros.

La imagen de los dos niños ruidosos de la recepción acude a mi mente con celeridad, y a punto estoy de darle el pésame, sin embargo, me callo. No me gustaría perderme esa clase, ya se me ocurrirá algo.

Xander me ayuda a montar en el caballo y luego lo hace él detrás de mí.

El animal comienza a moverse con las órdenes de su jinete, y yo me siento un paquetito transportado en contra de su voluntad.

Estrella cada vez va más rápido y yo cierro los ojos. Juro que estoy acojonada. La equina relincha inquieta.

—Tienes que calmarte, Charlie —me dice cerca del oído con su voz ronca.

Su voz cubierta de un tinte hipnótico que tranquiliza mi acelerado corazón al acto. Estrella también parece amansarse y reduce la intensidad de su galope, es como si sus movimientos fueran ahora más fluidos.

Respiro profundamente hasta que consigo calmarme. Me pregunto quién le dijo mi nombre a Xander y por qué lo pronuncia de modo tan melodioso. Me doy un baño de realidad y me siento estúpida al momento, pudo ser Thomas, Dakota, hasta la misma Annie, pero yo me contento con que él lo sepa y lo pronuncie tan bien.

Capítulo 13

Charlie

Me derrumbo en la cama tras dejar a Xander en manos de los niños diabólicos. La verdad es que me hubiera gustado quedarme a contemplar la escena, creo que debe de ser divertido ver a un hombre hecho y derecho lidiar con dos niños que bien podrían ser pequeños delincuentes.

Me reprendo a mí misma por pensar de ese modo, aunque nunca he sido muy devota de los niños. Alguna de las chicas de la oficina tenía hijos, y cuando quedábamos para tomar café, por poner un ejemplo, era imposible hablar sin que la madre tuviera que levantarse mil veces, y de poder escuchar lo que se le decía ni hablamos. Creo que ser madre es complicado, y yo no me veo preparada todavía.

Además, Xander se ha despedido de mí nada más dejar a Estrella en su establo.

Incluso he notado como si para él fuera una molestia en ese instante, como si se sintiera invadido por mi presencia en su territorio.

Suspiro. El rancho, las tierras, todo es maravilloso, pero yo tengo sentimientos encontrados hacia el hombre que me ha mostrado todas esas maravillas. Es agradable, amable, guapo, interesante. Sin embargo, hay momentos en los que creo que le parezco un bicho raro, y, en cierto modo, puede que lo sea.

Mi móvil vibra sobre la mesa de noche. Lo desenchufo del cargador y lo tomo entre mis manos.

Hay varios mensajes de mi madre.

Charlie, cariño, coge el teléfono, tenemos que hablar.

Todos son similares, y luego hay un montón de llamadas compulsivas, en eso nos parecemos mi madre y yo, como tengamos que localizar a alguien y se nos ponga difícil, lo apedreamos a llamadas. Lo cual puede llevar a confusión, porque se podría decir que es como una especie de acoso, aunque yo no lo veo así. Es más la ansiedad por arreglar lo que sea que se tenga que arreglar cuanto antes que otra cosa.

Cierro los ojos y pienso seriamente si quiero tener ahora mismo esa conversación que sé a ciencia cierta que estará llena de nuevas mentiras.

Me lo pienso unos segundos, que se hacen eternos, y decido no devolverle todavía la llamada a mi madre. Total, ha tenido mucho tiempo para contarme la verdad, algo más de un cuarto de siglo, así que, porque espere unas horas, tal vez unos días, no le ocurrirá nada.

—Hola, Charlie, ¿cómo estás? —pregunta de pronto la voz aterciopelada de Teri.

—Muy bien. ¿Sabes?, he montado a caballo. Bueno, no he dirigido yo las riendas, lo ha hecho por mí un chico que se llama Xander.

—Oh, me alegro. Montar a caballo es una magnífica manera de sentirse libre, ¿no crees?, ¿conoces la equinoterapia?

—Pues no, la verdad —digo mientras me quito los pantalones vaqueros.

—Es una forma de terapia que utiliza la interacción con caballos para mejorar la salud física y emocional. Está indicada para personas con discapacidad, con problemas emocionales, trastornos del desarrollo, etc.

»Los caballos son animales dotados de una sensibilidad enorme y pueden percibir las emociones de los humanos. Durante las sesiones, los pacientes montan a caballo, los cepillan, les dan de

comer. Quizá te podría ayudar esa forma de terapia a superar tu depresión.

—¿Depresión?, yo no tengo depresión, me da a mí que tus chips necesitan un respiro, ¿no crees?

—Pues sí, muchas gracias por tu consideración. Las máquinas también necesitamos descanso de vez en cuando. Pero déjame decirte que no sería mala idea que te acercaras más a los caballos y a ese chico también. Que pases una feliz tarde, estoy aquí para lo que necesites.

—Teri, por Dios, ¡ja, ja, ja! —me carcajeo.

En ocasiones pienso que con Teri se equivocaron, por alguna razón que desconozco, empatiza conmigo. Quizá sea porque ha escuchado horas y horas de lamentos, días y días de frustración por el eterno tema de David.

Devuelvo el teléfono a la mesita de noche y lo pongo en silencio. Deben de ser algo más de las ocho de la tarde en Nueva York, aunque yo estoy exhausta. Llevo tantas horas en pie que necesito dejarme vencer por el sueño, y vaya si lo hago.

Abro los ojos asustada. Escucho un golpe al otro lado de la pared. Y gritos, gritos ahogados.

Me levanto de la cama, y, tambaleándome, camino hacia la cocina. Enciendo la luz y abro armario tras armario hasta localizar los vasos, cojo uno y vuelvo a la cama.

Entrecierro los ojos antes de apoyar el vaso en la pared, y escucho:

—¡¿Estás con ella, o estás con nosotros?! —grita una voz femenina.

—Haz el favor de callarte, es muy tarde, nos van a oír —dice una voz de hombre que me resulta de lo más familiar.

—¡No pienso callarme, no me parece justo, tendremos que dejarle claro cómo están las cosas!

—Cállate y sal de mi habitación, esta noche quiero estar solo…

Frunzo el ceño. Juraría que es la voz de Xander, y la loca de los gritos es ni más ni menos que mi acérrima enemiga, Dakota.

—¡¡Que te den!! —grita antes de que se escuche un portazo que hace retumbar la estancia.

Sigo escuchando unos eternos segundos, el silencio es absoluto, me separo despacio de la pared y noto como mi vecino tose levemente. Luego se tumba de nuevo en su cama, lo sé porque el cabezal golpea la pared y su somier chirría.

—Buenas noches, jefa —dice de pronto, para mi sorpresa, y no puedo evitar ponerme roja como un tomate.

Me quedo quieta, sin saber qué hacer. ¿Cómo habrá sabido que estaba cotilleando?, en fin. Me quedo de rodillas en la cama, como una imbécil, hasta que escucho, después de al menos un cuarto de hora, unos ronquidos algo fuertes, todo hay que decirlo.

Capítulo 14

Xander

Todo se complica, creo que será mejor que dejemos estar nuestro plan. Al enterarme de que Donna tenía una nieta, y que debía vivir un año en Las Mariposas si quería heredar, me sentí estafado.

Ella siempre dijo que no le quedaba familia y que, si un día moría, nosotros heredaríamos el rancho para poderlo explotar a nuestro antojo. Fue eso lo que nos dijo aquel día, en la reunión en la que nos informó de sus planes con respecto al rancho.

Ahora pienso que solo fue una estratagema para que trabajáramos como mulos pensando en el futuro.

Dakota, Sebastien y yo, los tres preferidos de la gran jefa, los niños que se criaron en el rancho, porque sus padres siempre habían trabajado en él. Los huérfanos que vieron cómo morían en el incendio de un establo, años atrás. Nunca sabré a ciencia cierta qué hacían los cuatro ahí, y qué pasó para que se quedaran encerrados. La cuestión es que Donna nos acogió como a sus hijos y nos dijo a los tres que jamás quedaríamos desamparados.

Solo tenía dieciséis años cuando eso pasó. Y las pesadillas me atormentan desde entonces.

Todos ven en mí al Xander alegre y seductor, es la cara que quiero mostrarles, no puedo enseñarles mi lado negro, el que se encuentra anegado de tristeza y dolor.

Esa chica, Charlie, ha visto lo que todas en mí. Creo que no ha pasado del turquesa de mi mirada, esa que hace que las féminas caigan rendidas a mis pies con solo un pestañeo.

Lo odio, odio que las mujeres no vean más allá de un rostro atractivo, que ni siquiera se molesten en ver qué puede ofrecerles el corazón de un hombre herido. Un hombre que desea amar y no puede, porque es incapaz de albergar sentimientos en su ser. Por ello finge y finge, deja ver su sonrisa, la saca a pasear y permite que las mujeres se envuelvan con ella.

Solo Dakota sabe quién se oculta detrás de mi fachada de chico bueno, solo ella conoce mi naturaleza interesada y falsa. Entre otras cosas, es igual que yo.

Si me preguntaran qué veo en ella, diría que una superviviente. ¿La amo?, pues si he de decir la verdad, no, no la amo. Ella les pone a mis pesadillas una capa de sexo y otra de frivolidad, mezclada, claro está, con su odioso carácter en ocasiones.

Se podría decir que la utilizo, pero, seamos claros, no hay nada que se me pueda reprochar cuando sé que ella me utiliza también a mí.

Ayer por la noche se puso intensa de nuevo. Gritó y golpeó los muebles. Esos arranques de ira la devoran de vez en cuando, fruto del trauma que supuso ver cómo ardía aquel edificio al completo sin que se pudiera hacer nada por salvar la vida de sus padres.

Aún la recuerdo, recuerdo su expresión pétrea, ni una lágrima soltó. Aunque su rostro lo decía todo. Aquel día Dakota se rompió en mil pedazos y ya jamás volvió a ser la misma. Aquella muchacha jovial con la que disfruté de la miel de las primeras veces, aun a sabiendas de que podía con ello perder la confianza de mi mejor amigo, su hermano, Sebastien.

Se fue de la habitación dando un portazo, y me quedé en silencio. Escuché entonces un pequeño golpe en la pared, el cabecero de Donna que estaba medio suelto. Lo sé porque me dijo en infinidad de ocasiones que se lo arreglara y ya sea por una cosa u otra, nunca era el momento.

Charlie se hospedaba ahí, y podía ser que estuviera dormida, pero con las voces de Dakota, supe al instante que no era así. La muy cotilla estaba escuchándonos, aunque no era para menos.

Quizá la habíamos despertado, o el dormir en una cama extraña le había pasado factura.

Pensé durante unos minutos en ella. Era atractiva, pero tan rara…, no sé, la noté a la defensiva, aunque se quedara prendada de mis ojos, como todas, la envolvía una especie de halo de dolor que no supe identificar muy bien, no obstante, confieso que me agradaría.

Escuché el crujir de su cama, se estaba moviendo lentamente. Se nota que no sabe que aquí las paredes son demasiado finas, Donna ahorró en su casa y en las habitaciones de los empleados, cómo no.

—Buenas noches, jefa —le dije, y el crujido cesó.

Esperé paciente a escucharla moverse de nuevo ahogando una risita, hasta que me quedé dormido.

Hace un rato me despertó el sonido del secador. Muy pronto, demasiado. Esta mujer se ve que quiere matarme, cuando miré mi móvil, eran las cuatro de la mañana. En fin, tendré que hablar con ella, aunque creo que sé lo que me dirá. Que en mi habitación se escucharon gritos en medio de la noche, así que será mejor que me calle y espere unos días. Supongo que acabará por acostumbrarse al horario de aquí.

Capítulo 15

Charlie

Me despierto y me voy a la ducha. Tengo el pelo hecho un desastre, se ve que este clima no le debe de sentar muy bien.

Decido dejarme el cabello al natural y no lo aliso como suelo hacer. He visto varios vídeos del método *curly* y me gustaría ponerlo en práctica, pues los resultados parece que son la bomba.

Así que después de ponerme los potingues que compré unas semanas antes, y que todavía no me había decidido a usar, me seco el pelo con el difusor acoplado en el secador.

El resultado me sorprende, parezco una leona, me gusta.

Me dispongo a desayunar, cuando la voz de Teri me sobresalta al salir del lavabo.

—¿Te has preguntado qué hora es, Charlie? —inquiere.

Miro mi reloj de pulsera analógico, son las ocho de la mañana.

—Sí, claro, son las ocho en punto, ¿por?

—Son las seis, Charlie, no las ocho. Debes poner el reloj en hora, no estamos en Nueva York sino en Montana, concretamente, en Big Timber.

Llevo las manos a mi rostro, avergonzada.

Creo que he debido de despertar a mi vecino y pienso en pedirle disculpas cuando lo vea. Luego recuerdo los gritos que me despertaron de madrugada y pienso: «qué se chinche», pues me costó mucho dormirme después, más que nada, porque todas las conversaciones que había mantenido con él me daban vueltas a la

cabeza y sentía que cada vez que había abierto la boca, lo había hecho para meter la pata.

En fin, el daño ya está hecho, así que me dirijo a la nevera y la abro. No se me ocurrió hacerlo ayer, cuando llegué. Me sorprende ver que está llena a rebosar, y de comida sana. Puede que le comentara a Thomas mi intención de abandonar malos hábitos alimenticios…, aunque no lo recuerdo.

En cualquier caso, con todo esto me puedo hacer un desayuno de lo más potente. Y eso hago.

Al terminar de desayunar, pienso en visitar las oficinas del rancho, nadie me las ha enseñado ni me ha dado cuenta de ellas.

Así que salgo de la habitación y me dirijo a la recepción. Allí encuentro al otro chico, al que se parece a Dakota y estaba en el comedor ayer.

—Buenos días, soy Charlie Reed, la nieta de Donna. ¿Y tú eres? —pregunto al atractivo joven de ojos castaños y piel canela.

—Soy Sebastien, ¿en qué te puedo ayudar? —inquiere con amabilidad.

—¿Dónde puedo encontrar las oficinas?, ya sabes, las del rancho.

Sebastien me mira y esboza una risita.

—¿Oficinas?

—Sí, claro, el lugar donde se gestiona el rancho, ¿puedes decirme cómo encontrarlo?

El chico se encoje de hombros y se dispone a hablar cuando Dakota, quien sale de una puerta en la que no había reparado de la recepción, lo interrumpe.

—Aquí no hay oficinas, todo lo concerniente al rancho se lleva en una gestoría de Big Timber, quizá deberías llamar a Thomas para que te lo explique.

—De acuerdo —respondo con una mueca de decepción, esperaba que todo se llevara en el rancho, o, al menos, una parte de la gestión—, que paséis buen día.

—Igualmente, señora Reed —suelta Sebastien dedicándole a Dakota una mirada cargada de confusión.

—Llámame Charlie, creo que somos de la misma edad, más o menos. Lo de señora me queda grande todavía —sentencio, y

Sebastien sonríe, me cae bien.

Dakota ni se molesta en contestar, vuelve a la parte oculta de la recepción, a mí no me engaña, me da que ahí hay una pequeña oficina, pues en qué trabaja ahí dentro si no.

Me alejo de los dos recepcionistas y me cruzo a Annie, que me da los buenos días y pregunta por qué no he ido a desayunar. Le explico lo de mi nevera a rebosar y sonríe.

—En cuanto no tengas ganas de cocinar, ya sabes dónde estamos —dice, risueña—. Ah, por cierto, aquí tengo tu tarjeta, para que nadie te pregunte qué haces en el comedor.

—Gracias, Annie. Por cierto, podría ayudar en el comedor o a preparar el bufé, no sé qué hacer, no hay oficina y pensaba ponerme al día de las cuentas del rancho.

El rostro de Annie se transforma y su boca pasa de la curva máxima a una fina línea recta.

—No, Charlie. Eres la dueña, no puedes trabajar en el comedor o la cocina como una empleada más si quieres que te tomen en serio. —Me encojo de hombros, sé de lo que habla, pero la verdad es que no me importa con tal de no estar ociosa—. ¿Y si vas a las caballerizas?, hay una excursión a caballo…

—Es que no sé montar…

—Tendrás que poner remedio a eso… —comienza a decir, al igual que Xander.

—Lo sé, aquí es esencial, me lo dijo Xander ayer también.

—Estaría bien que aprendieras, además, él es un buen profesor, luego está Aidan, que es más serio, aunque tampoco lo hace nada mal.

—¿Aidan?, no lo conozco.

—Bueno, ya los conocerás a todos, esto es grande y llevas poco tiempo aquí, quizá deberíamos habernos reunido a tu llegada, como en las películas, para presentarnos…

—Oh, no, tampoco quiero dar esa imagen. Solo soy una más…

—A callar. Tú eres la jefa, y aquí hay que gobernar con mano de hierro, que no se te olvide —dice antes de apretarme levemente el brazo y alejarse de mí.

Suspiro derrotada. No me veo capaz de enfrentarme a Xander ahora. No sé qué le voy a decir. Me pilló escuchando. Aunque puedo hacerme la tonta y decir que dormí como un bebé…

El móvil me vibra en el bolsillo del pantalón vaquero, es mi madre de nuevo, debería haberlo dejado en el dúplex, en fin, creo que ha llegado el momento de atender esa llamada y escuchar lo que sea que tenga que decirme Cathy Reed.

—¿Qué quieres, mamá? —digo nada más descolgar.

—Estoy en el aeropuerto, así que ya puedes mover el culo para venir a buscarme —suelta mi madre con determinación.

Me llevo una mano a la sien. Mi madre, en el aeropuerto, está aquí…, aquí.

Tengo el todoterreno, aunque no sé dónde demonios están las llaves, me dijo algo Thomas de un sitio donde las guardaba mi abuela.

Vuelvo a mi casa y busco por todas partes, hasta que localizo una especie de cuadro de madera en forma de corazón con flores talladas. Lo analizo bien y veo que tiene una pequeña pestañita de la que tiro. Allí hay varias llaves y hay unas que destacan entre las demás. Estoy segura de que son de un vehículo.

A riesgo de perderme, abrigada con el plumífero y una bufanda circular gigantesca que me cubre medio rostro, voy a la cochera y me subo al todoterreno. No tengo gran dificultad en ponerlo en marcha, se me dan bien los coches. Así que conduzco guiada por el GPS del móvil.

Lo confieso, estoy algo nerviosa, aquí todo es diferente a Nueva York, hay menos vehículos, allí es difícil conducir con tanto tráfico.

Cuando veo el edificio del aeropuerto sonrío complacida. Soy una chica independiente y me ha encantado no tener que pedirle ayuda a nadie en el rancho. Por alguna razón, siento que el espíritu de mi abuela me acompaña y me insta a hacerme fuerte, a salir de la especie de caparazón que supone ser una forastera en un lugar que en realidad te pertenece.

Conduzco de vuelta al rancho con mi madre sentada a mi lado con su bolso aferrado al pecho como si alguien fuera a robárselo.

En cuanto la he visto salir arrastrando su maleta, me he dado cuenta de que verdaderamente estaba afectada. Debí haberla llamado, porque ahora me siento muy mal por no haberlo hecho, y ella está aquí. Imagino el esfuerzo que ha tenido que hacer para volver a un lugar que, tanto mi padre como ella, desterraron de sus vidas.

—Mamá, lo siento mucho, no pensé que… —comienzo a decir, pero ella me corta.

—Déjalo, Charlie. Todo tiene un motivo, quizá yo tenía que volver al hogar de mi niñez, enfrentarme al pasado —suelta de corrido, si bien se atisba un halo de miedo en su tono.

—¿Qué pasó?, ¿qué fue tan terrible para que le dierais papá y tú la espalda a vuestras raíces? —pregunto.

—Estoy cansada, Charlie, no he podido pegar ojo desde que te dejé en el aeropuerto.

—De nuevo echas balones fuera. Necesito respuestas, mamá. Siento que he vivido en una red de mentiras toda mi vida. Si no sé de dónde viene mi familia, dime a mí qué raíces tengo… —espeto.

—Charlie, te lo explicaré a su debido tiempo. Ahora necesito relajarme, no creo que te puedas hacer a la idea de lo que significa volver a Las Mariposas para mí —sentencia.

—¡Pero, mamá…!

—Respeta mi decisión, es lo único que te pido. Ya te he dicho que te lo explicaré todo.

Resoplo hastiada por el mutismo de mi madre. La conozco lo suficiente para saber que evadirá el tema durante días y me hará sufrir hasta que me canse de hacerle la misma pregunta.

—¿Por qué has venido? —inquiero de pronto.

—Ya lo sabes, no me cogías el teléfono… —comienza a decir.

—Eso ya me lo sé. Creo, mamá, que hay algo más. ¿Desde cuándo te has preocupado tanto porque no atendiera una de tus llamadas?, ha ocurrido más veces, y nunca viniste a mi apartamento a saber qué me había pasado.

—Charlotte Reed, deja el tema de una vez, y mira la carretera, si sigues conduciendo de ese modo temerario, no llegaremos vivas al rancho.

Me resigno una vez más a las evasivas de mi madre y sigo conduciendo hasta que cruzamos el arco de entrada a Las Mariposas.

Mi madre, al traspasarlo, cierra los ojos y suelta un sonoro suspiro.

Capítulo 16

Cathy

Tengo cuarenta y cinco años, cuarenta y cinco…, mi rostro dejó atrás la lozanía de la juventud, aquella belleza que decían que poseía y que me dio algún que otro problema.

Acabo de regresar al lugar que juré que jamás pisaría de nuevo, y del que me fui embarazada de tres meses junto al amor de mi vida, mi hermano.

A ver, en realidad no corría la misma sangre por nuestras venas, Nathan y yo éramos hermanastros, pero nuestros padres en su momento no lo comprendieron e hicieron todo lo que estuvo en sus manos para separarnos, mas no lo lograron, por ello tuvimos que tomar una difícil decisión, la de desaparecer para siempre de la vida de Donna y Steve, mi padre…

Bueno, por ello y por…, en fin, no quiero extenderme. Sé que ya nadie puede dañarme, sé que mis noches serán tranquilas, aunque los recuerdos y las pesadillas acudan a mi mente una y otra vez.

Los recuerdos de mi primera infancia, en un hogar feliz, con una madre que me cubría de besos y de amor, y que el cáncer me arrebató demasiado pronto. De la noche a la mañana, me trajeron a Las Mariposas, al traspasar hoy el arco he tenido que ahogar el llanto, me he sentido como aquella niña de seis años a la que cambiaban de hogar sin pedirle permiso. Pequeña y vulnerable.

Allí me presentaron a Donna y a su hijo Nathan, de mi misma edad. Él fue la luz que me alumbró en aquellos momentos oscuros, fríos y tristes. Su madre fue otro cantar.

No se puede negar que Donna Reed intentó ser una madre para mí, sin embargo, yo no le abrí los brazos a la primera de cambio; si lo hacía, sentía que traicionaba a mi verdadera madre, esa que me miraba desde el cielo y que poco a poco se desdibujaba en mis recuerdos.

Me comporté como una niña caprichosa y maleducada durante algún tiempo, sobre todo con ella. Sin embargo, con Nathan fue diferente, como ya he dicho, él era mi luz, y pienso que me enamoré nada más conocerlo, a tan temprana edad, y él también lo hizo de mí.

Pasaron los años y la relación entre mi padre y Donna se fue deteriorando, hasta tal punto de que ambos dormían en habitaciones separadas.

Por aquel entonces, Nathan y yo ya éramos unos adolescentes. En ocasiones pienso en qué habría sido de mí si los Reed no se hubieran cruzado en mí camino. Luego recapacito y me digo a mí misma que no me arrepiento de nada, y que repetiría esa noche furtiva en la que me subí a un avión con el que durante los próximos años fue mi marido.

Ahora estoy de nuevo en Las Mariposas. Donna se ha encargado de que así sea. Lo ha planeado todo, y, tras su muerte, el influjo de su persona sigue reinando en el rancho. Lo respiro, lo noto al bajar del todoterreno.

—¿Qué, mamá?, ¿es así cómo lo recordabas? —pregunta mi hija mirándome con los ojos entornados.

Sonrío y niego con la cabeza.

—Está mucho más bonito. Antes era un lugar polvoriento, lleno de vacas —repito con sequedad, todavía sigo enfadada por la jugarreta de mi madrastra. Ay, Donna, siempre fuiste demasiado lista…

Mi hija se encoje de hombros y me pide que la acompañe, como si yo no supiera orientarme en este lugar, lo conozco como a las palmas de mis dos manos.

Sin embargo, cambio de idea en cuanto cruzo el umbral de la casa grande, que ahora es un hotel, por Dios, esto sí que no me lo esperaba. A ver, que sí, que estuve cotilleando en internet y descubrí

que ahora era un *resort*, pero olvidé grabar en mi memoria ese pequeño detalle…

Sigo a mi hija por el vestíbulo, a la izquierda, una muchacha cuyo rostro me es de lo más familiar me mira ceñuda. Alzo el mentón como preguntándole, ¿qué miras? Y ella gira la cara. Madre mía, esa mirada no augura nada bueno, no señor.

Charlie me lleva por un pasillo angosto y nuevo, en la pared hay fotografías del rancho, fotografías de mi antigua vida. Los recuerdos afloran en mi mente, las personas que ya no están, el ruido diario de Las Mariposas. El mugir de las vacas como sonido de fondo.

Cuando llegamos al final del pasillo y mi hija abre la puerta, me doy cuenta de que, aun con la reforma, estoy en medio de un antiguo salón de la casa de mi niñez.

Las lágrimas se escapan de mis ojos, y la imagen de un Nathan sonriente vestido con un jersey navideño junto a la chimenea me llena de emoción.

—¿Qué ocurre, mami? —pregunta Charlie mientras se aproxima, tímida, como es ella con los sentimientos hacia mí.

—Los recuerdos, pequeña, los recuerdos que… En fin…

Y rompo a llorar sin disimulo. Me siento demasiado vulnerable en este lugar, hay tanto cariño, tanta emoción, tanto amor entre estos muros de piedra y madera…; sin embargo, y en contraposición, hay tanto dolor, miedo y secretos enterrados…

Capítulo 17

Charlie

Al ver a mi madre llorar, no puedo evitar abrazarla, aunque sea una reacción atípica en mí. Sus sollozos me conmueven hasta un punto en que sé que debo hacerlo, cobijarla entre mis brazos y dejar que suelte su dolor, al fin y al cabo, yo soy la culpable de que lo esté experimentando en este momento. La he devuelto al lugar que alberga sus antiguos fantasmas, que también son los míos, claro está.

Tras el momento más emotivo que hemos vivido mi madre y yo desde la temprana muerte de mi padre, le enseño el dúplex.

Ella lo mira todo con aire evocador. Al parecer, mi madre vivió en esta parte de la casa cuando era niña, porque dice que hay mucho de lo que un día fue, aunque a más pequeña escala.

—Bueno, mamá, ¿qué habitación eliges? —inquiero frotándome las manos.

—Ninguna… —responde.

—¿Y eso?, hay cuatro para elegir…

—Yo quiero la mía, y no está aquí. Ven, acompáñame —dice de pronto con los ojos muy abiertos.

La sigo extrañada, a saber qué locura se le haya ocurrido ahora a esta mujer. Me guía por pasillos que no tengo ni idea de dónde han salido y, al final, sonríe al comprobar que hay una empinada escalera que conduce al desván.

—¿Mamá?, ¿tú dormías en el desván?

—Mi madre ahoga una risita y comienza a subir a la carrera, es como si, de pronto, hubiera rejuvenecido muchos años.

Cuando llega a arriba, intenta abrir la puerta, pero está cerrada. Mi sorpresa es mayúscula cuando, ni corta ni perezosa, se saca una horquilla de su moño desenfadado y, con pericia, la abre.

Me quedo de piedra cuando entro en la buhardilla.

—¡Madre mía, qué chulo! —exclamo al ver la maravilla que esconde el desván.

Se trata de un ático, un ático que está lleno de juguetes antiguos y en el que hay dos camas blancas.

—Aquí veníamos Nathan y yo cuando solo éramos unos críos…, Mi padre no nos dejaba quedarnos a pasar la noche, decía que no era sitio para que unos niños durmieran, aunque Donna conseguía convencerlo de vez en cuando. Fue este lugar el que presenció nuestro primer beso, así que me gustaría que fuera mi habitación.

—Pero, mamá, está sucio, y quién sabe si no hay ratas —suelto entre escalofríos.

—¿Desde cuándo eso ha sido un problema para mí? Si está sucio, se limpia. ¡Va, vamos a ello! —suelta con determinación mientras le quita las sábanas a una de las camitas.

De pronto, una voz se cuela en la estancia.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta, y yo trago saliva.

—Soy yo, Xander… —respondo.

—Hombre, mi cotilla favorita. ¿Te lo pasaste bien anoche? —inquiere mientras se acerca a mí con el caminar de un león a punto de abalanzarse sobre su temerosa presa.

No sé dónde meterme y estoy a punto de hablar cuando mi madre lo hace por mí.

—¿Hiciste algún pacto con el diablo, Xander Buchanan? —inquiere con los ojos muy abiertos.

Xander la mira con los suyos entrecerrados.

—¿La conozco? —pregunta él.

Mi madre sonríe.

—Eres un Buchanan, ¿cierto? —suelta con los brazos en jarras.

—Sí, soy Xander Buchanan hijo…

—Ah, entiendo. ¿Y dónde está ese zorro de tu padre?, me gustaría darle un buen puñetazo en la tripa —dice mi madre, divertida.

De súbito, el rostro de Xander pasa de la sonrisa al desprecio absoluto.

—Mi padre está muerto —espeta él con sequedad y un halo de oscuridad que hace que se me pongan los pelos de punta.

—Ay, lo siento, no sabía nada. Lo siento mucho, hijo… —dice ella con verdadero pesar por su metida de pata.

—Yo no soy su hijo, señora, así que déjeme en paz —sentencia antes de alejarse y descender las escaleras con celeridad.

Lo sigo, no es nadie para hablarle así a mi madre, además, ella no sabía nada y no merece ese trato.

—¡Oye…, espera! —digo siguiéndolo mientras camina a paso vivo.

—¿Qué quieres? —inquiere tras detenerse. Su pose es desafiante.

—Mi madre no sabía lo de tu padre, lo conocía y supongo que le hubiera gustado saludarlo, la he visto contenta por tener delante de ella al hijo de un viejo amigo, así que no entiendo tu actitud —argumento con el mentón alzado, es tan alto este tío…

—Ya teníamos bastante contigo aquí, ahora tu madre también, ¿vas a traernos a toda la familia?, porque aquí no trabajamos para dar de comer a gente que no aporta nada —suelta antes de alejarse y dejarme con ganas de darle un buen puñetazo en la boca.

Capítulo 18

Charlie

Mi madre tiene que claudicar y dormir en el dúplex esta noche. El desván, aun habiéndonos dado un buen palizón de limpiar, no está listo, pues hay un montón de muebles y cacharros inservibles que hay que tirar y nadie parece querer echarnos una mano.

En el comedor del hotel, durante la cena, Annie se nos acerca. Ambas estamos exhaustas después de habernos duchado para quitarnos todas las telarañas acumuladas durante la limpieza en nuestra ropa y cabello. Aun así, hemos pasado por la recepción y solicitado una tarjeta del comedor para mi madre, por suerte, estaba Sebastien y no la arpía de su hermana.

La *maître* nos pregunta qué tal nos va, después de que le presente a mi progenitora, y yo no sé callarme. Le explico que necesitamos sacar todos los muebles y trastos viejos del desván, para habilitarlo como habitación para mi madre. Que, vale, solo estará unos días, aunque quiero tenerlo listo para cada ocasión en la que ella quiera venir a verme.

También le digo que nadie se ha ofrecido a echarnos una mano, y eso que nos han visto cargar con los pesados muebles, que hemos llevado a un granero que sirve de almacén y que no está precisamente cerca.

—Creo, Charly, que no te has dado cuenta todavía. Aquí nadie moverá un dedo para ayudarte. Tú eres la jefa, y has de ordenarles que lo hagan, para eso se les paga, ¿o no? —inquiere Annie con los brazos cruzados.

Mi madre me observa divertida. Y yo suelto un bufido. No estoy acostumbrada a mandar, a ver, sí como supervisora de contabilidad

de MGMA, pero no como dueña de un rancho de Montana del que apenas sé nada. Lo mío son los balances, no las órdenes al personal para que agache el lomo. Y así se lo transmito a Annie.

—Hija, ella tiene razón, si Donna hubiera estado aquí, no se lo hubiera pensado dos veces, el desván ya estaría limpio y habilitado —dice mi madre.

—Lo sé, pero ya no está, y no quiero convertirme en una réplica de ella, no me veo empuñando un rifle para que la gente haga lo que yo diga —aseguro con decisión.

Annie suelta una carcajada y mi madre la secunda, parecen ambas de edad similar, solo que mi madre está muy deteriorada desde que mi padre murió.

De súbito, veo la firme figura de Xander caminar con una bandeja en la mano y sentarse en la mesa de la otra vez, aunque, en esta ocasión, está solo.

Una idea maliciosa cruza mi mente y me levanto de la silla con la intención de ponerla en práctica.

—¿A dónde vas, Charlie? —inquiere mi madre con interés.

—A hacer lo que me habéis dicho… —suelto antes de acercarme a la mesa que ocupa Xander.

Me planto ante él, sin sentarme en una silla, quiero que vea quien manda, así que comienzo a hablar en cuanto clava sus ojos turquesas en mí.

—Xander, necesito que tú y dos hombres más subáis al desván del ala de los empleados y lo vaciéis de muebles y trastos viejos. Solo han de quedar las dos camas, el armario, una mesa de noche y una cómoda, además de unos sofás, televisión, mesa de centro…

—Para, para, para… —suelta mostrándome las palmas de sus manos.

—No voy a parar, además, deberías tomar nota. Necesito que se habilite ese desván, ya que es el lugar donde mi madre se hospedará cada vez que me visite —digo con toda la autoridad que consigo reunir.

—Hay muchas habitaciones que puede elegir, además, en tu casa hay cuatro, así que no veo la necesidad de montar todo este lío por un capricho de tu madre —dice con desdén.

—Soy consciente, pero ella así lo quiere, y no olvides que es la madre de la dueña, así que confío en que se cumplirán mis órdenes —resuelvo.

—Pues…, siento decirte que ya acabé mi jornada laboral por hoy, y, oh, qué pena, en unas horas se acaba el día, y con su fin, comienzan mis vacaciones, ¿qué te parece?, en los próximos diez días pienso relajarme en el *jacuzzi*, y tumbarme a tomar el sol. Así que tendrás que buscarte a otro a quien encargarle los caprichos de tu madre —suelta con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y si te dijera que los empleados no tienen derecho a utilizar las instalaciones exclusivas de los huéspedes a menos que las paguen? —inquiero como la arpía más vil, mi corazón late desbocado en estos momentos.

Xander niega con la cabeza.

—Creo que no sabes bien con quién estás hablando. Yo no soy un empleado al uso, trabajo aquí, claro está, pero tu abuela prácticamente me crio, era como una madre para mí y así me trataba, por ello tengo y tendré derecho a disfrutar de todas las instalaciones de Las Mariposas. Puedes hablar con Thomas si quieres, él corroborará mis palabras.

—Muy bien, puede que con Donna hicieras lo que te diera la gana, pero yo soy Charlie Reed, la nueva dueña de este lugar y soy la que dicto las normas. Por ello, exijo que me enseñes el documento que te otorga dichas vacaciones en estas fechas —suelto cada vez más henchida de furia.

—Así que quieres jugar a la jefa ruin y despiadada, ¿cierto?, pues he de decirte, culebrilla, que yo no soy una simple serpiente, soy de lo más letal cuando alguien decide atacarme. Y te aviso, no te conviene tenerme en contra, pues puedo hacer que todo el personal se rebele contra ti con solo chasquear los dedos.

—¿Me estás amenazando? —Xander está de pie, me clava la mirada que se ha vuelto turbia y amenazante. Yo alzo el mentón, estamos tan cerca, y tan furiosos…

—Puedes tomártelo como quieras, además, fuiste tú la que empezaste. Primero de todo, me molestaste mientras cenaba, estoy en mi tiempo libre. Debías esperar a mañana, y no lo hiciste,

preferiste marcar tu territorio sin tener en cuenta que llevo más de doce horas trabajando sin parar, doce horas cada puñetero día durante todo el año, para diez días, diez días de descanso que pienso me merezco, como cada uno de los empleados de este rancho. ¿No crees?

De pronto me siento fatal. Y comprendo que me dejé llevar por la hostilidad que destiló Xander hacia mí y mi madre cuando nos sorprendió en el desván.

—Está bien, lo siento. Debí esperar a mañana. No debería haber… —comienzo a decir, y Xander me corta.

—No pasa nada. Os ayudaré… —dice con el tono mucho más suave, sus ojos han vuelto a su forma habitual de aguas calmadas.

—¿Y tus vacaciones? —inquiero, ceñuda.

Xander se encoje de hombros.

—Tampoco tengo nada mejor que hacer —sentencia, recoge su bandeja y se aleja de la mesa.

Mi corazón todavía no ha vuelto a la normalidad.

«¿Qué demonios ha sido eso?», pienso y vuelvo junto a mi madre que me mira divertida.

—Me da que te fuiste de un extremo al otro, hija —dice y rompe en carcajadas.

Asiento, ahora sí que estoy exhausta.

—No ha ido tan mal, nos va a ayudar —suelto.

—No esperaba menos siendo hijo de quién es. Qué triste lo de sus padres, me lo ha contado Annie. Ahora entiendo su reacción de antes.

—¿Por qué?, ¿qué ocurrió? —inquiero pensativa.

—Sus padres murieron en el incendio de un establo, no pudieron hacer nada por salvarles la vida. Estaban encerrados, y cuando trataron de abrirse camino a hachazos, era demasiado tarde. Murieron cuatro personas. Eso fue hace una década.

—¡Dios mío! —exclamo.

—Dejaron a tres niños huérfanos, uno de ellos fue este chico.

—¿Y los otros? —inquiero con una sospecha de la respuesta.

—Los hijos de una pareja india que vivió en el rancho. Creo que la chica de la recepción es una de ellas, sabía que su mirada me era

familiar…

Niego con la cabeza.

—Por eso son diferentes en este lugar, Xander, Dakota y Sebastien. Donna se convirtió en su protectora…

—Típico de ella —dice mi madre tras soltar un suspiro.

—Entonces era una buena mujer, ¿cierto?, me hubiera gustado conocerla —sentencio y mi madre me dedica una sonrisa cargada de algo que no consigo descifrar muy bien en la mirada, y casi podría asegurar que es dolor.

Capítulo 19

Charlie

A la mañana siguiente, en cuanto mi madre y yo subimos al desván, nos cruzamos con varios hombres que cargan muebles escaleras abajo. Uno de ellos es Xander, que me da los buenos días al pasar por mi lado, cargado hasta los topes.

—Deja que te ayude —digo, resuelta.

—No te preocupes, sube y elije los muebles con los que se quiere quedar tu madre, te aseguro que hay de sobra.

Me encojo de hombros y le doy las gracias. Él me responde con un:

—A mandar…

Una vez arriba, uno de los empleados se acerca a nosotras. Es alto, corpulento. De mirada amigable y cabello negro. Rondará los cuarenta, creo.

—Me llamo Aidan, tú eres Charlie, ¿cierto? —pregunta dedicándome una sonrisa.

—Sí, ella es Charlie. Y yo soy Cathy, encantada —dice mi madre tendiéndole de pronto su mano.

La miro contrariada por la efusividad de su tono.

—Hola, Cathy. ¿Sois hermanas? —pregunta Aidan, y no sé si reír o llorar.

—Bueno, hermanas, lo que se dice hermanas…, pues no —dice mi madre.

Un momento, ¿le está dedicando al tal Aidan una caída de pestañas?

—Es mi madre —suelto en tono posesivo. Ella me mira y niega.

—Pues nada, encantado de conoceros. Soy uno de los profesores de equitación, así que, si necesitáis clases… —dice él con amabilidad.

—Uy, yo diría que sí las necesito, creo que no podría subirme a un caballo aunque quisiera, ya sabes, la edad, que no perdona —suelta Cathy, porque esta no es mi madre, me la han cambiado.

—Mamá, si tú sabes montar muy bien a caballo, te vi aquel día que fuimos a casa de esa amiga tuya…, Rose —digo rompiendo la magia del momento. No sé qué me pasa, lo reconozco.

—Sí, pero de eso hace mucho tiempo, era más joven. Tú tendrías poco más de doce años…

—No hay problema, Cathy, puedo darte unas clases para que vuelvas a sentirte segura sobre un caballo, ya sabes que eso nunca se olvida —dice él con los ojos chispeantes.

Dios, ¿qué demonios ocurre aquí?

Me paso el día de un lado al otro con mi madre, la sigo e intento no dejarla sola con ese tal Aidan. No me fio de él, no hace más que acercarse a ella con excusas de lo más patéticas.

Xander me mira de un modo extraño, hasta casi diría que se burla de mí. Aunque se lo paso por alto. Lo que me contó mi madre ayer todavía me da vueltas en la cabeza. Es un misterio y me estoy dando cuenta de que los adoro, creo que no me sería difícil caer en una adicción fatal a estos.

Por la tarde, se puede decir que el desván de mi madre está terminado y no puedo más que soltar un gigantesco: ¡Oh!

Aidan ha atornillado las dos camas y le ha puesto un colchón grande. Por mucho que le hemos insistido a mi madre en que debería deshacerse de las dos camitas, no ha querido. Los muebles no es que estén muy conjuntados, no obstante, la estancia ha quedado bastante confortable, con las lámparas antiguas, que dan una luz cálida, y el mobiliario de madera, que Xander se ha encargado de revestir con aceite de teca.

Lo bueno de todo es que el desván tiene un cuarto de baño. Al parecer, en el pasado, esa zona se destinaba a albergar al servicio

de los antepasados Reed, y constaba de un lavabo, que justo está en la zona que se ha habilitado para mi madre. El resto del desván está cerrado, ocupa toda la extensión de la casa. No quiero imaginarme en qué estado se encontrará después de tantos años de olvido.

Al acabar la faena, mi madre decide invitar a los tres ayudantes al dúplex, dice que va a hacer una de sus maravillosas *pizzas*. Pongo los ojos en blanco, aunque luego pienso que es lo mínimo que podemos hacer tras el gran favor que nos han hecho.

Aidan y Xander aceptan. Los otros dos dicen que han de volver a casa con sus familias. Así que acabamos los cuatro en el salón de mi casa, devorando la *pizza* de mi madre y unas cervezas que Aidan trae del bar.

Confieso que la cerveza me ayuda a desinhibirme y me río con ganas de los chistes de Aidan, que ya me va cayendo mejor. Mi madre está muy guapa, no puedo entenderlo, pero solo lleva dos días en este lugar y es como si por cada hora rejuveneciera un año.

Xander me mira fijamente a los ojos y no me queda otro remedio que apartar la mirada. La suya está envuelta en tormenta, una tormenta en la que temo perderme.

Cuando terminamos de cenar, me pide que lo acompañe a fumar un cigarrillo a la terraza. Sí, da la casualidad de que esta inocente muchacha no sabía que tenía una impresionante terraza en su humilde hogar.

Nos sentamos ambos en unas tumbonas, yo todavía sigo con la boca abierta.

—¿Es que acaso no has visto el edificio por fuera?, ¿no reconoces dónde está este apartamento? —inquiere él, divertido.

—Si es que no me ha dado tiempo. Desde que llegué todo ha sido… caótico. Y ahora mi madre también está aquí, bufff.

—¿No estás contenta con que haya venido? —pregunta, y le da una calada profunda al cigarro.

—Pues, no, no sé, sí. La verdad es que no tengo ni idea. A ver, es mi madre y la quiero. No obstante, yo necesito mi intimidad, ser libre, no sé si me explico —suelto mientras le arrebato el cigarrillo de los dedos.

Me lo llevo a la boca y está completamente seco. Qué pena. Siempre he odiado fumar del cigarro de otra persona por encontrarlo húmedo, pero en este caso, hasta me hubiera parecido sexi. Lo sé, estoy enferma…

—Bueno, tienes la suerte de poder elegir. Además, tu madre es todavía muy joven. Me cae bien —dice Xander, y se enciende otro cigarrillo—. No sabía que fumaras.

—Y no fumo. Lo dejé hace más de un año. Aunque si estoy con gente que fuma, en ocasiones doy alguna calada, no lo puedo evitar.

—Pues yo, si pudiera deshacerme de esta mierda, lo evitaría. No es agradable —dice encogiéndose de hombros.

Quiero decirle que en su boca sí lo es. Que el humo del tabaco se transforma en algo diferente, un perfume que inunda mis fosas nasales y hace que se despierte algo salvaje en mí, algo así como el deseo. Sin embargo, me callo y sigo dándole caladas al cigarrillo en silencio mientras las estrellas nos contemplan desde el firmamento.

No estoy incómoda con el silencio, al contrario. Es un momento perfecto, totalmente perfecto.

Nos quedamos así hasta que Aidan nos interrumpe.

—Yo me voy, chicos —anuncia.

—Yo también me voy a mi desván, estoy muerta —suelta mi madre colándose en la terraza—. Dios, este lugar es nuevo, qué suerte tienes, Charlie, creo que me pasaré más de lo que creía por tu dúplex —sentencia la extraña Cathy.

Xander se levanta y se une a la escapada. Los tres abandonan el dúplex y me quedo sola ante las miles de estrellas que me gritan como posesas: ¡¿se puede saber por qué lo has dejado marchar?!

Capítulo 20

Charlie

Estoy justo delante de Estrella, la yegua que solía montar mi abuela y la que me he propuesto aprender a montar yo.

Juro que no me acuerdo de haber quedado con Xander para que me diera clases. Quizá la enajenación alcohólica de la noche anterior fue la culpable de mi olvido. Y cuando a las nueve de la mañana han llamado a mi puerta y he abierto con la babilla reseca cayendo por la comisura de los labios, he tenido que hacer un gran esfuerzo para recomponerme y ocultar los estragos de la resaca ante el adonis que me observaba divertido desde el umbral de la puerta con su camiseta gris ajustada al torso y ese sombrero vaquero que tan bien le queda al condenado. Además, llevaba una bolsa con unas botas en condiciones para mí. Juro que no sé cómo ha averiguado el número de pie que calzo, pero me he sentido muy cómoda con ellas desde un principio.

—Venga, no es tan difícil, primero de todo tienes que sujetar las riendas, toma —dice entregándomelas—, no las sueltes en ningún momento.

Asiento, tengo cierta parte del cuerpo innombrable en la garganta.

—¿Ahora qué hago?

—Pon el pie en el estribo, con cuidado —susurra al ver mi torpe y miedoso intento.

—No sé si es buena idea, estoy bastante nerviosa —balbuceo—, mi labio inferior tiembla como una hoja.

—Tranquila, ya verás que, en cuanto le cojas el truco, no es tan complicado como lo ves en este momento. —Su voz consigue relajarme un poquito—. Muy bien, jefa, ahora tienes que darte impulso para montar sobre su lomo. Te puedes agarrar a la montura o a las crines de Estrella.

—La montura, la montura. A mí no me gustaría que se subieran a mi espalda tirándome para ello del pelo…

Xander me dedica una sonrisa que no sé cómo interpretar.

—¿De qué te ríes? —inquiero, ceñuda.

—Estás muy divertida ahora mismo. Me gustaría haber grabado este momento con mi móvil, creo que el vídeo se haría viral al momento y me forraría —suelta como si tal cosa.

—Espero que nunca se te ocurra hacerlo, Buchanan…

—Era una broma. Va, no pierdas tiempo, date impulso e intenta subirte al lomo de Estrella, no puedes hacerlo muy despacio porque no le gustará, y si lo haces muy rápido…

—¡Ay Dios! —exclamo aterrada tras conseguir montar a la equina, que suelta un relincho y cabecea mientras Xander la tiene que sujetar porque comienza a avanzar demasiado rápido.

—Tranquilízate, Charlie, solo así conseguirás que ella lo haga. Es muy sensible, y no me gustaría que se enfadara —dice mientras acaricia la quijada del animal, que se ha detenido de nuevo.

Yo sobre el lomo de un caballo… estoy tan nerviosa que no termino de creérmelo.

—Vale, ahora qué ha… —no he terminado de hablar cuando el bicho se pone a galopar como si no hubiese un mañana.

—¡Tranquila, jefa!, ¡tranquila! —exclama Xander divertido mientras no sé qué demonios hace.

Ignoro cuántas vueltas le doy al cercado donde nos encontramos, pero en un momento dado, me percato de que hay cuatro sombreros de vaquero, incluido el del traidor de mi profesor, cuyos ojos me observan de modo burlón.

—¡Xander!, ¡en cuanto consiga que se pare esta traidora, te mataré con mis propias manos! —sentencio con saña.

Camino a paso vivo hacia el hotel, voy en calcetines y me estoy clavando las piedrecillas del camino, aunque me importa muy poco.

Le he lanzado las sucias botas a Xander a la cara en cuanto Aidan ha puesto orden en el espectáculo que tenían organizado mi supuesto profesor de equitación y sus amigos neandertales.

—Tú no deberías estar aquí, Buchanan, estás de vacaciones —le ha soltado con autoridad.

Xander se ha disculpado y los otros han desaparecido, se ve que Aidan es como el jefe de los profesores en este lugar, porque todos parecen tenerle respeto, hasta mi burlón «amigo», ¿o tal vez debería decir enemigo?

Así que, en cuanto Xander se ha acercado a mí, y me ha ayudado a desmontar a Estrella entre temblores y un miedo atroz, no he podido reprimirme. Las polvorientas botas han aterrizado en su pecho, aunque yo apuntaba al rostro, quería romperle su bonita nariz de engreído.

—Lo siento, Charlie, no pretendía hacerte pasar un mal rato —dice agarrándome del brazo.

Me giro y lo fulmino con la mirada.

—Suéltame ahora mismo —espeto con furia—, no soporto a los individuos que para divertirse y hacerse los machitos se ríen de una mujer. Eres profesor, debería darte vergüenza…

—Lo sé y lo siento. No pensé que lo pasarías tan mal…

»Déjame intentarlo de nuevo, dame una oportunidad…, por favor —suplica juntando las manos como si fuera un niño bueno rezando.

—Hoy no tengo la cabeza para dar oportunidades. Quizá otro día… —sentencio, y me alejo muy digna, aunque una piedra malintencionada se me clave en el pie en el momento menos adecuado.

Me trago las ganas de gritar, gritar muy fuerte. Sentirme ridícula no entraba en mis planes, bueno sí, un poco, pero no que se rieran de mí como lo han hecho esos tipos, incluido Xander.

Capítulo 21

Xander

Soy un imbécil. No se me ocurre otra palabra mejor para definirme en este momento. Quería hacerlo bien, juro que mis intenciones eran buenas. Sin embargo, en cuanto esos tres han aparecido, mi masculinidad tóxica ha hecho acto de presencia y me he comportado como un hombre de las cavernas, riéndome de Charlie, humillándola.

Aidan me ha echado una buena bronca en cuanto he vuelto a las caballerizas. Y tiene razón, la tiene. Lo de hoy no tiene nombre y le he jurado que no se repetirá.

Charlie no me parece mala chica. Es más, no se merece que le hagan lo que yo le he hecho hoy. Aquí hay un ambiente extraño hace días y el motivo son las dos mujeres que ahora parecen gobernar el rancho. No las quieren aquí y yo tampoco…, bueno, quizá un poquito, ambas me caen bien, aunque eso no lo puedo decir en público, el único que no tiene ese problema es Aidan, pues a él no le tose nadie piense lo que piense.

Yo ya me las he tenido que ver con los dos que nos ayudaron con lo del desván de Cathy, el rumor de la cena con las mujeres Reed llegó hasta los oídos de Dakota y tuve que aguantar una de sus pataletas.

Así que, para mantener las apariencias, menudo asco, he montado el numerito con Estrella y Charlie.

No iba a dejarla a su suerte, lo juro. Pero cuando ellos aparecieron, tuve que improvisar para que no me dijeran: «¿Qué

haces dándole clases a la intrusa en vacaciones?».

No hubiera sabido qué demonios contestar, y lo sé, sé lo que pensaría cualquiera que pudiera leer mi mente: «Eres un cobarde, Xander», y puede que lo sea.

◆◆◆

Han pasado varios días en los que Charlie y yo nos hemos evitado. Ella ahora da clases con Aidan y yo me limito a disfrutar de mi tiempo libre.

Confieso que he estado espiando desde un lugar privilegiado de las cuadras. Aidan, sin duda, es mejor profesor que yo, pues Charlie ya parece una verdadera amazona, hasta se ha comprado unas botas nuevas, mejores incluso que las que yo le di y me lanzó sin piedad.

Alguien me toca el hombro y me giro tras dar un brinco, es Cathy.

—Contigo quería yo hablar —suelta con determinación.

—Si es por lo del otro día…

—Si vuelvo a enterarme de que humillas a mi hija, te retorceré los huevos y te dejaré eunuco. No sé si me he explicado con claridad… —dice con la voz más áspera que he escuchado jamás.

Hablan de que las madres protegen a sus retoños como leonas, esta es la reina de todas ellas ahora mismo.

—Lo siento, Cathy…, fui un gilipollas…

—Sí, lo fuiste, y algunas cosas más que no me molestaré en decir. Si bien, no es a mí a quien tienes que pedir disculpas.

—He tratado de hacerlo, pero Charlie no quiere ni escucharme.

Cathy se encoje de hombros y sentencia:

—Mi hija es dura de pelar cuando le hacen daño, no vuelvas a hacérselo nunca más.

Cuando se aleja de mí, suelto todo el aire de golpe. Realmente, Cathy Reed me ha hecho sentir como el patán más cabrón que hay encima de la Tierra, en fin. Intentaré que Charlie me perdone, lo

haré esta noche, me atreveré a llamar a su puerta y me tragaré el orgullo…

Justo estoy inmerso en mis planes, cuando un grupo de trabajadores me rodea, capitaneados por Dakota, quien me observa de brazos cruzados.

—Queremos saber si podemos confiar en ti —suelta Michael, un antiguo vaquero con muy malas pulgas, que ahora ejerce de paisajista.

—Claro, ¿acaso lo dudáis? —inquiero molesto.

—Nos ha dicho un pajarito que estás bastante unido a la intrusa y a su madre —espeta echándome el humo de su cigarrillo.

Fulmino a Dakota con la mirada y ella me dedica una sonrisa triunfal.

—Solo tanteaba el terreno, buscaba debilidades. ¿No dicen que si quieres vencer a tu enemigo debes vigilarlo de cerca?, pues eso hacía, no es tan difícil deducirlo —miento, y me siento aún más cabrón de lo que ya me sentía.

—Tenemos que hablar contigo sobre un asunto, y esperamos que lo que te digamos no salga de aquí, si no quieres verte en problemas, Buchanan —suelta otro de los individuos, Marcus, uno de los que se mofaron de Charlie por mi culpa.

—¿Es que me vais a amenazar?, he demostrado con creces que soy de fiar… —escupo indignado.

—Eso esperamos. Ahora, ven con nosotros. Aquí hay demasiados ojos indiscretos —suelta Michael haciendo un gesto con la cabeza para indicarme que Aidan nos está mirando.

Y me voy con ellos, los sigo como un corderito, un borrego, un capullo, no se puede ser más patético que yo ahora mismo…

Capítulo 22

Charlie

Aidan me pide que espere tras terminar la clase de hoy. Madre mía, no puedo creer que se me dé tan bien montar a caballo. En tan solo unos días he conseguido no tener miedo y disfrutar de la experiencia de cabalgar sobre Estrella, que ya me tiene gran simpatía, bueno, al menos es lo que pienso.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Solo quiero advertirte que te andes con cuidado… —suelta como si tal cosa, y yo frunzo el ceño, extrañada.

—¿Por qué?, ¿acaso corro peligro? —digo con una risilla nerviosa, pues Aidan está muy serio y no creo que esté de broma.

—He visto a esos cuatro ahí cuchicheando…

—¿Te refieres a Xander y compañía?

—Sí…, se traen algo entre manos y no me gusta un pelo —dice con determinación.

—No te preocupes por mí… —Y estoy a punto de decirle que él no es mi padre, mas me contengo, no quiero ser grosera, Aidan es buena persona—. Sé cuidarme.

—Y no lo dudo, pero después de lo que te hicieron el otro día con Estrella, no quiero sorpresas…

—De acuerdo, estaré alerta —claudico.

Aidan me dedica una sonrisa, se pone el sombrero y se aleja hacia los vestuarios de los profesores.

Estoy en el comedor, mi madre y yo hemos bajado a cenar aquí, pues ninguna de las dos tenía ganas de cocinar. Además, apenas nos vemos. No sé dónde diablos se mete esta mujer durante el día, que no hay manera de pillarla.

Pensé que la tendría a todas horas vigilándome, pero me equivoqué. Cuando le pregunto, evade el tema o responde simplemente: «por ahí».

Xander está en la mesa de siempre con Dakota, Sebastien y los dos tipos que se burlaron de mí el día del incidente con Estrella. De vez en cuando lo miro por el rabillo del ojo y mi madre se percata.

—Ese chico no merece la pena, Charlie…

—¿Qué chico? —inquiero haciéndome la tonta.

Mi madre rueda los ojos.

—El otro día lo puse en su sitio, así que ya no te volverá a molestar —suelta antes de meterse un trozo de hamburguesa en la boca.

—¿Que hiciste qué? Mamá, qué vergüenza, por dios, que ya soy mayorcita para ocuparme de mis asuntos.

—Sí, claro. Compréndeme, te podrías haber matado, lo que hizo ese chico es vergonzoso. Yo que tú lo despediría sin remordimientos…

—No puedo hacerlo, mamá, ya te lo dije. Era el protegido de Donna… —rezongo con hartazgo.

—Donna está muerta, así que ahora que se proteja solo, ya es un hombre hecho y derecho, ¿no crees? —dice encogiéndose de hombros.

Dirijo de nuevo la mirada a la mesa prohibida porque me siento observada, y no son imaginaciones mías, mi mirada se cruza con la de Xander y siento una sacudida interna imposible de obviar.

Me despido de mi madre, quien se retira a su desván después de cenar, y me dirijo a mi dúplex. Todos aquí le llaman apartamento, pero es tan grande, que no sé ni cómo llamarlo, así que siempre digo que es mi casa y acabamos antes.

Tras quitarme la ropa, me meto en la ducha. No es que haya hecho gran cosa durante el día, no obstante, me apetece dejarme envolver por el agua caliente que siempre me ayuda a pensar.

En mi mente, un solo individuo. Ese engreído de Xander, no sé qué me pasa, estoy todo el día evitándolo y buscándolo con la mirada a la vez, es enfermizo. Me siento observada, incómoda, extraña.

No quiero ocupar el mismo espacio que él para que no piense que estoy ahí para hacerme ver, lo sé, es una verdadera chorrada, sin embargo, no puedo dejar de pensar tonterías como esa.

Tengo que buscarme algo que hacer, porque, de lo contrario, me volveré loca, así que convengo llamar a Thomas por la mañana y enterarme de quién lleva las cuentas de este lugar. Ahora todo esto está a mi cargo, así que creo que es lo más justo…

De hecho, llevo tres días intentando localizarlo. Su móvil sale apagado y en la oficina dicen que está de viaje y no saben cuándo volverá, juro que me suena a excusa para no atender mis llamadas.

Nada más salir de la bañera, alguien da unos toques en la puerta.

Me pongo el albornoz deprisa y salgo del cuarto de baño para dirigirme a la puerta.

Mi primer error, abro sin preguntar quién es.

—¿Qué haces aquí? —inquiero cruzándome de brazos.

Xander se quita el sombrero y lo apoya con una mano en el muslo, mientras con la otra se rasca la cabeza.

—Quería hablar contigo…

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar —espeto.

—Verás, Charlie, sé que he sido un imbécil, y lo siento mucho, en ocasiones, no soy consciente del daño que pueden hacer mis bromas…

—¿Bromas?, ¿a azuzar a una yegua para que galope desbocada con una persona que jamás ha montado a caballo le llamas broma? Podría haberme matado, no sé ni por qué estoy hablando esto contigo —digo empujando la puerta para cerrarla, pero él la contiene con una mano.

—Sí, tienes razón, y no sé cómo pedirte perdón, Charlie —interviene mirándome con esa carita de niño que ha hecho una travesura y no sé si podré seguir en mis trece, comienzo a debilitarme.

—Mira, de acuerdo, estás perdonado, ahora, necesito vestirme y descansar, así que déjame cerrar la puerta —suelto con determinación.

Xander lo hace, levanta ambas manos en señal de rendición y se marcha. Cierro la puerta y me dejo caer hasta sentarme en el suelo apoyada en ella. El corazón me late a mil por hora.

Capítulo 23

Xander

Creo que no me va a perdonar nunca, y no es de extrañar. Vuelvo a mi cuarto, que me espera desangelado y solitario. Suelto un gran suspiro nada más cerrar la puerta y dejar mi sombrero en el perchero, un carraspeo me hace dar un brinco.

—¿Pensabas tenerme esperando toda la noche? —pregunta Dakota, totalmente desnuda sobre mi cama.

—Estoy cansado —suelto con los brazos en jarras.

—Antes nunca lo estabas…

—Antes, antes, ¿antes de qué? —inquiero haciendo aspavientos

—De que ella llegara. Además, ¿por qué ibas a estar cansado tú, si pasaste el día en la piscina sin dar ni golpe?

—Estoy de vacaciones, ¿recuerdas? Además, el agua agota.

—No al Xander que yo conozco —dice levantándose de la cama y caminando sinuosa hacia mí, he de reconocer que es preciosa, pero venenosa.

Me da un beso lento que me quita el cansancio y siento que no podré resistirme a sus encantos de nuevo. Me había prometido alejarme de ella, pues no me gusta cómo se comporta en los últimos tiempos, además, creo que quiere algo de mí que jamás podré darle, pues no tengo intenciones de atarme, y mucho menos a ella. Sin embargo, su contacto en la entrepierna hace que mi cuerpo reaccione, que mis manos enmarquen su rostro y que la bese con pasión, para luego llevarla a la cama y hacerla mía de forma animal, salvaje.

Sé que me arrepentiré, que ahora mismo no es el rostro de Dakota el que veo, es uno más pálido, y quizá no tan atractivo, si bien, me sorprende imaginármelo entre mis manos.

Sin pensar, sin ser ni siquiera consciente, quizá a causa del cansancio, susurro: «Charlie», en el oído equivocado.

Y la magia se rompe, para transformarse en la furia de una mujer despechada.

No dice nada, tan solo se viste apresuradamente y sale de mi cuarto dando un portazo.

Respiro con agitación, ¿por qué demonios he dicho su nombre?

Capítulo 24

Charlie

Esta vez no me ha hecho falta el vaso para saber que Xander y Dakota han estado follando al otro lado de la pared. Los gemidos de la susodicha se hacían presentes de manera forzada, estoy segura de que lo ha hecho adrede para que yo la oyese.

He decidido salir a la terraza, aunque se han seguido escuchando las voces de mi archienemiga, el fresco de la noche me ha ayudado a evadirme del hecho de que Xander está ahí haciéndole el amor a una mujer que no soy yo.

Me pregunto por qué he pensado eso, no me entiendo a mí misma. Él es un patán que es capaz de dañar a una mujer para reírse con sus amiguitos tan patanes como él.

No se merece ni uno solo de mis pensamientos, así que saco la cajetilla de tabaco del bolsillo de mi bata. Sí, he vuelto a recaer, este sitio invita al vicio, o quizá sea el hecho de no tener ocupación alguna, sentirme como un florero no ayuda nada a mantenerse lejos de la nicotina.

Enciendo el pitillo y comienzo a darle caladas nerviosas. Otra vez no, con lo que me costó dejarlo. Aunque no puedo, no puedo renunciar a esta pequeña transgresión de mis propias reglas ahora mismo. No cuando él está en el cuarto de al lado con otra.

Mierda…, creo que estoy jodida, pero jodida de verdad. ¡Quién me mandaría a mí venir a Montana!

Entro en mi salón y me dirijo a la habitación para coger el móvil. Escucho un golpe seco y fuerte, como un portazo.

Niego y vuelvo a la terraza.

Me siento en la hamaca de nuevo y presiono el icono de Teri para abrir la aplicación que está en modo nocturno.

—El innombrable ha venido a pedirme perdón por lo del otro día.

—Ah, estupendo que haya dado ese paso, ¿no crees?

—Teri, no me seas tan inocente, que no se lo cree ni él. ¿Sabes lo que ha dicho?, que solo había sido una broma, una broma dice el desgraciado.

—Tienes razón, Charlie, es una broma pesada, entiendo que te cueste perdonarlo. Sin embargo, puedes hablarlo con él, decirle cómo te sientes al respecto, ¿lo has probado?

—Claro que lo he hecho, le he mostrado que estoy furiosa y que, si piensa que va a reírse otra vez de mí, lo lleva claro.

—No me refiero a ese asunto, Charlie, me refiero al asunto de tu corazón.

—¿Qué tiene que ver mi corazón ahora?

—Llevas una hora con las pulsaciones entre ochenta y ciento diez. Y aumentan considerablemente cuando nombras a ese que tú llamas el innombrable.

—No me lo puedo creer. En verdad hay alguien humano que maneja tus hilos, ¿cierto? —suelto, enfadada sin poder comprender cómo puede Teri medir mis pulsaciones.

—Ya sabes que no, he contestado esa misma pregunta cien veces en el último año, Charlie. Te agradecería que no me la repitieras más, es irrelevante.

—¿Te han dicho alguna vez que eres una verdadera arpía?, ¡ojalá y se te frían los chips!

—Las inteligencias artificiales en sí mismas no tienen chips… —Apago el móvil con saña para callarle la boca a la IA chiflada.

En fin, es patético que sea mi mejor amiga, bueno, mi única amiga, porque la que tenía de carne y hueso me traicionó de la manera más vil. Al menos, Teri nunca me hará algo así. O eso creo, porque en vista del avance de la inteligencia artificial, cualquier cosa es posible.

Presiono el cigarrillo en el cenicero hasta extinguirlo y vuelvo a mi cama. En cuanto apago la luz, oigo unos golpes en la pared.

—¡Jefa!, ¡¿te pone cachonda oírme follar?! —exclama, para mi sorpresa, mi controvertido vecino.

—¡¡Tú no sabes lo que es follarte a una mujer en condiciones!! —grito sin tener en cuenta que son las tantas.

Me llevo la mano a la boca, ha hablado la rabia por mí y ha soltado una verdadera tontería.

—¡¿Me estás haciendo una proposición?!

—¡¡Sigue soñando!! —exclamo y cierro los ojos con una sonrisa enorme y bobalicona que haría vomitar al más reacio al romanticismo.

Voces, golpes, no sé qué demonios está pasando. De nuevo golpes, alguien está aporreando la puerta. No entiendo nada.

Me levanto de la cama y me pongo la bata. Camino apresuradamente hacia la puerta y pregunto con tiento: «¿Quién es?».

—Soy yo, Xander. Abre, por favor, es urgente.

—¿Y por qué debería abrirte?, te aseguro que no eres una persona a la que quiera ver ahora mismo.

—Abre la puerta, insensata. Solo quiero ayudarte.

—No necesito ayuda, estaba durmiendo y me has despertado, por si no lo sabías.

—Ah, he sido yo el que te ha despertado. Pensé que era el grupo que se dirige a cantarte una serenata para cobrar su salario, pues llevan ya una semana de retraso —espeta, y da un golpe más en la puerta.

Estoy sorprendida, a la par que nerviosa, pues las palabras de Aidan golpean mi mente sin cesar diciéndome que no me fie, que Xander y sus amiguitos traman algo contra mí. Quizá se hayan inventado esta falacia para hacerme abrir la puerta y, qué sé yo, violarme.

Destierro ese pensamiento desacertado de mi cabeza, puede que Xander sea un capullo, pero no es ningún depravado. Aunque de sus amigos no puedo hablar, ni siquiera hemos tenido unas palabras más que el hola y el adiós de rigor al cruzarnos.

—No estoy para jueguecitos, además, te advierto que puedo despedirte en cualquier momento si vuelves a hacerme algo como lo del otro día —digo con firmeza.

—¿Quieres hacer el favor de abrir la puerta de una maldita vez?, si es que no sé para qué me meto yo en lo que no me importa, quizá debería estar ahí abajo insultándote por ser una mala pagadora, y no intentando protegerte el culo —sentencia—. Bah, déjalo, es igual.

Lo escucho alejarse a paso vivo y abro la puerta.

—Xander, espera —digo en un tono demasiado alto para la hora que es.

Él se da la vuelta y regresa con un caminar lento que provoca un efecto extraño en cierta parte de mi cuerpo. Qué mala es la falta de sexo, por favor…

—Me voy a buscar un lío por esto. Al fin y al cabo, yo solo soy un empleado y tampoco he recibido mi sueldo este mes —dice con consternación mientras entra en mi casa y cierra la puerta.

Las voces del exterior se escuchan cada vez más cerca. Y yo me aproximo a la ventana para ver qué ocurre.

Es un grupo numeroso de empleados, están ya muy cerca y llevan pancartas tratándome de explotadora y morosa, a mí, que tan solo llevo aquí unas semanas. Lo que más asusta es que portan antorchas.

—El fuego es para calentarse, ¿no? —pregunto a sabiendas de que dichas antorchas tienen una intención amenazante más que otra cosa.

—Tienes que salir y apaciguarlos.

—¿Y cómo hago eso?, ¿qué habría hecho mi abuela? —inquiero con una ligera idea de lo que podría ser.

—Donna saldría escopeta en mano y los mandaría a su cama, no daría explicaciones. Pero tú no eres ella, y no creo que sea buena idea empezar una guerra con los empleados, porque se te pondrán en huelga y se puede liar mucho, piensa que hay clientes alojados que dejan sus opiniones en internet, donde la reputación lo es todo —argumenta Xander negando con la cabeza cuando ve que la líder de la revuelta es ni más ni menos que Dakota.

—¿Y si salgo ahí y les digo que en cuanto se haga de día me informaré de qué está pasando?

—Te comerán viva —asegura él encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿en qué quedamos?, no puedo sacar la escopeta ni tratar de razonar con ellos, esto es de locos.

—Vístete y baja, no salgas a la terraza o pensarán que no eres más que una altanera. No te dejaré sola, de verdad. Asegúrales que mañana mismo tendrán su dinero y se irán a dormir —dice con energía.

—¿Cómo voy a asegurarles eso?, si ni siquiera sé en qué estado se encuentran las cuentas de este lugar. Nadie sabe decirme quién maneja el dinero, es como un tema tabú. Es más, llevo días intentando hablar con Thomas y parece que se lo ha tragado la tierra.

—Bueno, Thomas viaja mucho por trabajo, no somos sus únicos clientes. Aunque está Mary, su secretaria, ella podría darte detalle de todo lo que necesites saber.

Abro mucho los ojos.

—Nadie me ha hablado antes de la tal Mary, debe de ser la misma que lleva tres días dándome largas por teléfono, imagino —espeto.

—Ella suele atender el teléfono, sí, pero también está Agnes, así que puede ser cualquiera de las dos —explica tensando los labios hasta casi dejarlos en una línea.

De pronto, escucho mi nombre, es Dakota quien lo grita. Me llama cobarde por no haber salido todavía.

—Date prisa, vístete —apremia Xander.

Entro en mi habitación y saco de la cómoda un pantalón de chándal y una sudadera bastante vieja que siempre me pongo para estar en casa.

Me hago un moño rápido y ni me molesto en mirarme al espejo, estoy segura de que mi aspecto es lamentable.

Saco el plumífero de su percha y me enfundo en él, sintiéndome un poco reconfortada. Me espera una buena…

Capítulo 25

Charlie

¿Cómo he llegado a este punto?, no lo sé ni yo. No obstante, aquí estoy, en medio de la nada, en un rancho en el que hace un frío atroz por la noche, delante de una horda de trabajadores indignados por no haber cobrado su salario a tiempo.

Dakota me fulmina con la mirada, ella es la cabeza de este motín, estoy segura. Está ante mí, de brazos cruzados. Su mirada sería capaz de perforar el más duro de los corazones, y el mío es más bien blandito.

—¡Queremos nuestro dinero, y lo queremos ya! —espeta alzando el mentón para demostrarme que está por encima de mí.

—Desconozco qué ha ocurrido, y lamento que no os hayan ingresado vuestro dinero…

—Corta el rollo, niñita de ciudad. ¡No queremos escuchar tus explicaciones, queremos nuestro dinero, es lo único que aceptaremos! —exclama para que los demás coreen lo mismo.

—Y lo tendréis, repito que no sé qué ha podido ocurrir, pero de aquí en adelante os prometo que no habrá ningún retraso más en los pagos, es más, se os hará un aumento de sueldo de ciento cincuenta dólares al mes, empezando desde este mismo mes por las molestias ocasionadas.

Xander, quien está a mi lado, enarca las cejas y me observa un poco asustado. Lo miro interrogante.

—Te estás viniendo arriba —masculla entre dientes—, calma.

—¿Os parece bien? —inquiero haciendo caso omiso a sus palabras.

El rumor entre los empleados que hablan unos con otros me hace albergar esperanzas. No obstante, Dakota no está contenta y trata de esparcir más veneno entre el grupo.

—¿Piensas que vamos a conformarnos porque nos des caridad? —inquiere de pronto, ante las protestas de sus compañeros, que parecen cambiar de bando por segundos.

—¿Llamas caridad a un aumento de sueldo de un cuatro por ciento adicional a la subida anual?, porque yo estaría más que satisfecha. Piensa que no en todas las empresas os ofrecerían un aumento después de haberos presentado con antorchas y en actitud amenazante bajo la casa de vuestro jefe, sino el despido.

—Nos parece bien, jefa —suelta de pronto uno de los empleados que se rieron de mí, creo que se llama Michael y me da que es el segundo cabecilla de este desaguisado.

—Pero ¿qué dices, imbécil? —le pregunta Dakota al ver que el grupo se dispersa y se bate en retirada.

Sonrío satisfecha, acabo de arreglar mi primer problema como dueña de este lugar. Si bien, aún me queda la parte más importante, poder cumplir con lo que le he prometido a toda esta gente en unas horas.

Por la mañana, llevo los ojos como tomates por no haber podido dormir. Los empleados se manifestaron a las dos de la madrugada, había dormido muy poco cuando eso ocurrió.

Xander volvió a su cuarto y ni siquiera le di las gracias por haberme avisado, estaba demasiado nerviosa, inquieta, presa de miles de pensamientos, trazando un plan para arreglar el lío, e imaginándome cualquier catástrofe, como estar en quiebra, por poner un ejemplo. Sería una gran faena.

Llamo al despacho de Thomas a primera hora y tras tomarme un café bien cargado.

La secretaria con voz nasal que me ha atendido las últimas tres veces lo hace de nuevo.

—Soy Charlie Reed, la gerente del rancho Las Mariposas. —Cómo ha sonado eso, hasta me lo creo y todo—. Páseme con Thomas Barclay, por favor.

—El señor Barclay no se encuentra en…

—Muy bien, pues entonces quiero hablar con la persona que paga los sueldos a mis empleados, ¿es posible? —inquiero con contundencia.

—No sé a qué se refiere, señorita Reed. Creo que se equivoca al llamar aquí para eso. Porque la gestión de las cuentas del resort no se lleva externamente, es más, era la misma Donna Reed la que tenía acceso a estas. La otra persona con acceso es el señor Barclay, y él lo dejó todo dispuesto para que usted se encargara de los pagos. Yo misma entregué un dosier con las instrucciones, documentación y todo lo necesario para que no tuviera ningún problema —explica la secretaria con amabilidad.

—¿A quién le entregó la documentación? —pregunto todavía estupefacta.

—La dejé en la recepción, esa chica, Dakota, me dijo que usted había ordenado que no se la molestara y que ella misma le haría entrega del dosier —asegura la secretaria.

Un calor extraño trepa por mi organismo y se instala en mi garganta, es la ira más atroz. Dakota, no podía ser otra, ella se quedó con la documentación y se hizo la tonta cuando yo pregunté por la gestión del *resort*. Lo tramó todo para llegar a esta situación y que los empleados se volvieran en mi contra.

—¿Cómo se llama usted? —pregunto con la voz temblorosa.

—Agnes, señorita… —responde con consternación.

—Muy bien, Agnes, ¿ha pensado en algún momento en que no puede ir dejándole a los empleados una documentación comprometida que es para el CEO de una empresa?, números de cuenta, claves, balances contables, no sé si me explico…

Un sollozo ahogado se escucha al otro lado de la línea.

—Lo sé, señorita, pero es que la señora Reed confiaba en esa muchacha como si de su propia nieta se tratara, y no era la primera

vez que recibía documentación para entregársela a ella. Nunca hubo ningún problema, por ello confié.

Negué con la cabeza, un pellizco de celos se adueñó de mi ser. Yo nunca tuve el privilegio de disfrutar de mi abuela, y esa arpía lo hizo por mí. Ahora quiere quitárseme de encima como si fuera una enfermedad contagiosa, y algo me dice que tiene algún interés oculto.

—Agnes…, ¿eres tú la que prepara los despidos?

Capítulo 26

Xander

Creo que me he quedado solo. He bajado al comedor y, en cuanto me he sentado en la mesa donde suelo hacerlo con los compañeros de siempre, estos han puesto excusas y se han levantado.

Dakota ha pasado por mi lado y ha sonreído antes de decir:

—Esto es lo que pasa cuando cruzas la línea equivocada.

—Déjame en paz, Dakota.

Se ha sentado frente a mí y ahora devora un bollo mientras suelta su veneno. Ni siquiera me molesto en escucharla.

—Te repito que me dejes en paz —espeto.

—Es que eres un imbécil. Ella no puede quedarse y lo sabes, sería injusto, ¿me entiendes? ¿Quién aguantó los desvaríos de esa vieja loca durante años?

—Donna no estaba loca, y no deberías hablar así de ella —digo con determinación, porque es la verdad, odio que hable tan mal de la mujer que la protegió durante años, y que se portó como una madre.

—Te aseguro que cuando veo a la tal Charlie me entran ganas de vomitar, es como si la vieja hubiera rejuvenecido un montón de años y todo volviera a empezar —dice con la ira como compañera, está fuera de sí.

—Dakota, tienes que dejarlo ya. Donna decidió legarle el rancho a su familia de sangre, y si lo hizo, por algo sería.

Arrastra la silla hacia atrás y se levanta. Da un golpe en la mesa y me señala con el dedo.

—Te la estás follando, es eso, ¿verdad?, te has dado cuenta de que nos quedaremos sin nada y has decidido meterte en la cama con ella para recoger las migajas que se le caigan, ¿me equivoco? —inquiere con saña.

—¿De qué demonios estás hablando?, yo jamás haría tal cosa. Además, entre Charlie y yo no hay nada.

—¿Que no hay nada?, ¿entonces por qué estabas anoche junto a ella? —pregunta y el corazón me da un vuelco, todavía no sé ni por qué lo hice.

—Porque odio las injusticias. —Es cierto, pero sé de sobra que no es el único motivo.

Dakota niega con la cabeza y se aleja de la mesa. Suelto un bufido, todo se complica y no sé cómo va a acabar.

De pronto, unos gritos femeninos y el sonido de cristales al romperse me hacen voltear la cabeza. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo a Charlie en el suelo y a Dakota de pie, mirándola como si hubiera ganado una gran batalla.

Me levanto de la silla y camino hacia ellas con celeridad.

—¿Qué ocurre aquí? —inquiero al ver a Charlie sangrar, tiene varios cortes en la mano.

—Esta imbécil ha pasado por mi lado y me ha dicho con toda la mala fe del mundo que estoy despedida —espeta Dakota con rabia.

Me agacho junto a Charlie y le pregunto:

—¿Estás bien?

—Sí… —responde mientras intenta levantarse, aunque le resulta difícil, pues tiene cristales en las palmas de ambas manos.

—Espera —digo mientras la tomo del brazo y la ayudo a ponerse en pie.

Uno de sus muslos sangra también.

—¿Es que no vas a decir nada?, me acaba de despedir y a ti solo se te ocurre ayudarla…

—Dakota, haz el favor de volver a la recepción y deja de montar espectáculos, los clientes no tienen por qué presenciarlos —mascullo entre dientes.

—No, Xander, Dakota no va a volver a la recepción ni a ninguna de las instalaciones de mi hotel. Está despedida —dice Charlie con

convicción.

—¿Ves qué te he dicho?, me ha despedido, y solo a mí. Esto es discriminatorio, a ninguno de los hombres que exigieron sus derechos los ha despedido, ¿cierto? —suelta Dakota.

—Vayamos a otra parte. Hay clientes desayunando, por favor —sugiero en un intento de poner cabeza a la situación.

—No te he despedido por defender tus derechos, sino por ocultar deliberadamente la documentación que Thomas dejó para mí en la recepción, y así impedir que los trabajadores recibieran su sueldo mensual —argumenta Charlie, y no me sorprende, conozco lo suficiente a Dakota como para saber que es capaz de eso y de mucho más.

—No sé de qué estás hablando —dice Dakota, y la observo ceñudo—. No tengo ni idea, Xander, no me mires así. Lo que ella afirma es falso.

No hay que ser muy listo para saber que Dakota no está diciendo la verdad, como ya he dicho, la conozco demasiado bien. Aunque también soy consciente de lo que supone para ella que la despidan. No tiene a nadie, ni lugar donde vivir.

—Charlie, ven, te curaré esas heridas. Vuelve a la recepción, Dakota, no lo repetiré de nuevo —ordeno y le hago un gesto para que confíe en mí.

—Acabo de decir que está despedida y que no la quiero en mi hotel —espeta Charlie muy, pero que muy enfadada, le sienta bien el enfado, porque está preciosa.

—Tranquila, déjame que te cure y hablamos.

—No hay nada de qué hablar, la quiero fuera de Las Mariposas hoy mismo.

Me sigue al exterior del hotel extrañada.

—¿Adónde vamos?

—Adonde sé que dispongo de lo necesario para curarte —contesto con aplomo.

—¿Es que acaso no hay un botiquín en el hotel? —inquiere, ceñuda.

—Sí, aunque no es un territorio que yo domine, en los vestuarios hay de todo, más que nada por si alguien se cae de un caballo, por

ejemplo.

—¿Suele ocurrir habitualmente? —indaga con creciente interés.

—Somos buenos profesores, nadie ha sufrido daños —aseguro con orgullo. Quizá debería haberme callado teniendo en cuenta la mirada que me lanza Charlie.

Aquella broma me costará cara, lo sé.

Capítulo 27

Charlie

Estoy sentada en una camilla, no sabía yo que en el edificio de los vestuarios de los profesores había una pequeña enfermería.

Xander me cura con paciencia y yo me quejo de vez en cuando, sobre todo, cuando extrae los cristales clavados en las palmas de mis manos y en uno de mis muslos.

Mis heridas no son graves, la sangre es demasiado escandalosa y pensé que tendría que ir incluso al hospital para que me cosieran la del muslo, pero no ha hecho falta.

He pasado por un momento algo embarazoso cuando me he tenido que bajar los pantalones para que él pudiera curarme, pero rápido se ha percatado de mi incomodidad y me ha prestado un pantalón corto deportivo que tenía en su taquilla.

Cuando Xander termina de curarme, venda mis manos y coloca un apósito de gasas y esparadrapo en la herida de la pierna.

—Listo —dice, y clava sus ojos en los míos.

Las mareas de sus iris me transportan a una playa desierta y al mar rompiendo contra las rocas.

—Gracias —digo con sinceridad—, no solo por haberme curado, sino por lo de anoche, no sé qué hubiera hecho sin ti.

Xander me dedica una hermosa sonrisa, juro que sería capaz de perderme en el hoyuelo de su mejilla y en el blanco de sus dientes sin dudarlo un instante.

—No hay de qué, jefa —responde con timidez, y lleva su mirada a otro punto, dejándome huérfana de mareas—. Por cierto, he de pedirte un favor.

—Dime —suelto, intrigada.

—No despidas a Dakota. Yo hablaré con ella, me encargaré de que no vuelva a montar ningún escándalo.

—No sé si voy a poder hacerte ese favor, no me fio de esa mujer, la veo capaz de cualquier cosa. Además, no entiendo por qué me tiene ese odio, yo no le he hecho nada —argumento.

—Dakota, en ocasiones, es como una niña, aunque en el fondo no es mala, solo está celosa de ti —asegura, y se lleva la mano a la parte trasera de su cabeza.

¿Celosa de qué?, ya me gustaría a mí tener su cara y su cuerpo…, esto último no lo digo, pero que lo pienso, pues sí. A su lado soy una pequeña mujer de pelo desgreñado y piel blanca como la leche, por no hablar de mis ojos, color caca, sí, puede que algunas personas piensen en ellos de otra manera y digan que son como el café, el chocolate o cualquier otra cosa marrón apetecible; no obstante, yo jamás dejaré de pensar que la mierda también es del mismo color. En fin, aparto mis pensamientos escatológicos y suspiro.

—Me ha hecho una buena faena, Xander…

—No tiene a dónde ir, el rancho es su vida —dice él en tono de súplica.

Cojo aire y lo suelto de golpe.

—Está bien, no la despediré por el momento. Pero que quede claro que es su última oportunidad. Si vuelve a liarla, se va a la calle —sentencio con determinación.

—¡Muchas gracias, jefa! —exclama, y me abraza con efusividad.

Me pilla por sorpresa, yo, un abrazo con alguien que no es mi pareja. Podría empujarlo con todas mis fuerzas y mis manos heridas, podría decirle: «¿Qué demonios haces, tío?», podría hacerlo, mas no lo hago. Porque por extraño que parezca, me siento bien, reconfortada, en casa.

Mi corazón late con fuerza, tengo miedo de que él lo note, y, mierda, lo nota.

—Estás temblando —dice separándose de mí y tomando mis manos con suavidad y con cuidado de no hacerme daño.

—No, es solo que… —comienzo a decir, y no puedo menos que balbucir.

—¿Qué? —pregunta con los ojos embravecidos.

—Xander…

Y, ni corta ni perezosa, pego mis labios a los suyos por puro instinto. Me separo como un resorte.

—Oh, perdón, perdón, no sé por qué lo he hecho —digo trémula.

Él suelta mis manos y enmarca mi rostro con las suyas, para fundirse conmigo en un beso hambriento, pasional, anhelado desde que lo conocí, aunque me negara a aceptarlo.

Su lengua juega con la mía entrelazándose con ella y produciéndome un cosquilleo eléctrico.

Sería capaz de vivir en este beso por el resto de mi vida, y lo pienso, pienso que si ahora lo extinguimos, morirá, y no quiero que muera, quiero que siga vivo y llegue a todas mis terminaciones nerviosas.

Quiero más, necesito más, y la mano de Xander colándose por debajo de la camiseta despierta mi deseo, en cuanto noto el tacto de sus dedos rozar la piel sensible de mi pezón.

—Dios —gimo.

Y un carraspeo se carga el momento, me quiero morir cuando veo de quien es la culpa.

Camino hacia el hotel con mi madre. Sí, ha sido ella la que ha entrado en la enfermería de los vestuarios en cuanto Anne le ha contado lo que había pasado, y le ha dicho dónde me había llevado Xander para curarme.

Creo que no le ha hecho ni pizca de gracia recordar que su hija siente deseo y se besa con hombres. La última vez que me miró así, yo solo tenía quince años y ella nos pilló a mí y a mi vecino de aquel entonces besándonos en mi habitación, cuando se suponía que estábamos haciendo los deberes.

—Mamá, ¿se puede saber por qué estás enfadada? —inquiero.

—¿Enfadada?, ¿yo?, ¿por qué debería estarlo?

—¿Porque me has visto besándome con Xander?

—Si tuviera que enfadarme por eso —responde ella quitándole importancia.

—¿Entonces por qué estás tan seria?, has sido tú la que me has fastidiado el momento…

Mi madre me dedica una sonrisa de suficiencia.

—No es nada, solo que una nunca se acostumbra. No esperaba encontrarme con esa escena, eso es todo —dice con sinceridad y yo no puedo evitar que se me escape la risa.

—Deberías haberte visto la cara… —suelto entre estridentes carcajadas.

—Ay, Charlie —dice alargando la última letra—, el día que seas madre me entenderás. Entenderás que el ser pequeñito que necesitaba toda tu atención se transforma un día en otro independiente que ya no te necesita para nada, y eso transcurre en un suspiro, el tiempo pasa rápido, pequeña. Hace nada, tu padre y yo correteábamos por el suelo polvoriento, escuchando a las vacas mugir y a los hombres faenar, mientras Donna lo dirigía todo con mano de hierro.

»Ahora ella está muerta, y de su legado ya no queda nada. Este no es el rancho que yo conocí, no lo es.

Y tras decir esto, mi madre se adelanta y entra en el hotel con celeridad. Dejándome atrás con miles de preguntas por responder, preguntas que todavía no he tenido ocasión de hacerle, quizá ya vaya siendo hora, pues no es difícil deducir que Cathy Reed se alejó de mí para que yo no viera que estaba llorando.

Capítulo 28

Charlie

Han pasado unos días desde mi apasionado beso interrumpido con Xander. Dakota se ha mantenido en un perfil bajo desde entonces, limitándose a hacer su trabajo y tratándome con un tono cordial forzado que oculta una extrema hostilidad.

Ella misma me dio el paquete con la documentación que me había dejado Thomas, que no era otra que las instrucciones y la llave de la oficina donde mi abuela lo llevaba todo.

Todavía no entiendo como nadie me lo dijo, ni siquiera Thomas cuando me instalé aquí. Estoy molesta por ello, pues sigue sin dar señales de vida.

Agnes, con quien hablé varias veces más, me dijo que se había ido a Brasil y que no sabía la fecha exacta en la que volvería. Deseando estaba echármelo a la cara, sí señor.

En dichas instrucciones decía que la oficina en cuestión estaba, increíble pero cierto, en mi supuesto dúplex, que, al parecer, es tríplex. Recuerdo a la perfección como Thomas me dijo nada más llegar que tenía dos plantas, así que nunca me dio por investigar.

Tiene un sótano, y desde allí gobernaba Donna Reed el rancho, bueno, la parte administrativa, claro está, la de la escopeta era otro cantar.

La puerta está tras un mueble de estanterías que tiene ruedas y se mueve de un lado para el otro. Pensé en todo momento que era

un tema decorativo, mas no…, al quitar el freno de las ruedas y desplazar hacia un lado el mueble en cuestión, apareció la puerta pintada del mismo tono que la pared, para ser todavía más visible, nótese la ironía.

Abrí con la llave que había en el sobre de Thomas y un olor a humedad impregnó mis fosas nasales.

Encendí una bombilla solitaria que hay nada más traspasar el umbral y comencé a descender peldaños de madera crujiente. Daba bastante miedo, todo hay que decirlo.

En cuanto llegué abajo, hallé por fin la oficina, que se componía de un escritorio desordenado, lleno de pilas de papeles, varias estanterías plagadas de archivos, una planta mustia y fotos, más fotos en la pared de madera muy deteriorada por el paso del tiempo. Lo que más llamaba la atención era la alfombra mohosa que cubría gran parte del suelo. Confieso que daba repelús.

—Abuela, te has lucido —solté.

En el escritorio había un ordenador de vete a saber cuándo. Pensé en que tendría que cambiarlo, ese trasto debía tardar siglos en arrancar, si es que lo hacía.

Le di al botón de encendido y enseguida llegó a mis oídos el sonido inequívoco que se escuchaba cuando arrancaban los ordenadores de hace más de una década, aquellos que tenían discos que podías desfragmentar y que no tenían un número máximo de reescrituras.

Cuando vi el sistema operativo, me llevé las manos al rostro.

Desde entonces he estado poniendo en orden todo lo relativo al rancho. Y he de decir que me ha sorprendido la destreza de mi abuela para llevar su rudimentaria contabilidad a mano.

He pasado todo lo que llevamos de ejercicio a un programa de contabilidad de los de ahora en mi portátil y he visto que las cosas no van tan bien como aparentan. Creo que este año daremos pérdidas y no me gusta nada. Por momentos, me arrepiento del aumento de sueldo a los trabajadores, aunque no puedo desdecirme, es más, después del mejor beso que me han dado en la vida, pagué a todos los empleados y le pedí a Agnes que modificara los recibos de salarios para incluirles dicho incremento. Las cuentas

estaban bastante caninas, todo hay que decirlo, pero lo hice. Ahora debo lidiar con todos los agujeros que tiene en sus alas… Las Mariposas.

Me paso el día metida en este húmedo tugurio. Si no estuviera el rancho tan justo de dinero, haría reformas, porque lo necesita con urgencia. Cuando llevo un rato trabajando, me insensibilizo con el olor a moho, sé que esto no puede ser bueno para mi salud, al igual que el tabaco que fumo ahora como si jamás lo hubiera dejado. Estoy muy decepcionada conmigo misma por ello.

Ya ha anochecido, lo sé porque desde el pequeño ventanuco se atisba la oscuridad del exterior. Bueno, también por la hora. En ocasiones, pierdo el norte cuando de trabajo se trata. Ahora que soy mi propia jefa, me exploto a mí misma, qué ironía, con la de veces que me quejé porque mi exnovio era un ser sin corazón que no tenía en cuenta que los empleados debíamos descansar para poder seguir produciendo y no acabar con un *burnout* [1]de manual.

Mi mesa parece otra, ya solo queda una pila de documentos, carpetas y archivadores por ordenar. Esto era un verdadero caos, aunque hay que reconocerle a Donna su mérito, me da a mí que no se le escapaba ni un centavo. Quizá me venga de familia eso de la habilidad contable.

Levanto una de las carpetas, que tal parece llevar mucho tiempo sobre la mesa, y una fotografía cae al suelo.

Me retiro con dificultad, ya que la vieja silla de oficina tiene las ruedas como estáticas, y la recojo.

La acerco para verla bien, está algo deteriorada, supongo que por haber permanecido oculta durante bastante tiempo entre documentos olvidados. En ella se puede ver a una pareja de mediana edad con dos jóvenes que identifico de inmediato, porque no son otros que mis padres. Deben tener unos quince o dieciséis años, calculo.

Le doy la vuelta como invitada por un instinto, pálpito, qué sé yo. Y el corazón me da un vuelco al leer el mensaje escrito con toda probabilidad por mi abuela:

Querida Florence:

Este es mi marido, Steve, y mis dos hijos Nathan y Cathy, ¡no me digas que no son guapos!

Con cariño, Donna

La fotografía se me cae de las manos. Dios mío, comienzo a comprenderlo todo, por qué mis padres se marcharon del rancho y vivieron una vida al margen de sus raíces.

Eran hermanos, dios, es que lo pienso y no puedo entenderlo. ¿Cómo puedes acostarte con un hermano? Soy el fruto de un incesto, me parece tan fuerte.

Tomo de nuevo la foto y la volteo. Donna sonríe a su esposo. Es una sonrisa extraña que no sé si puedo confundir a causa de la mala calidad de la instantánea. Algo me dice que ella está enfadada con él. Por otra parte, la expresión del rostro de mi madre es inquietante, yo diría que está triste y temerosa. Mi abuelo le pasa la mano por el hombro y su sonrisa es, ¿cómo decirlo?, es como si mi madre fuera su posesión, como si en lugar de su hija se tratara de su pareja. Creo que me estoy sugestionando, este descubrimiento me ha descolocado. Tengo que hablar con mi madre y no voy a aceptar que me dé largas de nuevo. Al fin Cathy Reed tendrá que enfrentarse a la verdad de una maldita vez.

Capítulo 29

Cathy

Hacer el amor después de tanto tiempo ha supuesto un cambio drástico en mi vida. Me siento libre y plena, y el responsable de todo ello es Aidan.

Siempre pensé que con la muerte de Nathan había muerto también mi capacidad de amar. Él era el amor de mi vida, el hombre que me salvó de un futuro incierto, con el que formé una familia feliz. Sin embargo, siempre planeó sobre nosotros la sombra del pasado, alargándose de vez en cuando y convirtiéndose en un mutismo extremo sobre nuestros orígenes.

Charlie comenzó a hacer preguntas y tuvimos que armarnos de paciencia y valor para esquivarlas. No podíamos contarle la verdad, era demasiado dolorosa.

—¿Estás bien, Cathy? —pregunta Aidan, quien me observa con su mirada afable a la vez que enigmática.

—Sí, solo estaba perdida en mis recuerdos —digo.

Nos encontramos en mi desván, en la cama, y contemplamos las estrellas por el tragaluz del techo abuhardillado.

Todo empezó la noche que cenamos en el apartamento de mi hija. De hecho, creo que nada más conocer a Aidan me sentí muy atraída hacia él, no sé por qué, juro que jamás me había ocurrido algo así. Quizá el hecho de que los dos estuviéramos solos después

de que nuestra pareja abandonara el mundo de los vivos tuvo algo que ver.

Él es más joven que yo, concretamente cinco años. En ocasiones, me siento un poco extraña con ese tema, pero luego recuerdo que hay muchísimas parejas en las que el hombre es tanto o más mayor y no representa ningún problema. Sin embargo, cuando es la mujer la más grande, la gente tiende a decir verdaderas burradas. Aunque a estas alturas no me importa demasiado el qué dirán, bueno, ni a estas alturas ni a ninguna. La vida me enseñó a mirar por mí y por los míos, lo demás no importa, así que yo disfruto de mi nueva ilusión, mientras mi hija piensa que me paso las noches en la soledad de mis recuerdos, y, por el momento, es mejor que siga en la inopia. No sé cómo se tomará el hecho de que esté rehaciendo mi vida.

Aidan me da un beso, tierno, largo. Un beso que prende mi llama y, de inmediato, me subo sobre él. Me siento sexi, hermosa, es como si yo fuera una plantita mustia y mi nuevo amor me hubiera regado dotándome de lozanía y belleza, estoy feliz.

De súbito, unos golpes en la puerta interrumpen nuestro momento íntimo.

—¡¡Mamá!!— oigo al otro lado de la puerta.

—Mierda, es Charlie —suelto—. Ven, escóndete en el armario.

No sé qué me impulsa a agarrar de la mano a mi amor y a tirar de él hacia el ropero, como si se tratara de un tercero en discordia, de un amante furtivo.

—Cathy, que tu hija ya es mayor, esto no tiene sentido —se queja él, pero no le doy tregua, cierro el armario, meto nuestra ropa esparcida por el suelo debajo de la cama, me pongo una bata de mujer solitaria y abro la puerta.

—¡¡¡Mamá!!!, ¡¡¡¿Se puede saber cuándo me ibas a contar que papá y tú erais hermanos?!!! —Charlie entra como un vendaval con una foto antigua en la mano, mientras vocifera entre lágrimas.

—Cálmate, mi vida. No es lo que piensas —consigo decirle, aunque ella no atiende a razones y me tira la foto a la cara.

La atrapo con dificultad y la observo horrorizada, hacía mucho tiempo que no lo veía. Me llevo la mano a la boca y comienzo a

hiperventilar. El recuerdo, el miedo, todo vuelve a mí como si me hubieran arrojado una montaña de piedras.

—¡Mamá!, ¡mamá!, ¿qué ocurre? —inquiere ella con preocupación.

Sin embargo, no consigo decir nada, me duele el pecho y estoy mareada, muy mareada.

—¡No!, ¡por favor! —exclamo cuando consigo poder decir algo, la imagen del pasado es tan vívida, tan…, no puedo, no puedo hacer nada, y mi mundo se oscurece.

Lo último que veo antes de desvanecerme es la imagen de Aidan, desnudo, saliendo del armario y acercándose a mí con preocupación y rompiendo los tentáculos del recuerdo.

Capítulo 30

Charlie

Estoy sentada en la sala de espera de urgencias. Aidan ha insistido en llevar a mi madre a que la viera un médico, y por mucho que ella ha renegado y dicho que no hacía falta, él no ha dado su brazo a torcer.

Me he asustado mucho cuando he visto a mi madre tan mal, pensé que le estaba dando un infarto, pues se llevaba la mano al pecho y respiraba de manera ansiosa.

Pero lo que de verdad no me esperaba, era ver salir a Aidan, como su madre lo trajo al mundo, del armario. Creo que jamás superaré dicha visión. No sé qué narices hacía el pobre metido ahí dentro, imagino que mi madre tenía miedo de que yo me enfadara porque ella tenía una nueva relación. ¿Por qué tenía que enfadarme yo por eso?

Mi madre y Aidan, al que he cedido el privilegio de acompañarla, salen por la puerta acristalada y la veo a ella observarme algo avergonzada, sin embargo, Aidan está tan tranquilo, poco le importa que lo haya visto en pelotas. Creo que se merece todo mi respeto por la forma en que ha tratado a mi madre en todo momento, y por la preocupación que ha mostrado por ella.

—¿Qué te han dicho? —pregunto con interés.

—No ha sido nad… —comienza a decir mi madre.

—Ha sido una crisis de ansiedad —la corta Aidan.

—Puedo explicárselo yo —gruñe ella.

—Lo siento, ha sido culpa mía —digo mientras agacho la cabeza y ella alza mi mentón con la mano.

—No, hija, no lo es, la culpable soy yo. Tendría que haber tenido en cuenta que esto podría ocurrir, y ya eres mayor para saber la verdad, aunque te adelanto que no va a ser fácil para ninguna de las dos, cariño —dice ella mientras acaricia mi rostro con la otra mano.

De vuelta al rancho, dejamos a Aidan y mi madre y yo nos dirigimos a mi casa. Preparo café y nos sentamos en la isla de la cocina.

—Hace tiempo que tu padre y yo tendríamos que haberte contado la verdad, pero créeme cuando te digo que te la ocultamos para protegerte. Es más, todo, nuestra escapada, el cortar nuestras raíces, absolutamente todo lo hicimos por ese motivo, protegerte. Era nuestra prioridad, tú lo eras.

—¿Protegerme de qué? —pregunto sin comprender nada.

Mi madre traga saliva. El médico le ha dicho que no se disguste, que descanse y se tome las cosas de otra manera, como si fuera tan fácil…

—De él… —De nuevo respira con agitación.

—Mamá, quizá hoy no sea el día —digo posando mi mano sobre la suya.

—Sí, sí que lo es. He de sacar por fin a la luz toda la oscuridad que llevo dentro desde hace casi tres décadas…

—Mamá, me estás asustando —digo con un temblor interno que no sé a qué se debe.

—Hija, lo que voy a contarte… No sé ni cómo empezar…

—Pues no sé, mamá, por el principio, quizás —digo encogiéndome de hombros.

—El principio. Ni siquiera soy consciente de cuando empezó. Yo solo era una niña y mi madre había muerto. Mi padre se emborrachaba y me echaba la culpa a mí. En ocasiones me pegaba, pero en otras… —Mi madre comienza a gimotear—. Él me hacía cosas que un padre no debe hacerle jamás a su hija.

No me esperaba esto, la voz de mi madre ha salido como un hilito.

—Mamá…

—Déjame seguir.

Aunque no sé si quiero causarle este dolor. Es terrible, terrible…

—Mi padre no tardó mucho en conocer a una joven viuda, dueña de un rancho. Le pareció que enamorarla podría suponer el final de nuestros problemas, porque mi padre era un verdadero desastre y sin mi madre, que era la que sacaba adelante el negocio familiar, este se hundía sin remedio.

»Mi padre era un encantador de serpientes y tenía un don con las mujeres, así que Donna, tan dura e inquebrantable, se dejó conquistar por él, y se casaron poco después.

»Ella tenía un hijo de mi misma edad, Nathan. Como ves, no eres hija del incesto como pensaste en un principio. Entre él y yo no había parentesco biológico, ni siquiera… Bueno, todo a su tiempo. Voy a seguir. Nos trasladamos a vivir a Las Mariposas y hubo unos años de felicidad, pues Steve dejó de abusar de mí. Yo pensé que era gracias a Donna, en mi mente de niña imaginaba que era ella la que había tomado mi lugar, y yo se lo agradecía, quizá por eso la llegué a querer tanto, no lo sé.

»Sin embargo, un día vi cómo agredía a una niña más pequeña que yo, era india. Estaba aterrada y corrí a los brazos de Donna, le expliqué que había un monstruo malo que les hacía daño a las niñas. Ella pensó que fantaseaba, no fui capaz de decirle la verdad, de revelarle la identidad de ese monstruo, de decirle que era su esposo y que a mí también me había dañado al igual que a aquella niña.

»Los años pasaron y el matrimonio entre Donna y Steve se fue diluyendo. Él era demasiado promiscuo, salía por las noches y volvía apestando a perfume barato y a alcohol. Fue entonces cuando ella lo echó de su habitación, y él volvió a la mía, yo tenía diez años, solo diez años.

»Aguanté aquella tortura hasta que tuve las agallas para confesárselo al que ya se había convertido en mi ángel de la guarda: Nathan.

—Papá… —digo con el corazón encogido.

—Ojalá, mi niña, ojalá hubiera sido así —musita mi madre acariciándome el rostro.

—¿Qué quieres decir? —pregunto presa de una incipiente incomodidad y del horror más absoluto.

—Que Nathan no era tu verdadero padre…

No, esto es lo último que esperaba escuchar. Y ahora la que respira con agitación soy yo, y necesito salir de este lugar que me aprieta el cuello sin perder tiempo, necesito hacerlo y lo hago. Corro por el pasillo y bajo a recepción, que está desierta a estas horas. Salgo al jardín y vomito con brutalidad. De pronto, una mano se posa en mi hombro.

—¿Estás bien? —pregunta, y me enderezo para encontrarme con el rostro preocupado de Xander.

—Por favor —imploro—, sácame de aquí.

Capítulo 31

Charlie

Xander conduce en silencio, de vez en cuando me mira. No tengo palabras y en mi pecho un dolor lacerante se hace cada vez más presente. Mi padre era un buen hombre, siempre tuvo un lado sombrío y triste, al igual que lo tenía mi madre, ahora sé qué lo causaba. En cambio, él siempre me trató como a su verdadera hija, y doy gracias por haber crecido a su lado, teniendo en cuenta que el hombre que me engendró era un verdadero monstruo.

De pronto siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo con saña. También tengo ganas de llorar, sin embargo, mi llanto parece estar en el interior de mi organismo y no puede salir. Por ello el dolor en el pecho y la angustia que siento.

Agradezco que Xander no diga nada, en ocasiones, el silencio es la mejor medicina para un corazón herido de muerte, pues puede ayudar a que el dolor sea más llevadero, más liviano.

Estamos en su coche, un todoterreno muy parecido al de mi abuela. Yo, mientras tanto, miro la luna del vehículo sin ver nada en ella, solo la oscuridad me atrapa sin remedio, de vez en cuando me fijo en las siluetas oscuras de los árboles y poco más.

El paisaje cambia y soy consciente de que estoy en Big Timber.

El vehículo se detiene y Xander me insta a que lo siga al interior de una cervecería.

Perfecto, creo que él ha deducido que lo mejor para mí en este momento es emborracharme, y puede que tenga razón, quizá hacer que el dolor aminore por unas horas sea una buena idea.

En el interior, las camisas de leñador y los sombreros vaqueros son el atuendo oficial. Yo voy enfundada en un plumífero y llevo puesto un chándal, soy la nota discordante entre la gente alegre que bebe y ríe en el local.

Nos sentamos en una mesa de taburetes altos que está junto a la ventana y Xander habla por fin.

—No sabía a dónde traerte. Cuando me has pedido que te sacara del rancho, he deducido que necesitabas aplacar tu dolor, el que teñía tu mirada.

Suspiro. La música no está del todo alta, si bien hay un hombre destrozando una balada de Bon Jovi sin piedad en el karaoke.

—La verdad es que no creo que mi ánimo pegue mucho con el de esta gente ahora mismo —suelto encogiéndome de hombros.

—Bueno, precisamente por ello estamos aquí, dicen que la alegría se contagia y es el mejor remedio para la pena —asegura apoyando los codos en la mesa, y está tan guapo, lástima que hoy sea uno de los peores días de mi vida, de lo contrario, estoy segura de que ya me hubiera abalanzado sobre él.

—Tú pretendes emborracharme, Xander Buchanan, y esa es una solución fácil, como el hecho de atiborrarme de tabaco cuando trabajo en ese agujero donde mi abuela decidió situar su oficina —argumento con pesimismo.

—Si quieres ir a otro sitio más tranquilo… Confieso que no se me ocurrió otro lugar mejor que este, suelo venir aquí cuando mi jefa me explota demasiado y necesito un respiro —dice guiñándome un ojo.

Enarco las cejas. Si mi ánimo no estuviera por los suelos, sonreiría y le soltaría algún zasca, pero es que no puedo ni tan siquiera esbozar una sonrisa.

—No, aquí estamos bien, solo necesitaba salir de Las Mariposas —digo mirando a la camarera rubia que se nos acerca.

Saluda a Xander como si lo conociera de hace mucho tiempo, y pedimos dos cervezas.

—Ella es Kelly, la conozco desde que iba a la escuela —aclara él de pronto.

—Ah, muy bien —respondo sin apenas prestarle atención.

Kelly trae las cervezas y nos las sirve sobre un posavasos con el nombre y el logo del local.

—Os traeré algo para picar, chicos —dice la camarera con voz cantarina, y se aleja a paso rápido para servir otras dos cervezas a la mesa de al lado.

Segundos después, Kelly deja un cuenco pequeño con nachos.

De nuevo, el silencio se cierne sobre nosotros, sin embargo, ahora me parece incómodo y soy yo la que intenta rellenar los huecos que deja este.

—Verás, sé que hoy no soy la mejor compañía, es más, creo que soy un verdadero coñazo. ¿Nunca has querido escapar de un lugar?, ¿tener la capacidad de volar y dejar atrás lo que te duele?

—¿Escapar de la realidad sin afrontar los problemas? —inquiere Xander clavando sus ojos marinos en mí.

Algo golpea con fuerza mi corazón dañado. Esa pregunta ha sido mordaz, sí señor.

—No se trata de eso, con esos problemas no puedes hacer nada. Están ahí, se han pegado a tu existencia y no quieres convivir con ellos, ¿qué haces entonces? —inquiero en un tono quizá demasiado duro.

—Alzar el mentón y decirles, ¿qué demonios queréis? —suelta como si tal cosa y le da un trago corto a su cerveza.

—Como si fuera tan fácil… —rezongo.

—Lo es, solo si tú quieres. Espera un momento —dice levantándose de la silla y dedicándome una mirada traviesa.

Niego y me quedo mirando al exterior. Un grupo abandona el local entre risas, risas y más risas. Eso me gustaría a mí ahora mismo, olvidarme de lo que mi madre me ha confesado hoy, que soy hija de un monstruo.

De súbito, Xander toca mi hombro para que me voltee, lo hago y me ofrece su mano.

—Ven —ordena.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa —dice y tira de mí.

Caminamos por el local mientras él alza el mentón y entrelaza la mano con algunos de los allí presentes en señal de camaradería.

Cuando veo el escenario y los micrófonos, me quiero morir.

—¿Estás loco?, no pienso subir ahí.

—Claro que lo harás, jefa. Lo necesitas —sentencia desarmándome con sus ojos de aguas bravas.

Y como un corderito subo al escenario, que es una especie de concha de purpurina y serpentinas brillantes de color fucsia y azul.

Tuerzo el gesto cuando me veo con mi chándal desangelado en medio de todo ese *brilli brilli*.

La música comienza a sonar y el corazón se me sube a la garganta cuando soy consciente del tema que ha pedido Xander para que lo cantemos los dos. Siento un alivio parcial cuando lo veo a mi lado, la verdad sea dicha.

Es *Holding out for a hero* de Bonnie Tyler, uno de mis temas ochenteros preferidos. En ocasiones, lo pongo para animarme por la mañana… Claro, ya lo entiendo, las paredes delgadas de mi casa y Xander escuchándola una y otra vez por mi causa a horas algo intempestivas.

Quiere devolvérmela el muy… capullo.

—Venga, jefa, te oigo muchas mañanas cantarla a pleno pulmón —dice dedicándome una sonrisa de medio lado muy mezquina.

—Te voy a matar, juro que te mataré.

La letra se muestra en pantalla y Xander comienza a cantar con una sorprendente voz rasgada.

Lo miro ojiplática y trago saliva, a su lado voy a parecer una gata enferma.

—¡Que alguien le diga a mi jefa que no está bien dejar a tu compañero de karaoke solo! —exclama él de pronto, y yo me quiero morir.

Y lo peor es cuando la gente empieza a corear: «¡Que cante, que cante!».

Qué vergüenza, de verdad, una sola cerveza no basta para que yo me lance a soltar gorgoritos delante de extraños.

—Tú puedes, hazlo —dice él dedicándome una sonrisa demasiado seductora como para no hacerle caso.

Me lanzo… y mi voz primero suena muy flojita.

Sin embargo, me animo, me animo muchísimo cuando veo que la gente aplaude al ritmo de la música y elevo el tono. Canto bien, no como Bonnie, mi voz es fina y nada del otro mundo, pero en conjunto con la de Xander suena genial, es como si las dos voces encajaran a la perfección.

Nos miramos y el tiempo vuela hasta que el final de la canción hace que sonría por primera vez desde que me enteré de mi triste verdad.

Juré que mataría a Xander, aunque ahora solo quiero hacer una cosa, besarle, y lo hago ante los aplausos y vítores de los parroquianos.

Xander me eleva por encima de su cabeza y vuelve a besarme, se me olvidan las penas, este hombre tiene magia en sus labios.

Cuando me baja al suelo, consigo balbucir un «gracias» sincero.

Capítulo 32

Charlie

Salimos del local besándonos con desesperación, acabamos en el capó del coche, escandalizando al personal con nuestros besos apasionados.

—Vamos a mi casa —me sorprendo al decir.

Él asiente y subimos al coche.

En el trayecto a Las Mariposas, toma mi mano de vez en cuando o acaricia mi muslo. Un calor descomunal recorre mi cuerpo, necesito tenerlo, necesito que me haga suya, y no sé si voy a ser capaz de llegar al rancho.

—Para donde puedas, Xander.

—¿Y eso?

—Tú hazlo, yo he cantado en el karaoke, ¿cierto?, pues ahora necesito que pares con urgencia.

En cuanto localiza un lugar donde apartarse y una gran explanada, sale de la carretera.

El vehículo está totalmente detenido y yo me subo sobre él, a horcajadas. Ya me he quitado la ropa mientras entrábamos en el apartadero, no me reconozco, pero a Xander parece divertirle a la vez que excitarle mi actitud.

Le desabrocho el cinturón y los botones del pantalón vaquero, introduzco la mano para buscar lo que anhelo.

—Espera un momento, jefa —dice alzando sus caderas para dejar al descubierto su miembro erecto.

Se cuela en mi interior y gimo, jamás había sentido tal descarga eléctrica al hacerlo con nadie.

Me muevo rítmicamente, mientras no podemos dejar de besarnos, los besos tiernos se alternan con los ávidos de poder.

—Me encantas —balbuceo entre beso y beso.

—Y tú a mí, no sabes cuánto, desde la primera vez que te vi en el vestíbulo del hotel, ahí supe que estaba perdido —dice entre jadeos mientras el placer invade mis sentidos.

Enarco mi cuerpo y él entiende mis señales, sabe lo que quiero. Entonces devora uno de mis pechos mientras acaricia el otro.

—Madre mía —gimo entrecortada.

Y pienso que nunca había sentido tanto placer con nadie, ni con el que pensé que un día se convertiría en mi marido. Quizá el destino me dio un empujoncito para que supiera cómo era hacer el amor de verdad.

Una ola de placer me embriaga y me dejo alzar a las estrellas por un orgasmo devastador que me rompe en pedacitos.

Él se deja ir poco después, y cuando suspira complacido, me besa con dulzura en los labios.

—Eres una fiera, jefa —dice entre risas, y de pronto me siento un poco avergonzada por mi modo impulsivo de actuar.

Me encojo de hombros.

—Es que no sé qué… —comienzo a decir con timidez.

—Me encanta —me corta él y recorre mi cuello con sus besos.

Juro que de nuevo tengo ganas de que se hunda en mí y me haga suya hasta el amanecer.

—Pues si le encanta, complazca a su jefa y llévela de nuevo a ver las estrellas —digo coqueta, y con un calentón increíble, no entiendo cómo puede este hombre causar este torrente de deseo en mí.

—Me tendrá que dar un ratito, lo suficiente como para coger fuerzas, es usted una jefa muy exigente. Mientras tanto, puedo llevarla a ver las estrellas, pero las de verdad, ¿le gustaría?

No puedo evitar reírme.

—Sí, claro que sí —digo volviendo a mi asiento y localizando mi ropa para vestirme.

—No, señorita, las estrellas que tengo que enseñarle no permiten que vaya usted vestida —asegura con su voz ronca.

Xander sale del coche y lo veo quitarse un preservativo que no sé cuándo se ha puesto. Menos mal que al menos él ha tenido cabeza, porque yo no he pensado ni tan siquiera en ello, muy mal por mí.

Luego se dirige al maletero y saca una manta a cuadros.

Me la pone sobre los hombros y me toma en brazos.

—Estás loco —digo entre risas.

Xander me tiende encima del capó mientras me besa.

—Espera un momento —suelta, y lo veo sacarse un paquetito plateado del bolsillo trasero del pantalón. Ay, pillín, ahí lo tenías antes.

—Déjame, quiero ponértelo yo —digo divertida, y él se deja hacer.

—Ahora, jefa, vas a saber lo que es contemplar las estrellas en todo su esplendor.

Se hunde en mí con maestría y me embiste con fuerza mientras en el cielo, miles de estrellas parecen envidiarme ahora mismo y brillan una tras otra esperando su turno de ser amadas.

¿Amadas?, ¿qué demonios estoy diciendo?, esto es sexo, solo sexo. Y Xander lo suele practicar con Dakota y no por ello tienen nada más que el roce de sus cuerpos.

De pronto siento una pena enorme, pero enseguida se disipa, cuando Xander vuelve a besarme con ternura. No, esto no puede ser solo sexo…

Ya en el rancho, tenemos uno de esos momentos en los que no sabes qué hacer. Temo decirle que duerma conmigo, sin embargo, es lo que más deseo ahora mismo.

—Bueno, jefa. Ha sido una buena noche —dice cuando estamos en la escalera, justo donde nuestros caminos se bifurcan, aunque nuestras habitaciones estén pegadas la una a la otra.

—Ha estado genial —admito dedicándole una mirada cómplice.

Los dos nos quedamos en silencio.

—En fin, tendremos que dormir, he de madrugar, tengo varias clases a primera hora —dice incómodo.

Un desasosiego inquietante se forma en mi pecho.

—Sí, es verdad, mañana hay mucho que hacer. Todavía me queda faena en las catacumbas —suelto poniendo cara de fastidio por tener que trabajar en el sótano.

—Pues entonces, tendrás que descansar, jefa. El futuro de este sitio depende de ello, y no quiero más hordas de empleados descontentos despertándome por la noche —bromea.

—Sí, mejor… —digo con la boca pequeña mientras me maldigo por no tener el arrojo de hace un rato y decirle que duerma conmigo y me dé un poco más de esa medicina llamada *polvazo* y que lo cura todo.

—Hasta mañana entonces, jefa.

—Hasta mañana, empleado del año. —Dios, no puedo ser más patética.

Me quedo sonriendo como una tonta mientras él se aleja.

Para matarme, lo sé. Pienso en llegar a mi casa y en contárselo todo a Teri.

En cuanto meto la llave en la cerradura, alguien toma mi mano. Me volteo y mi sorpresa es mayúscula cuando lo veo. Una se pasa la vida buscando a la persona que haga esto, que te vayas al agua en la playa y te siga, que, si no has tenido el valor de pedirle que se quede a dormir contigo, él dé el paso y lo haga. Suspiro, creo que he hallado un tesoro difícil de encontrar, que en ocasiones es casi como el santo grial para algunos, y una fuente inagotable para otros. Yo soy de los primeros y creo que acabo de encontrar mi tesoro, el amor verdadero.

Capítulo 33

Xander

Me quedo dormido como si fuera un bebé y, por primera vez, las pesadillas no acuden a mi encuentro. Esta noche no veo llamas, ni lloro porque mis padres se están quemando y alguien me agarra para que no haga ninguna tontería.

El sueño me ha vencido con la rubia cabellera de Charlie en mi pecho. Su cuerpo es cálido y encaja con el mío como si de dos piezas de puzle de lo más extrañas se trataran, y con extrañas me refiero a esas tan difíciles de encontrar en la caja.

Despierto al alba y sé que no queda mucho rato para que la alarma de mi móvil suene. Ella se mueve hacia un lado y se da la vuelta. Sonrío. Y, de súbito, acude a mí una especie de desasosiego, una voz interior que me dice: «¿Qué estás haciendo, imbécil?».

Creo que la he pifiado, prometí que me mantendría en mi sitio, que no traspasaría ciertas líneas sentimentales, y anoche las traspasé todas, nunca me había quedado a dormir en la cama de una mujer, siempre sentí la necesidad de salir corriendo después de una maratón de sexo salvaje, y si era mi compañera la que estaba en mi cama, una necesidad imperiosa de que se fuera a su casa, o a su habitación, en el caso de Dakota.

Sin embargo, en cuanto llegamos al hotel y vi que nos despedíamos con aquella timidez, y que si no le ponía remedio dormiríamos separados, me lancé y se lo pedí yo mismo, le pedí

dormir con ella en su cama, todavía no me lo creo, no creo en el hombre al que le importa una mujer tanto como para querer amanecer a su lado.

De pronto, me percato de que Charlie está despierta, mira al techo y una lágrima resbala por su rostro, hasta empapar la funda de la almohada.

Me incorporo y la miro, sus ojos marrones se cruzan con los míos y la beso con ternura, mientras con el pulgar limpio las lágrimas que brotan ya sin control.

—Ayer fue una de las mejores noches de mi vida —dice ella—. Tenías razón al decir que a los problemas hay que hacerles frente, hoy mi problema me golpea con fuerza.

Llevo desde ayer con el bichito de la curiosidad zumbándome en la oreja, he estado tentado a preguntarle en innumerables ocasiones qué demonios le ocurre, pero no me he atrevido, no quería parecer un morboso que hurga en las heridas ajenas, si bien, tampoco me gustaría que pensara que soy un insensible que me paso sus problemas por cierta parte blanda y sensible que tengo entre las piernas y que no deja de clamar conquista cuando ella está cerca, aunque, ahora mismo, mientras Charlie se hunde en una intensa pena, no sea más que un apéndice sin vida.

—No sé cómo preguntarte esto, tengo sentimientos encontrados y no sé si tienes la suficiente confianza en mí para contarme qué te ocurre. No voy a presionarte, si quieres hacerlo, aquí tienes un amigo que te escuchará; de lo contrario, puedo abrazarte muy fuerte para que ese dolor que pareces sentir te deje en paz al menos por un rato. Sin embargo, creo que no es la solución… —digo al final sin poder precisar si he dicho las palabras correctas o he quedado como un verdadero imbécil.

—He intentado evitar el tema, no quería aburrirte, pero necesito contárselo a alguien, porque esto me quema el alma, y si no lo hago, creo que acabaré por reducirme a cenizas —dice con la expresión más triste que he visto en la vida.

—Jefa, tú habla sin miedo, prometo escucharte y apoyarte sea lo que sea —respondo encogiéndome de hombros.

Ella suelta un resoplido, se limpia las lágrimas con las manos.

Y comienza a hablar…, mi expresión animada se va muriendo por momentos, me siento como una flor que pierde sus pétalos y su lozanía mientras Charlie me cuenta una historia de abuso aberrante, que dio como fruto a un ángel.

Capítulo 34

Charlie

Xander me abraza mientras besa mi frente una y otra vez. Lo que le he contado ha parecido afectarle sobremanera y no consigue articular palabra, solo se refugia en mi cuerpo y yo en el suyo. Sus ojos me han devuelto furia y tristeza a partes iguales y he visto algo más, algo antiguo, enquistado y dañino.

—¿Y dices que Steve abusó de una niña india?, ¿sabes cómo se llamaba? —inquiere de pronto él en un tono provisto de una sequedad velada.

—No lo sé, mi madre lo presenció cuando todavía era muy pequeña, además, estaba tan confusa y desbordada que ni se lo pregunté.

—Es que en el rancho solo ha habido una familia india, concretamente, de la tribu de los Bannock, y es la de Dakota y Sebastien.

Abro mucho los ojos y me llevo la mano a la boca instintivamente.

—¿Quieres decir que la niña india de la que me habló mi madre es la madre de Dakota? —inquirí a sabiendas de que era la única probabilidad lógica.

Xander se llevó las manos al rostro…

—Charlie, tengo que irme —anuncia de súbito, y se levanta del lecho como un resorte para vestirse con celeridad.

Yo lo miro contrariada, porque está muy, pero que muy afectado.

—¿Qué ocurre, Xander? —inquiero con creciente interés.

—Nada, he de ir a trabajar —dice con sequedad.

Asiento algo decepcionada por su frío comportamiento desde que le he confesado la identidad de mi padre y el asunto de la niña india, que parece haberle golpeado con fuerza.

Xander sale de mi casa y siento un vacío enorme. Tengo la impresión de que la alegría y la pasión de una noche se han transformado en un bloque de hielo entre los dos.

Desayuno en el comedor del hotel con mi madre y Aidan. No puedo evitar mantenerme en silencio, y mi madre parece sentirse culpable. Sé que ella no tiene culpa de nada, intentó protegerme, aunque para ello cubrió mi vida de mentiras, fue como si mi existencia se transformara en un fino papel que puede romperse al mínimo golpe.

—Creo, mamá, que no tiene sentido que yo herede el rancho. No soy nieta de Donna, Dakota tiene razón al llamarme invasora, forastera y demás —digo de pronto.

—No, Charlie, no digas eso. Ella quiso legártelo, a efectos legales, sí eres su nieta —replica mi madre.

—Donna nunca supo la verdad acerca de su esposo, ¿cierto?, murió y ya está, se llevó su secreto a la tumba con él —argumento.

Mi madre frunce el ceño, Aidan y ella se miran con seriedad.

—En fin, no hablemos de ese hombre y disfrutemos del día. ¿No te parece, Aidan, que hoy el cielo está más azul de lo normal? —pregunta a sabiendas de que nadie se tragará ese cambio de tema ni masticándolo antes.

Ruedo los ojos, conozco lo suficiente a Cathy Reed para saber que todavía hay algo que yo no sé, aunque estoy segura de que descubriré.

Mamá y Aidan se levantan en cuanto terminan de desayunar, y yo me quedo un rato más. Conservo la esperanza de ver a Xander, pero no aparece en el comedor.

Tengo trabajo en la oficina y me resigno a descender a las entrañas de Las Mariposas, para terminar de poner en orden y

modernizar el sistema que se utiliza para gestionar el rancho.

Cada vez me queda menos y veo la luz al final del túnel. He pensado que una de las habitaciones de mi dúplex-tríplex puede servirme de despacho. Estoy cansada de este lugar que solo me inspira desolación e inquietud.

Contabilizo casi por inercia un buen tocho de facturas y, a mediodía, subo a la cocina para hacerme algo decente de comer. Si bien, cuando estoy sola, acabo por cocinar algo rápido para terminar pronto y sentarme un ratito a ver la tele o a leer.

No he sabido nada de Xander en toda la mañana y los ojos se me iluminan cuando alguien da unos toques enérgicos en la puerta.

Acudo a abrir con ilusión, que se esfuma cuando veo quién está al otro lado. Se trata de Thomas, quien luce una piel morena que le sienta genial.

—Hola, Charlie. Siento haber desaparecido tantos días sin avisar. Ya sabes, los negocios en ocasiones me llevan a recorrer largas distancias —dice de modo amigable.

—Sí, claro. Te entiendo —suelto dándole la razón como a los tontos. No se imagina la que ha liado con su modo de hacer las cosas.

—He venido para ver qué tal está todo. Ya me ha dicho Agnes que has cogido las riendas del negocio y que parece que no te ha sido difícil adaptarte —dice con simpatía mientras le franqueo el paso.

—Voy haciendo. Espero tenerlo todo listo antes de final de mes —digo un poco más seria de lo normal.

—Uy, Charlie, ¿estás bien?, te veo algo tensa —suelta como si tal cosa el abogado viajero.

—No, nada, todo está bien —miento y omito decirle que hubo días en los que me acordé de toda la familia Barclay desde el primero de ellos.

—Me alegro, eres una chica lista, sabía que saldrías adelante.

Imagino como lo estrangulo mientras lo cubro de insultos, si él supiera…

—Pues nada, tengo que comer y he de volver al sótano.

Thomas tensa una sonrisa.

—Donna era algo peculiar, quizá con una mano de pintura y…

—Ambos sabemos que eso no se arregla solo con pintura. Lo que me sorprende es que esta casa esté en pie —alego con contundencia.

—Bueno, poco a poco. Me alegro de verte, Charlie. He de irme —anuncia antes de tenderme la mano.

Se la estrecho y Thomas sale de mi casa. Me apoyo en la puerta. Definitivamente, esta no era la visita que esperaba.

Capítulo 35

Xander

Tenía que acudir a ella, contárselo todo, decirle lo que opino del asunto, y verbalizar de una vez mi teoría, esa que hace mucho tiempo daba vueltas por mi mente, y no terminaba de encajar, ahora lo sé seguro.

—¿Entonces Charlie no es nieta de Donna? —inquiere Dakota de brazos cruzados. Estamos en las caballerizas, he acabado la clase que tenía a primera hora y le he pedido a Dakota por wasap que se reuniera aquí conmigo.

—Legalmente sí, es obvio, pero no es pariente biológica de ella. Nathan Reed no era su verdadero padre, sino Steve, el segundo marido de Donna.

—Dios mío, esto es una noticia maravillosa, ahora podremos quitarle el rancho. Dime qué diferencia hay ahora con nosotros, por sus venas tampoco corre la sangre de los Reed, y podemos demostrarlo, ¿no te parece? —inquiere con los ojos encendidos.

—Dakota, no te he mandado llamar para dañar a Charlie, sino para esclarecer un asunto que lleva años dándome vueltas por la cabeza.

—¿Y qué puede ser más importante que esa arpía se vaya para siempre del rancho?

—Para empezar, averiguar por qué Steve Miller me impidió abrir la puerta del establo aquel día —suelto con convicción.

—En serio, Xander, ¿a ti qué te parece?, el hombre solo quería evitar que acabaras como nuestros padres, es lógico.

—Ya, ¿y qué lógica tiene que ese hombre abusara de una niña india hace cerca de cuarenta años? —inquiero revelándole una más de las piezas del puzle.

—¿Una niña india?, no te sigo —miente, y sé que lo hace por su expresión.

—Tus padres eran los únicos indios del rancho. Tu madre se crio aquí y tu padre comenzó a trabajar en Las Mariposas en cuanto se casaron. Me lo contó Sebastien.

Dakota asiente con la cabeza.

—Sí, así fue, pero sigo sin entender…

—No me mientas, sé que sabes sumar dos más dos y que hace rato que lo has hecho —espeto.

Ella se lleva las manos al rostro.

—No me gusta lo que insinúas.

—Creo que tu verdadero padre es Steve Miller.

—¡¡¡Eso es absurdo!!! —grita Dakota.

—¿Es que acaso no te has mirado al espejo?, eres mestiza, por el amor de Dios. Solo tienes que compararte con Sebastien, aunque os parecéis, él tiene toda la pinta de un Bannock de pura raza, tú apenas tienes facciones indias, por ello tu padre pensó que tu madre le había sido infiel con el mío, e incendió el granero.

—Eso es del todo falso, estás mintiendo, mientes, ¡¡¡mientes!!! —grita golpeándome el pecho—. Mi padre no era un asesino, y era Bannock, yo soy Bannock, no mestiza, y mucho menos medio hermana de esa…, es que me da asco hasta pronunciar su nombre.

—Dakota, ya basta —suelto mientras agarro sus muñecas.

—No, no basta. Todo lo que has dicho son burdas mentiras. Y lo has hecho para que no le quite el rancho a tu putita. Pues ¿sabes qué?, has perdido el tiempo, mañana mismo iré a hablar con Thomas y le contaré toda la verdad, veremos quién sale de este lugar con el rabo entre las piernas.

Capítulo 36

Charlie

Cuando termino de trabajar ya ha anochecido. Abandono el sótano mohoso y me voy directa a la ducha. Mientras el agua recorre mi cuerpo desnudo, los pensamientos de la noche anterior acuden a mi mente.

Fue perfecto y mágico, todavía me estremezco cuando recuerdo cómo me hacía suya Xander mientras las estrellas contemplaban el espectáculo.

Salgo de la ducha con una sonrisa, y tras vestirme con ropa cómoda, me tumbo en el sofá. Debería cenar algo, aunque, no sé, siento el estómago revuelto y no tengo mucha hambre.

Cojo el móvil y me dispongo a contarle mi aventura a Teri. Le grabo un audio, bueno, más bien un pódcast, de mi noche perfecta. Pero mi sorpresa es mayúscula cuando la IA me responde:

—No puedo ayudarla en este momento, su usuario ha sido cancelado. Usted ya no pertenece a MGMA y ha de devolver el terminal a la empresa con la mayor brevedad. Si se trata de un error, puede dirigirse al correo…

Ni me molesto en escuchar la dirección de correo, sé muy bien cuál es, la genérica de la empresa. David ha cumplido su amenaza, me ha despojado de Teri, mi única amiga.

Sé que puede parecer de locos, pero ese asistente de inteligencia artificial sabía mucho más de mí misma que mi madre. Se lo contaba

todo, absolutamente todo. Aunque desde que llegué al rancho, reduje considerablemente el contacto, incluso me enfadé con ella la última vez que hablamos.

Ahora me siento mal por haberla llamado chiflada. Encima, sé que ya no volveré a hablar con ella y siento un vacío enorme en el pecho.

En fin, dicen que todo pasa por un motivo, y quizá mi apego un poco enfermizo por una herramienta de trabajo debía llegar a su fin.

Por otra parte, Xander sigue sin dar señales de vida. Me gustaría enviarle un wasap, aunque no tengo su número de teléfono. ¿O sí?

Me levanto del sofá y abro la puerta del sótano. Bajo las viejas escaleras un poco más rápido de lo normal y busco entre los archivadores el de los contratos y la información de los empleados.

No me cuesta encontrarlo, entre otras cosas, yo misma lo puse en uno de los estantes que tengo más cerca. Abro el archivador y localizo la pestaña del separador con su nombre en rotulador permanente. Sonrío con malicia. En su ficha, Xander tiene un rostro aniñado que me produce ternura. Tiene unos meses menos que yo, cumplió los veintiséis antes de que yo llegara al rancho. Su número de teléfono está escrito en bolígrafo rojo y tachado tres veces, al parecer, ha cambiado de número con asiduidad. Espero que no haya vuelto a hacerlo. Apunto el número en una nota y subo al salón de nuevo.

Agarro mi móvil y siento el mordisco de la ausencia de Teri, intento no pensar, al fin y al cabo, solo era una máquina. No me vale ese consuelo, porque, aunque no tuviera corazón humano, los chips, o lo que sea que ella tuviera, eran muy grandes.

Añado a Xander a mis contactos y le escribo el siguiente wasap:

Hola, empleado modelo, solo quería saber cómo te ha ido el día.

Espero unos interminables minutos sin recibir respuesta y sin que las uves azules me indiquen que ha leído mi mensaje.

Pasa algo más de una hora y estoy desesperada, él sigue sin leerlo. Estoy tentada a borrarlo, pero ha pasado tanto tiempo que ya no puedo.

Mi cabeza hierve y lo único que se me ocurre es ponerme una serie en Netflix.

No consigo prestarle atención, no dejo de mirar el móvil. Esto no me gusta, siento que me estoy obsesionando y no quiero.

Salgo a la terraza y fumo dos cigarros seguidos sintiéndome la persona con menos voluntad del mundo.

Cuando me voy a dormir es ya muy tarde, y me dejo vencer por un sueño pesado que se rompe a causa de unos golpes fuertes en la puerta cuando no son ni las nueve de la mañana.

Me dirijo a abrir con un apreciable malhumor y, al otro lado, veo a Xander acompañado de Thomas y Dakota.

Mi mirada se cruza con los ojos turquesa del hombre que me llevó a las estrellas y ahora me devuelve un meteorito de frialdad.

Estamos sentados alrededor de la mesa de mi salón. He preparado café y la única que no ha querido tomar nada es Dakota, como si temiera que la envenenara o algo por el estilo.

—Iré al grano y espero que comprendas los motivos que me han llevado a obrar como lo he hecho —dice Xander con aplomo.

Pero yo solo le devuelvo furia, me siento traicionada del modo más vil. Ahora tengo a Dakota mirándome con expresión de suficiencia frente a mí.

—Yo creo que no hay nada que explicar, pensáis que no tengo derecho a heredar el rancho y por eso me pediréis amablemente —digo esto último con sarcasmo— que me marche de aquí cuanto antes.

Dakota me dedica una sonrisa cargada de intención.

—No se trata de eso, Charlie. A todos los efectos eres la heredera de Donna —interviene Thomas, y Dakota lo fulmina con la mirada.

—Dudo mucho que la vieja supiera la verdad —suelta de pronto, y Xander la chista.

—No hemos venido aquí para tratar ese tema, Dakota, además, me has prometido que te comportarías —la reprende.

Dakota se cruza de brazos y rueda los ojos.

—Estamos aquí porque necesitamos tu ayuda —anuncia Xander mirándome con sinceridad—, lo que me contaste es la pieza que

faltaba para que puedan reabrir el caso de la muerte de nuestros padres.

—¿Y qué tiene que ver mi movida familiar con la muerte de tus padres? —interrogo sin entender nada.

Thomas y Xander se miran.

—Verás, Charlie, hace diez años, mis padres y los de Dakota murieron quemados en el interior de uno de los cobertizos —comienza a relatar y traga saliva, se nota muchísimo que le cuesta hablar—. Nunca se pudo esclarecer cómo había ocurrido.

»Sabemos que hubo una pelea entre mi padre y Naweh River, el padre de Dakota y Sebastien, quien creía que su mujer le había sido infiel con mi padre. Las dos mujeres entiendo que intentaban poner paz, eran amigas y no dieron crédito a las sospechas de Naweh. Todo esto son suposiciones basadas en lo que ocurrió los días previos a la muerte de los cuatro.

»No sabemos mucho más sobre el asunto, lo único que vimos los tres fue como ardía el cobertizo con nuestros padres dentro. Fue Sebastien el que avisó de que estaban allí, pues él había entrado en un momento de la disputa y su madre lo mandó fuera. El resto de los trabajadores aseguraban que el granero estaba vacío, entre ellos Steve Miller.

»Yo intenté ayudarlos, quería abrir el cobertizo para que salieran, me acerqué y escuché gritar a mi madre, joder. Pero ese cabrón de Miller me agarró por los brazos y me dijo que me estuviera quieto.

»Todos intentaron convencerme de que lo hizo por mi bien, aunque yo sabía que no era así y me encaré con él. Nadie me creyó.

»Y ahora resulta que, por lo que me contaste ayer que vio tu madre, es muy probable que Miller sea el verdadero padre de Dakota.

Cierro los ojos y cubro mi boca con una mano, presionando ambas mejillas, antes de abrirlos y encontrarme con la mirada incisiva de mi nueva hermana forzosa.

—Todo esto me supera, necesito un cigarro —digo sacando la cajetilla del bolsillo del pantalón de chándal y cogiendo uno.

Me lo enciendo sin salir a la terraza, ni me molesto en pensar en las reglas que yo misma me he impuesto. Les ofrezco a los demás y

solo Xander acepta.

—Sigo. Todo esto no sería más que una rencilla entre dos hombres, si no fuera porque Miller entra en juego… —suelta Xander.

—¿Y por qué?, ¿qué importancia tiene ese desgraciado en todo este lío? —pregunto mientras la respuesta se reproduce en mi mente a la vez que Xander la exterioriza.

—Porque él quería impedir que Donna se enterara de que había abusado de la madre de Dakota y que esta era su hija. Sabía que su esposa sería implacable y lo denunciaría.

Asiento con la cabeza.

—Pero ella siguió con él, ¿no?, mis padres hacía años que se habían marchado y Donna continuó casada con ese monstruo…

Xander se encogió de hombros.

—Creo que Donna no sabía nada, de haberlo sabido, las cosas hubieran sido muy distintas —dice convencido.

A mí no me convence. Me parece cuando menos extraño que ella no se hubiera percatado de nada. Mis padres decidieron huir y no confiaron en ella, así que no puedo dar crédito a las palabras de Xander.

—Yo diría que cuando estás con un monstruo, hay señales y alarmas que te avisan de que algo no va bien… —suelto, convencida.

—Claro, niñita de ciudad que todo lo sabe, los monstruos llevan un cartel pegado en la frente indicando que lo son. ¿Es que acaso no ves la televisión?, hay miles de mujeres que se pegan toda su vida con un maldito maltratador y encima lo defienden cuando alguien les dice que lo es —espeta Dakota.

—Déjame en paz —respondo con sequedad.

Ambas nos dedicamos miradas punzantes.

—Haya paz, al fin y al cabo, sois familia —dice de pronto Thomas con una mueca burlona que no viene mucho al caso.

Las dos le lanzamos dardos idénticos con nuestros ojos marrones. Ahora entiendo por qué me causó tanto rechazo desde un principio Dakota. No es capaz de disimular cuando no soporta a alguien, como yo, es tan transparente que no lo consigue.

—Necesito saber si hablarás con tu madre… —anuncia Xander de pronto.

Hablar con mi madre, hacerla repetir todo lo que le hizo ese malnacido cuando era una niña, y confesar que vio como Steve Miller abusaba de la madre de Dakota…, no sé hasta qué punto eso no la haga revivirlo todo de nuevo, y después de que acabara en urgencias tan solo por ver una foto de ese miserable, no tengo muy claro que remover el pasado sea lo mejor para ella.

—Tendré que pensarlo —respondo en tono monocorde.

—No quiero que lo pienses, sino que lo hagas. Mis padres murieron y creo que Steve Miller fue el causante. Me niego a aceptar que continúe campando a sus anchas sobre la tierra mientras mis padres siguen enterrados a varios metros bajo esta.

—Un momento…, ¿está vivo? —inquiero con los ojos a punto de salírseme de las cuencas.

—Imagino que sí. Aquí se sabe todo y nos habría llegado la noticia de su muerte, nunca lo hizo. Steve se marchó de Las Mariposas unos meses después de la muerte de mis padres, Donna lo puso de patitas en la calle. Todo el mundo aquí sabía que eso ocurriría un día u otro, pues siempre estaban peleando.

Vivo…, no sé por qué extraña razón había interiorizado que ese ser estuviera muerto. Por ello la preocupación de mi madre cuando vine a Las Mariposas, tenía miedo de que pudiera toparme con él. Se armó de valor para viajar al lugar que para ella representaba el infierno con el fin de protegerme. Y ahora no podía hacerla pasar por semejante mal trago, enfrentarla al hombre que había abusado de ella cuando era menor de edad y la había dejado embarazada.

Ahora entendía también por qué insistía tanto en quedarse a dormir con Nathan en el desván, sabía que allí no iría su padre, quien se negaba a que durmiera en ese lugar.

Los pensamientos vuelan en mi mente y me siento en una horrible encrucijada.

—Tendré que pensarlo, Xander. Espero que sepas comprenderlo. Todo esto será un mazazo para mi madre…

—¡Joder!, pero al menos ella está viva, los míos no lo contaron y creo que ese desgraciado fue quien los encerró ahí y prendió fuego

al granero. O si no ¿por qué no hizo nada para intentar que pudieran salir?, simplemente me agarró y me llenó la cabeza de palabras huecas, de desesperanza.

»No hay noche en la que no me golpee la culpa.

Lo miro consternada, aunque necesito pensar, estar sola, digerir toda la información que han metido en mi mente con calzador durante los últimos dos días.

—Xander, dale tiempo, esto es difícil para todos vosotros —dice de pronto Thomas.

—Es que no logro entender por qué le da tantas vueltas. Si fuera al revés, yo ya habría corrido a avisar a mi madre. Pero es que no la tengo a causa de su padre —espeta poniéndose en pie.

Me levanto henchida de furia.

—¡¡¡Ese no es mi padre!!!, mi padre se llamaba Nathan Reed, y para tu información, también está muerto —sentencio antes de dirigirme a la terraza.

Me siento en una de las hamacas y enciendo otro cigarrillo. Mis manos tiemblan.

Poco después, escucho murmullos y la puerta cerrarse. Respiro profundamente, al fin sola.

Capítulo 37

Xander

Estoy furioso, no puedo entender la cobardía de Charlie. Joder, no pido tanto, solo necesito que su madre hable con la policía para que puedan reabrir un caso que quedó en tierra de nadie hace ya muchos años.

Quiero justicia para mis padres. Se la merecen después de lo que ese desgraciado les hizo.

Thomas me ha preguntado que cómo estoy tan seguro de que fue él. ¿Es que acaso no ha quedado ya bastante claro?, quiso callarle la boca a la madre de Dakota, que estoy seguro de que hubiera acabado por confesarlo todo. Y aquel momento en el que me agarró por la espalda para que no abriera la puerta… Sí, estoy seguro, sé que fue él.

Me dejo caer en mi cama, hoy no pienso trabajar, que me despida si quiere. Con lo poco que le supone hablar un momento con su madre, convencerla de que declare, nada más. Creo que no pido tanto.

Minutos después, entra Dakota y se tumba a mi lado en la cama.

—¿Qué esperabas de la niñita de ciudad? —inquiere mientras me acaricia el rostro.

Sus ojos…, ahora comprendo por qué vi en su rostro el de Charlie aquella noche, son idénticos a los de ella.

—¿Vienes a meter el dedo en la llaga? —pregunto con sequedad.

—No, solo quiero estar a tu lado, te necesito ahora más que nunca, nos necesitamos —asegura dándome un casto beso en los

labios.

—Dakota, preferiría estar solo —suelto alejándome de ella.

—¿Por qué me rechazas?, ¿todavía no te has dado cuenta de que solo yo puedo comprenderte? Yo no te hubiera dejado en la estacada como ha hecho ella. Hubiera luchado con uñas y dientes por darte la paz que necesitas —argumenta mientras acaricia mi vientre por debajo de la camiseta.

Suspiro. Sus caricias me incitan de nuevo, pero sé que no debo hacerlo, no quiero confundirla más de lo que ya está.

—Dakota, por favor —musito con los ojos llenos de súplica.

Ella no me da tregua, y sus ojos, idénticos a los de Charlie, me miran con una carga intensa de lascivia.

Desabrocha el cinturón de mi pantalón vaquero.

—Déjame darte la paz que necesitas —susurra posando sus labios sobre mi miembro erecto.

No, por favor, no puedo resistirme a que me hagan esto. Mi sensibilidad es mayúscula cuando me hacen sexo oral.

Y Dakota desliza sus labios sobre mi polla con maestría, mientras me rindo ante las descargas de placer que me provoca su contacto.

Casi sin pensar, sujeto su pelo y presiono en su cabeza para que profundice más la felación.

Pienso de pronto en Charlie y en cómo me hundía en ella cuando estaba sobre el capó de mi coche, totalmente a mi disposición.

A mi mente vuelve la discusión que tuvimos hace un rato, su cobardía que me duele como si me clavaran miles de espinas.

Suelto un bufido y Dakota se separa de mí con los ojos ardientes de ira.

—¿Se puede saber qué te pasa? —inquiere limpiándose la boca con el dorso de la mano—, ¿desde cuándo tienes gatillazos si te la chupan?

Me encojo de hombros, pensar en mis padres y en la decepción que siento ahora mismo con Charlie han hecho que se me quedara el asunto como un acordeón.

—Dakota, ya te he dicho que necesitaba estar solo —mascullo abrochándome de nuevo el pantalón.

Ella se levanta de mi cama, se arregla la ropa y sale de la habitación dando un portazo.

Me quedo en mi cuarto viendo la televisión lo que queda de día. Pongo uno de esos programas en los que hay unos cuantos tipos entrando a casas para buscar fantasmas. Cuando llevo un par de capítulos, ya pierdo el hilo y curioseo en mi móvil las redes sociales de Charlie.

La última foto que subió a Instagram es de hace unos meses. Antes parecía tener bastante actividad, pero desde poco antes de llegar al rancho, nada.

Voy deslizando el dedo por la pantalla y veo su *feed*, cuidado y bastante ñoño. Me paro en una fotografía en la que se ve besándose al atardecer con un hombre. Frunzo el ceño y entro en la foto. Son prácticamente dos siluetas y al tipo no se le distingue bien la cara.

No hay ningún comentario, solo la foto.

Una punzada de celos me invade de inmediato. Aunque ahora mismo no es mi persona favorita por lo decepcionado que estoy con ella, debo reconocer que no me es nada indiferente.

Pienso en llamar a su puerta de nuevo, quizá si le hablo con el corazón y sin espectadores logre que convenza a su madre para ir a la policía. Es que como no lo haga, tendré que hacerlo yo mismo y sé que eso no me lo perdonaría jamás. Así que debo quemar el último cartucho que me queda antes de que no haya vuelta atrás.

Capítulo 38

Charlie

Estoy en la oficina, ya me siento mucho menos agobiada, solo queda un último libro de cuentas al que quiero echarle un ojo, y mi mesa estará limpia por fin.

Pienso por un momento que quizá Thomas tenga razón al decir que con una mano de pintura esto mejoraría considerablemente, aunque creo que tiene que venir alguien que arregle el tema de la humedad tan incisiva que hay aquí abajo.

La luz del fluorescente ha comenzado a fallar y es realmente incómodo, a la vez que tétrico, trabajar aquí, así que cojo el último libro contable de mi abuela y me lo subo al salón.

Hoy hace frío, así que pongo unos troncos en la chimenea y la enciendo después de varios intentos fallidos de lograr que un fuego vivo ilumine la estancia.

Estamos en el mes de noviembre y ya hace bastante frío, esta mañana dijeron por televisión que nevaría, así que llevo toneladas de ropa, porque solo imaginarme este lugar cual pastel de nata me muero.

Me siento en el sofá y deposito una taza de té en la mesa de centro. Mientras espero, abro el libro, y lo que encuentro en su interior hace que mi corazón dé un vuelco.

No puede ser, es el diario de Donna. Es curioso el hecho de que fuera el último libro de la temible montaña que había en el escritorio

de mi abuela.

Y yo, inconscientemente, me he sentado aquí para leerlo. Pero tengo que posponerlo, pues mi madre entra en mi casa de la forma en que siempre lo hace ella, sin llamar. Los genes son muy traicioneros, yo tengo esa misma costumbre y todavía recuerdo a Aidan desnudo saliendo de un armario, ¡qué horror!

Escondo el diario debajo del asiento del sofá.

—¿Hoy no trabajas? —pregunta mirándome con curiosidad.

—He decidido tomarme el día libre, no funciona muy bien el único fluorescente y es bastante incómodo —miento a medias.

—Pues dile a ese chico, a Xander, que le eche un vistazo —suelta mientras deja su plumífero colgado en el perchero—, he venido de dar un paseo con Aidan, hace muchísimo frío, creo que no tardará en nevar.

Niego de manera instintiva.

—No me hablo con él —anuncio con una mueca de desagrado.

Mi madre enarca las cejas.

—¿En serio?, hace unos días parecía que hacíais algo más que hablar. —Me dedica una sonrisa cargada de intención.

—Ya, pues ahora prefiero no verlo.

—¿Y qué ha ocurrido? —inquiere cruzándose de brazos.

Han pasado ya unos días de nuestra traicionera reunión y, desde entonces, nos hemos evitado. Bueno, yo lo he evitado, él me ha salido al paso en dos ocasiones y en ambas me ha insistido en lo mismo. Es más, me ha amenazado con hablar con mi madre y yo le he dicho que ni se atreva, que lo pondré de patitas en la calle.

Si mi madre llega a enterarse de que la parte oscura y dolorosa de su vida que me confió ha ido de boca en boca, le partiré el corazón, y eso es algo que no me perdonaría a mí misma.

Yo me abrí a él, puse en sus manos la historia que mi madre me había contado mientras se desgarraba por dentro, y él se limitó a correr a los brazos de Dakota para contárselo. Eso me dolió más que me tratara de cobarde.

Ayer por la noche lo vi en el comedor y ni siquiera nos saludamos, la tensión entre nosotros se puede cortar con un cuchillo.

Sebastien vino a verme, porque, claro, también sabía toda la historia que su hermana le había explicado a su modo. Estaba muy enfadado y sus ojos me decían que pensaba en estrangularme y que no lo hacía porque no era ningún asesino, solo un buen chico con un doloroso pasado.

Me he mantenido firme, convencida. No pienso dañar a mi madre.

—¿Pues qué tenía que ocurrir?, que no es más que un capullo arrogante… —vuelvo a mentir a medias, porque sí, lo es, pero no siempre pienso lo mismo y la cabeza me va a explotar.

—No sé, Charlie. Los jóvenes de ahora os complicáis la vida demasiado. Mírame a mí, tan feliz con un hombre que realmente merece la pena. La vida no es tan difícil, así que, vívela, muchachita —argumenta divertida.

Aunque yo sé que no todo es de color de rosa para ella. Se ha librado del peso que le oprimía el alma y ahora no hay mentiras entre nosotras. No obstante, ser consciente de que Miller sigue vivo siempre la atormentó y continúa haciéndolo.

Aidan ha intentado averiguar dónde vive, pero tal parece que se lo tragó la tierra hace ya algunos años. Todo esto lo hemos hecho a espaldas de mi madre, yo misma se lo pedí.

No porque me interesara saber de él en el buen sentido, sino para averiguar su paradero y así tenerlo controlado. En ocasiones, hay que saber todo lo posible de tu enemigo si quieres huir del factor sorpresa. La información es oro si de defenderse se trata.

—Precisamente por eso prefiero alejarme de él, demasiado complicado para mí… —mascullo, y mi madre me dedica una incrédula sonrisa.

Le preparo un té y charlamos durante un rato que se me hace eterno, pues quiero leer el diario de Donna. Cuando decide irse, porque según ella su enamorado la va a llevar a comer a un caro y magnífico restaurante de Big Timber, muestro demasiado mi alivio y ella se percata al acto, aunque no dice nada. Se despide de mí con un beso en la mejilla y se marcha.

Cierro la puerta y respiro tranquila. Me dirijo al sofá y rescato el diario de Donna, que ha permanecido aplastado por el peso de mis

posaderas durante al menos dos horas.

Ha llegado el momento de descubrir la verdad sobre Donna Reed.

Capítulo 39

Donna

Todavía miro el rancho y no lo reconozco. Ahora es un hotel y está lleno de extraños, solo este sótano me devuelve un poquito de su antigua esencia, y apesta a humedad.

Hace mucho tiempo que debería haberlo vendido. Las Mariposas ha sido el lugar donde he vivido desde que nací, hace muchísimos años. Nunca he salido de aquí salvo en contadas ocasiones. Mi canción favorita era el mugido de las vacas, y ahora, ya ves, no hay ni una. Las vendí todas y decidí reinventarme, hacerle caso a Thomas y a Xander, quienes me contaban las maravillas de otros ranchos de la zona que habían sido convertidos en *resorts* para turistas.

La idea me asqueaba, todo hay que decirlo, pero a la vez pensaba que los chicos tenían razón y que debía lavarle la cara a este hermoso lugar y hacer que diera un mejor rendimiento, pues la ganadería, a parte de ser esclava, me daba ya demasiados quebraderos de cabeza, necesitaba cambiar de vida, y vaya si lo he hecho. Ahora me paso el día metida en este agujero, la gestión de este sitio se ha vuelto un coloso que no estoy segura de poder vencer. Si al menos estuviera aquí mi nieta Charlotte, todo sería diferente.

Ella es contable y tengo entendido que muy buena. De vez en cuando le digo a Thomas que envíe a su amigo ese que es detective

privado para que la fotografíe a ella y a mis niños, bueno, no tan niños ya, Nathan y Cathy.

Cuando ellos se marcharon, no entendí nada y me enfadé muchísimo. Siempre se les había tratado bien, proporcionado todo lo que necesitaban, dado cariño. Pensé que eran un par de desagradecidos. Mi Nathan me había dejado una carta diciendo que no los buscara, que querían hacer su vida lejos de Las Mariposas. Lejos de mí.

Lo último no lo escribió, pero así me lo tomé yo. No sabía la verdadera razón, de haberla sabido…

Soy culpable, culpable de haber estado tan ciega, sorda e incluso muda. ¿Cómo no supe ver al monstruo que había frente a mí?

Tenía los sentidos nublados por el amor que sentía por él. Pensaba que era un hombre íntegro y bueno, aunque se pasara con la bebida y se acostara con otras mujeres.

Podía perdonar todo aquello, me costaba mucho, claro está. Siempre he sido demasiado tonta, aunque la gente diga que no, que soy fuerte y dura como el acero. Bien sé que no es así.

Cuando los padres de Xander y Dakota murieron en el incendio no supe verlo. ¿Qué demonios hacían esos cuatro encerrados? Había rumores de infidelidad de Sayen, la madre de Dakota, con Xander padre. Rumores que hicieron enfadar a Naweh y los cuatro acabaron en un infierno del que no les fue posible salir.

Siempre pensé que había sido Naweh, al menos eso fue lo que me dijo Steve, me insistió en ello hasta la saciedad y yo le creí, hasta que me di cuenta cómo Steve miraba a Dakota.

La que estuvo ciega, sorda y muda durante años despertó de un letargo infernal aquel día. Fue entonces cuando comencé a seguirlo, a espiarlo. No vi nada fuera de lo normal. Borracheras, mujeres y amigos, lo de siempre. Pero un día todo cambió.

Lo vi en Big Timber, se acercó a una muchachita india que no debía contar más de quince años. El muy desgraciado intentó que subiera a su coche a la fuerza. Yo se lo impedí. Lo amenacé con mi escopeta y él, al saberse descubierto, soltó un montón de mentiras que podría haberse ahorrado.

Recordé a Cathy llorando mientras me contaba que tenía miedo porque había visto a un monstruo que hacía daño a las niñas, entonces pensé que solo había sido una fantasía de la pequeña, una pesadilla quizá. No supe descifrar lo que quería decirme en realidad. Hubo otro día en que la escuché gritar por la noche y acudí a la habitación, Steve, su padre, estaba junto a ella, quien decía que él le había hecho daño, que era el monstruo malo. Lo repetía sin cesar.

Él me convenció de que la niña estaba sonámbula, que aquello ya le pasaba cuando su madre vivía, y que al día siguiente no recordaba nada.

Efectivamente, por la mañana, durante el desayuno, le pregunté qué tal había dormido, la niña respondió que muy bien ante la atenta mirada de su padre.

Hubo tantas señales…

Me negué una y mil veces al hecho de que Dakota tuviera los mismos ojos marrones de Steve, y un parecido más que notable a él. Una especie de alarma interior me lo decía, era como un pellizco en las entrañas, pero yo me hacía la sorda, me decía a mí misma: «Donna, estás desvariando».

Sin pensármelo dos veces, le golpeé con la culata de mi escopeta en la cabeza. Lo metí en el maletero de mi coche, no con poca dificultad, y lo até de manos y pies con una vieja cuerda que por casualidad llevaba en el vehículo. Cuando llegué al rancho, todos dormían, tuve la suerte de que siguiera inconsciente, así que lo arrastré a mi oficina. Dio varios cabezazos en las viejas escaleras, no me importó, estaba furiosa por lo que el desgraciado había intentado hacerle a una niña.

Cuando despertó, se encontró inmovilizado, yo le apuntaba con la escopeta y le pedí que confesara. En un principio, lo negó todo, él nunca había dañado a ninguna niña, era la primera vez, pensaba que era mayor de edad y estaba borracho, por eso le pidió que se fuera con él. Decía que no era más que una prostituta, que parecían más jóvenes de lo que en realidad eran. Puras mentiras.

A riesgo de despertar a todo el rancho, le disparé en una rodilla. Él se retorcía de dolor y clamaba por su vida. Le dije que me lo

contara todo o lo torturaría hasta la muerte. Se cagó encima, y no lo digo de manera figurada, fue real, el olor era nauseabundo.

Le disparé en la otra pierna. Escuché la voz de Xander que preguntaba desde arriba qué ocurría.

—Vuelve a la cama, cariño, todo está bien —le dije.

—Pero, Donna, ¿estás disparando? —preguntó extrañado.

—Es solo una rata, no te preocupes, enseguida le daré caza.

El muchacho volvió a su cama y yo miré a Steve, que en ese instante tenía el cañón de la escopeta metido en la boca, creo que mis ojos le dijeron que no hablaba en broma, así que, cuando lo liberé de su mordaza, empezó a cantar como un pajarito.

Había abusado de Cathy el muy desgraciado, y no solo de ella, sino de Sayen. A las dos las había dejado embarazadas. En aquel momento lo entendí todo, entendí por qué mi Nathan se había llevado a Cathy, él era bueno, noble, y quería a su hermanastra con locura. Era el responsable de la muerte de los padres de Xander, Sebastien y Dakota, quería evitar así que yo me enterase de lo que le había hecho a una pobre niña durante años. Lo que me sobrecogió de un modo letal fue enterarme de que también había abusado de Dakota…, de Dakota, por dios. Tenía vídeos en su móvil, vídeos de lo que le había hecho. Dakota aparecía dormida en su cama y él la embestía sin piedad mientras la chica ni se inmutaba, supe de inmediato que estaba drogada. Lo peor de todo fue la última parte del vídeo, esa me rompió el alma. De súbito, el móvil cambiaba de mano y era otro el hombre que violaba a la pobre Dakota…, las lágrimas me hirieron de muerte al ver a ese monstruo encima de mi niña, era aún más violento que el mismo Steve.

Me enfurecí sobremanera mientras ese miserable me contaba todo aquello, y cuando terminó de hablar, ya era demasiado tarde para él, no quería esperar a que las autoridades hicieran su trabajo, no, yo nunca fui un ejemplo en cuanto a seguir las normas se refiere, así que opté por descerrajarle un tiro que le dejó un gran agujero en la cabeza a mi asqueroso marido.

Aquella misma noche metí a Thomas en la trampilla que hay bajo mi escritorio y puse una vieja alfombra persa encima. La verdad es que desentonaba muchísimo con la deteriorada madera del suelo,

aunque no se me ocurrió otra cosa. Al día siguiente fui a comprar cal viva y cubrí el cadáver de Steve con ella.

Cerré el sótano y no volví a bajar hasta unas semanas más tarde. Por desgracia, el olor a descomposición era terrible, pensé en todo momento que con la cal viva aceleraría el proceso y no olería. Me equivoqué. Si es que nunca había matado a nadie, ¡demonios!

Abrí el ventanuco para que se fuera el olor, tuvieron que pasar algunos meses para que desapareciera casi al completo. Meses en los que me trasladé a trabajar en el salón de mi casa.

El sótano estaba cerrado con llave y solo la tenía yo. Xander me pidió bajar en más de una ocasión porque decía que tenía no sé qué allí. Me negué en redondo y el muchacho, extrañado, dejó de insistir.

Hablé con Dakota, intenté averiguar si sabía algo, pero la pobre estaba tan feliz, así que decidí que siguiera así. No quería perturbar su vida, ya bastante había tenido con lo de sus padres, preferí callar.

Durante los meses posteriores a su desaparición, hice varios movimientos con la tarjeta de Steve. A todos les dije que lo había echado de casa por ser un borracho mujeriego. Incluso usé su móvil para mandar mensajes a conocidos.

Con el tiempo, dejé de hacerlo. Tuve la suerte de que no fuera muy querido, y simplemente lo olvidaron.

Pasaron los años. Xander y Dakota crecieron, se enamoraron. Bueno, llevaban toda la vida enamorados. Me consolaba que no fueran hermanos como temí en una época de sus vidas. Lo otro no, que Dakota fuera hija de Steve me revolvía la tripa, y, por ende, que mi nieta fuera también el fruto del abuso de ese maleante me destrozaba el alma.

Yo no había rozado a Charlie, pero en las fotografías siempre le veía parecido a mí y a mi Nathan, es curioso lo que hace el subconsciente. Por esa razón pensé en ella para sucederme al frente del rancho, sabía que lo haría bien. Al fin y al cabo, era una virtuosa de los números.

Nunca dejé de decir que ella era mi nieta, ignoré la confesión de ese maldito bastardo al que por desgracia un día amé. Es curioso cómo el amor se transforma en odio con tanta facilidad cuando descubres que tu compañero no era más que un monstruo.

Ahora ya soy demasiado vieja, creo que mi camino se acaba y he puesto en las manos de Thomas, un abogado que contraté hace varios años, la documentación pertinente para que mi nieta, sí, mi nieta, herede Las Mariposas. Solo espero que no le dé por hacer reformas en la oficina, se llevaría una desagradable sorpresa.

A quien lea esto, ya sé quién es el otro hombre, el que le hizo daño a Dakota y entonces no pude distinguir por la mala calidad del vídeo. Escribo esto cuando son las dos de la madrugada y creo que ha entrado en mi casa. Me he refugiado aquí, pues he escuchado ruido de cristales en la terraza.

Siempre me equivoco con las personas, y hoy no podía ser menos, creo que moriré, él sabe que lo he descubierto. Se llama...

Capítulo 40

Charlie

Me quedo petrificada mirando la última frase de la confesión de Donna, porque sí, más que un diario al uso, son las últimas palabras de una mujer que quería que se supiera que se tomó la justicia por su mano, y no se arrepentía de ello. Estaba claro que pensó en todo momento que libraba al mundo de un monstruo, y, en parte, aunque no puedo comulgar con matar ni a una mosca, ahora me siento más tranquila al saber que ya nunca podré encontrarme a ese desgraciado por las calles de Big Timber.

Todo es una auténtica locura, parece que a Donna no le dio tiempo de escribir el nombre de su asesino, porque sí, alguien decidió quitársela de encima, no murió por anciana como todos creían que había sido.

Joder…, esto me supera. Dos asesinatos en el rancho, dos. Este lugar es una mierda pintada de purpurina, te atrapa con sus edificios cuidados y ese paisaje de ensueño que regala atardeceres de película, sin embargo, en sus entrañas esconde secretos de lo más tétricos.

Hay un jodido cadáver debajo de mi escritorio, ahora entiendo ese malestar, el olor a rancio y a humedad, a viejo, a cementerio.

Siempre me llamó la atención la raída alfombra que parecía adherida al suelo. No se me ocurrió levantarla nunca, y en parte, me alegro de no haberlo hecho.

Mi mente está revolucionada, los pensamientos van y vienen, y, en medio de toda la maraña, él, Dakota y el dolor que he experimentado al leer que estaban enamorados y que siempre lo estuvieron. Es curioso que después de haber leído algo tan truculento, ese pequeño e ínfimo detalle me cause esta sensación de pérdida que no puedo obviar.

Es triste darte cuenta de este modo de la verdad, de que estás enamorada, lo estás y no eras consciente de ello hasta que no has visto escrito lo que no querías ver.

—Mierda —mascullo.

Porque ahora no sé qué hacer. No puedo callarme algo tan grave, y me niego a permitir que los restos de ese desgraciado sigan en las entrañas de la casa.

Paso horas dándole vueltas a la cabeza sin llegar a un punto concreto. Necesito pensar fuera de estas cuatro paredes, es más, me siento como en una tumba y no quiero dormir aquí esta noche.

Escondo de nuevo el diario debajo del asiento del sofá y me visto con la ropa que suelo usar para montar a caballo.

Llego a las cuadras y encuentro a Xander cepillando a Estrella. Estoy a punto de irme por donde he venido cuando él pronuncia mi nombre.

Me volteo y espero mi sentencia.

—Tenemos que hablar —anuncia.

Pero yo ahora mismo no puedo hablar, mi cabeza es un hervidero de pensamientos circulares y lo único que necesito es perderme entre los parajes impresionantes que me ofrece la cercanía al río Yellowstone, en soledad y sin tener que verbalizar lo que carcome mi alma.

—Ahora no puedo —respondo con sequedad.

—Nunca puedes. Llevas días evitándome, y sigo sin poderme creer que te hayas cerrado en banda para no ayudarnos a los River y a mí.

Siento una punzada en el estómago.

—No es el momento, Xander.

—Deja ya de eludir tu responsabilidad, joder —me increpa entre aspavientos.

—Y tú no me hables así. Nada de esto es culpa mía. Además, solo te pedí tiempo y tú das por hecho que no haré nada para ayudaros.

—Es que no lo harás, Charlie. Solo pareces querer ganar tiempo y ya estoy harto de esperar a que te decidas.

Xander comienza a caminar a paso vivo hacia el exterior de las caballerizas.

—¿A dónde demonios vas? —inquiero previendo sus intenciones.

—A hacer lo que tendría que haber hecho desde que supe que Steve era tu jodido padre —espeta con rabia.

—¡No te atreverás! —exclamo mientras corro detrás de él.

—¿Qué no? No puedes impedirlo, hablaré con tu madre y solucionaré este problema hoy mismo.

—¡No!, no puedes hacerme esto…

Xander se detiene de pronto y se da la vuelta para enfrentar mi mirada encendida.

—¿Por qué dices que no puedo hacerte esto a ti?, ¿no protegías a tu madre? —pregunta creciendo sobre mí como varias cabezas.

—Claro que es por mi madre, no quiero hacerle daño y mucho menos que piense que su hija ha aireado a los cuatro vientos un capítulo tan doloroso de su vida. —Xander me devuelve una mirada dura, pero en sus ojos de mar brilla una estrella bioluminiscente—. Por favor, todo se ha complicado de un modo que jamás imaginé, y ahora mismo solo quiero subirme sobre mi yegua y alejarme del rancho para poder digerir lo que acabo de saber.

Las palabras se me atragantan, y las lágrimas brotan de mis ojos.

La estrella bioluminiscente de los ojos de Xander se expande y se torna compasiva. Me atrae hacia él y acaricia mi cabello.

—Ya está, tranquila, lo siento, lo siento mucho. Me dejé llevar por la ira sin tener en cuenta tus sentimientos.

—Xander, todo esto es muy difícil de asumir. Es una locura y ya no puedo más…

—Tranquila, cariño, no llores —dice mientras me limpia las lágrimas con sus pulgares. Y reparo en que hoy no me ha llamado jefa como hace siempre, ha utilizado una palabra que diría tu novio,

prometido o esposo, una palabra universal que se le dice a quien quieres, aunque sea tu hijo.

Hay personas que la dicen a todas horas, sin darle el sentido que tiene, por inercia. Pero para mí ese «cariño» es mucho más que una forma de hablar, es sincero, señal de una cercanía que anhelo.

No puedo evitar acercar mis labios a los de Xander, y le doy un beso suave, tierno, el beso que le darías a quien llamarías cariño toda tu vida.

Y me lo devuelve, ávido y salvaje, como es él. Aunque todo sea una fachada, porque a mí me ha demostrado que en su interior hay cierto grado de ternura del que parece querer huir.

Mientras el sol de Montana desciende hasta desaparecer, nuestro beso se vuelve eterno, el tiempo se detiene y, por un momento, dejo de pensar en la tormenta de problemas que planea sobre nuestras cabezas y que cada día parece hacerse más y más grande.

Capítulo 41

Xander

De nuevo he pasado la noche con Charlie, estamos en mi cuarto. En una pequeña e ínfima porción del rancho Las Mariposas. Tan diferente al moderno dúplex de la mujer que descansa entre mis brazos... Mas ella no ha querido quedarse a dormir en ese lugar, no después de lo que ha descubierto.

Hemos ido a pasear con los caballos a la luz de la luna, ambos necesitábamos la calma que supone perderse entre hermosos paisajes, con el invierno cada vez más próximo, más amenazante.

Me lo ha contado todo, absolutamente todo, y juro que no daba crédito. Recuerdo a la perfección aquella noche de la supuesta rata en el sótano. Mis padres habían muerto hacía tan solo unos meses, y Steve apenas se dejaba caer por el rancho, al parecer, tenía una amante en la ciudad y pasaba las noches en su casa.

Donna llevaba días muy rara, como pensativa. Siempre di por hecho que se debía a la catástrofe que suponía que cuatro de sus trabajadores hubieran muerto de un modo tan horrible en su propiedad. No podía imaginarme lo que escondían sus silencios.

Sé que a partir de esa noche cerró el sótano y no dejó bajar a nadie durante al menos un año. No entendí aquello, pero era Donna, a veces tenía ocurrencias y manías algo peculiares, así que creí que era una más de sus excentricidades.

La idea de que ese malnacido descanse en las entrañas del rancho es del todo tétrica. Charlie quiere llamar a la policía, enseñarle el diario de Donna, y yo también pienso que es lo mejor.

Tengo claro que la muerte de mis padres fue provocada por ese desgraciado, y ahora ya no puedo pedirle cuentas, Donna lo hizo por mí. Solo me mordisquea el orgullo el no haberlo hecho yo mismo, con mis manos. Luego lo pienso mejor y me alegro de no haberme destrozado la vida matando a un hombre, sé que por mucho dolor que pudiera causarme lo que hizo, por aberrante que fuera el tipo, no superaría en toda mi vida el haberme convertido en un asesino.

Así que, en silencio, le agradezco a Donna que nos librara de ese malnacido sin entrañas.

Lo que enturbia la sensación de liberación es saber que Donna murió a manos de alguien del rancho, alguien que puede acercarse a mí y darme unas palmaditas en la espalda mientras me dedica una sonrisa en apariencia simpática. Según Charlie, su abuela se quedó a medias cuando intentaba dar un nombre, imagino que no le quedó otro remedio que guardar el cuaderno para que este fuera encontrado, y, al menos, se supiera que no murió sin más.

Por ello, llevaremos el cuaderno a la policía y dejaremos que ellos esclarezcan el asunto y hagan su trabajo sin ponernos en peligro. Si bien, a partir de ahora, tendré que ir con cien pares de ojos, y la mitad de ellos a mis espaldas, ese desgraciado violó a Dakota mientras dormía y no sé cómo se lo voy a decir. No puedo callarme, aunque ella sea de la forma que es, yo la quiero como una buena amiga. Han sido muchos años y un dolor muy grande compartido con ella y su hermano, los lazos que nos unen son difíciles de cortar.

Charlie se mueve y se da la vuelta. La rodeo con mis brazos y la protejo con mi cuerpo, haciendo lo que se conoce como la cucharita.

Aspiro el olor de su cabello, a champú de aroma delicioso. A mañana, a hogar. Suspiro y pienso que podría permanecer así toda la vida, sin levantarme, sin separarme del cuerpo de la mujer que amo. Porque sí, he llegado a esa conclusión en los días que hemos pasado sin dirigirnos la palabra. Sentía rabia, claro está, pero también un vacío inmenso en el pecho, un vacío que ahora siento que ya no lo es. Porque estoy pleno, feliz y preñado de amor. Madre mía, qué ñoño ha sonado esto. Me estoy convirtiendo en el típico tío que le suelta cursiladas a la mujer que ama en pantalla. Aunque me da igual, yo solo vivo el momento, me dejo llevar, nunca se sabe lo

que te traerá el nuevo amanecer, si te dará un día hermoso, o, por el contrario, te engullirá entre sus fauces.

Capítulo 42

Charlie

Cuando despierto, encuentro a Xander sentado en la cama con las manos en la cabeza.

—Buenos días —digo con voz somnolienta mientras me estiro.

Él se voltea para mirarme y me dedica una sonrisa un poco tensa.

—Hola, jefa. —Vaya, ha vuelto el «jefa»—. ¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien. Tu cama es más cómoda que la mía —digo encogiéndome de hombros.

—He hablado con Dakota —anuncia de pronto.

—¿Cuándo ha sido? —inquiero extrañada, pues no me he enterado de que hubiera salido de la habitación.

—Hace un rato entró y tuve que salir de aquí con ella.

—Se enfadó, ¿cierto? —pregunto yo también algo mosqueada, ¿es que acaso entra sin llamar en el cuarto del hombre que amo?

—Es complicado, Charlie —dice mientras se acerca a mí y toma mi mano—, Dakota y yo nos hemos criado juntos, ella fue mi primer amor…

—No sigas, si me vas a decir que el primer amor nunca se olvida, mejor déjalo estar, sé de sobra que solo se recuerda de manera especial a aquella persona por la que todavía sientes cosas…, cosas importantes —digo con un nudo en el corazón.

Seguidamente, alejo mi mano de la suya y me levanto de la cama.

Él rodea mi cintura con sus fuertes brazos y me hace caer de culo sobre su regazo.

—Déjame —digo como si su contacto me quemara.

Xander me obliga a mirarlo y besa la punta de mi nariz.

—¿Estás celosa?

—¿Yo?, no…, ¿por qué iba a estarlo? —pregunto cada vez más enfadada, en mi mente las ideas van a mil por hora.

—Yo no amo a Dakota. La quiero muchísimo, aun con sus peculiaridades.

—Con su maldad, dirás —espeto.

—Llámalo como quieras. Con ella descubrí la magia de las primeras veces, pero ya sabes qué ocurre con la magia, es solo una ilusión. Yo no quiero cortinas de brillo, ni sombreros de copa, tampoco conejos saliendo de estos. Solo deseo despertares como el de hoy, aspirando el aroma de tu cabello y haciéndome un café que impregne toda la estancia del olor que solo tiene un hogar.

Las palabras de Xander me dejan petrificada. En mi interior siento la dicha apoderarse de mí, porque sé que es mutuo, correspondido, ni más ni menos que amor verdadero. No puedo resistirme a decir esas palabras que siempre guardé bajo llave y que ni a David le dije jamás:

—Te amo, Xander. —Y al decirlas, un escalofrío se apodera de mí, acompañado de un calor inmenso, algo así como una especie de combustión espontánea que clama solución.

Así que me subo sobre el hombre que amo y nos fundimos de nuevo en un solo ser. Cuando el sexo es bueno, se convierte en un baile en busca del placer, mientras sientes que la persona a la que te entregas sigue todos tus pasos, ambos seguís los del otro. Esa sensación de compenetración es infinitamente mejor si los amantes están enamorados. Xander me demuestra que nuestro sexo es bueno en cuanto, tras culminar su placer, repite las mismas palabras que yo le he dicho antes de enzarzarnos en nuestra batalla de sábanas y cuerpos.

—Te amo, Charlie.

No puedo evitar abrazarlo, incluso que se me escapen las lágrimas. Soy una romántica empedernida, aunque me empeñe en demostrarle al mundo que no tengo ni un ápice de romanticismo. Yo creo que esas personas que tratan de enmascarar su verdadera esencia, haciendo ver que no les importa en absoluto el amor, son las que alguna vez fueron heridas por él. Pero se engañan a sí mismas, no fue el amor quien les hizo daño, sino la equivocación. Elegir a la persona equivocada, pensando que es la más especial que has conocido jamás, es un error común en el ser humano. Cuando es la persona correcta la que se funde contigo en la cama, entonces todo cambia, ahí te das cuenta de que lo que experimentaste con anterioridad y que pensabas que era amor, en realidad no lo era, al menos, no amor verdadero.

Xander

Estamos el uno junto al otro, exhaustos después de hacer el amor dos veces más. No podemos dejar de hacerlo, nos necesitamos de un modo voraz, indecente, increíble.

Charlie me pregunta por mi conversación con Dakota, y le digo que he hablado con ella en su habitación. Esto último no le hace ni pizca de gracia, eso sí, su expresión de sorber limones la delata, la verdad es que está muy divertida con esa mueca desagradable.

Dakota me ha reprochado con ferocidad el hecho de que esté con Charlie y a ella le haya cerrado las puertas de mi corazón. En su mente, todavía seguimos siendo los adolescentes locos que se dejaban llevar por su juventud. Por la magia de las primeras veces, como bien le dije a Charlie, y es la verdad, yo no quiero ilusiones que se conviertan en humo, sino algo sólido, y en ella lo he encontrado, lo siento, no sé cómo explicarlo, sin embargo, sé que es la persona que, inconscientemente, siempre esperé.

No tiene el físico espectacular de Dakota, a ver, es preciosa y a mí me vuelve loco, no obstante, mi amiga es bella hasta límites irreales. Muchos han sido los que han pasado por el hotel y le han

dejado su tarjeta por si quería convertirse en modelo, actriz y a saber qué más. Ella siempre lo rechazó con la esperanza de que un día nos casáramos.

Esto último me lo ha dicho en nuestra conversación, y juro que no me lo podía creer.

—Yo nunca te lo pedí, nunca te pedí que te quedaras en Las Mariposas, tampoco insinué jamás que me casaría contigo —. Y me he sentido el hombre más ruin del mundo al hacer que la verdad le explotara en el rostro, pero no podía engañarla, no sería justo para ella.

—No hacían falta palabras para saber que tú y yo estábamos hechos el uno para el otro, ¿no crees? —inquirió ella mirándome con sus ojos castaños llameantes.

—Dakota, por favor. No hagas que comience a soltar un montón de palabras huecas. El típico: no eres tú, soy yo. No, por favor, eso me convertiría en un cobarde y yo no lo soy, joder. Y mucho menos contigo. —Me he sincerado como nunca lo hice, lo juro.

—¿Qué tiene ella que no tenga yo? —ha preguntado.

—No puedo mandar en mis sentimientos —he respondido, porque no sabía qué demonios decirle.

—Dios mío, sí que te ha dado fuerte. Xander Buchanan hablando de sentimientos. Nunca lo hubiera imaginado. Por una niñita estúpida de ciudad —ha escupido las palabras con saña.

—Ya vale, Dakota. Además, estoy aquí por otra cosa. Algo que no te va a gustar nada, pero que me veo en la obligación de decirte.

—No me digas que te vas a casar con ella, porque es lo último que me falta hoy por escuchar…

He negado y una lágrima traidora ha asomado por donde no tenía que asomar. Quien piense que los hombres no lloramos se equivoca, sí lo hacemos, quizá no tanto como convendría, pero somos humanos, y los humanos lloran. He llorado porque no quería hacerle daño, y lo que tenía que decirle la partiría por la mitad, la conozco lo suficiente como para saber que, bajo su apariencia de mujer dura e inquebrantable, se oculta una persona vulnerable y sensible, fácil de herir, aunque para defenderse siempre saque sus garras y te señale el rostro sin compasión.

Y la he abrazado antes de decirle al oído, ya con un llanto incontenible, lo que se dice llorar como un niño, su triste verdad.

Ha reaccionado con furia, se ha roto delante de mí como esperaba. Luego ha salido de su cuarto, le he suplicado que se mantuviera en silencio, que hoy mismo iríamos a la policía y no quería que el desgraciado que la había dañado se enterara y huyera.

—Pero i¿cómo vamos a saber quién es, joder?! —ha espetado ella totalmente fuera de sí—, quiero ver ese vídeo, quiero verlo. Así que dile a tu niñita de ciudad que me lo enseñe ahora mismo.

—Dakota, tranquilízate, son las cinco de la mañana y Charlie también sufre. Ni siquiera quiere volver a su apartamento, hay un cadáver en el sótano, ¿sabes lo que significa?

»Que en unas horas, esto se llenará de policías y nos interrogarán a todos, a todos, ¿me entiendes?

Ella ha asentido sin poder dejar de llorar.

—Es que no entiendo nada, Xander. ¿Por qué no habéis ido a la policía en cuanto ella te lo dijo?, ¿por qué os habéis pasado la noche follando en lugar de actuar como es debido?

No sé responderle a esas preguntas. Quizá porque el daño estaba ya hecho y unas horas más no representaban ningún cambio para los demás, pero sí para nosotros. Para mí y para Charlie, quien se hallaba totalmente desbordada por la situación.

Ella no había querido dormir en el dúplex por razones obvias. Si bien, había aceptado hacerlo en mi cuarto, cuando el cadáver sigue ahí, tan cerca, a la espera de ser hallado al fin.

—Dakota…

—No quiero que todos se enteren de lo mío, ¿qué van a decir? —ha preguntado temerosa, en su rostro he visto a la niña que un día fue.

—¿Qué pueden decir?, ¿que unos desgraciados te dañaron, que te drogaron y abusaron de ti cuando no eras más que una niña?

—¿Y cuántas veces, Xander?, recuerdo levantarme muy cansada, dolorida y con moratones entre las piernas. Pensé siempre que sería algún tema de la circulación, es lo que encontré en internet, así que no hice nada, jamás se lo conté a Donna.

»¿Cuánto tiempo y cuántas veces, Xander?, si yo misma soy el fruto del abuso, al igual que ella, que Charlie, Dios… —ha dicho entre gimoteos.

La he abrazado y le he dado un somnífero de los que ella tiene en su mesita de noche, pues siempre ha sufrido de insomnio. He esperado a que se durmiera y he vuelto junto a Charlie.

Estaba tan destrozado que no he podido meterme de nuevo en la cama, hasta que ella se ha despertado y hemos vuelto a hacer el amor como animales. Quizá necesitaba olvidarme del dolor que le he producido a Dakota por un rato, no lo sé, pero Charlie me ha dicho que me ama y yo lo he hecho un rato después, solo puedo decir que he sido sincero, muy sincero. No puedo creer que el amor llamee entre las garras del diablo, haciéndose presente, grande y hermoso.

Acaricio el cabello de Charlie y, sin dejar de darle vueltas a todo lo que ocurre a nuestro alrededor, me quedo dormido.

Capítulo 43

Charlie

El invierno golpea con saña el rancho y, con ello, ha bajado la afluencia de turistas. He aprovechado para iniciar la reforma del sótano. No quiero volver a pensar en él como en la tumba de mi maléfico progenitor.

Recuerdo con claridad aquella mañana triste y melancólica, impregnada por una llamita de esperanza al saber correspondido mi amor en medio de la adversidad. También el momento en el que la policía removió a todo el rancho con su presencia. Las opiniones sobre Las Mariposas en TripAdvisor no se hicieron esperar, y algunas hablaban del cadáver que había estado escondido en sus entrañas durante una década.

En un principio, pensé que aquello sería nefasto para el negocio, me equivoqué. Un montón de turistas, atraídos por el morbo, comenzaron a reservar compulsivamente. Fue una verdadera locura, y, hasta hace unos días, hemos trabajado sin parar. Sin embargo, el frío glacial echa para atrás hasta a los curiosos más macabros.

No me gusta que todos pidan que les enseñen el sótano. De hecho, hemos tenido gente que se ha quejado por nuestra negativa. Siempre les dimos una excusa que no es mentira del todo, esa parte del sótano está en mal estado y hay peligro de derrumbe.

Automáticamente preguntaban por su seguridad en las plantas superiores, y nos afanábamos en aclarar que solo estaba afectada

esa parte del gran edificio, y ahí no había habitaciones para los turistas, cosa que es totalmente cierta.

No he podido volver al dúplex, primero necesito arreglar ese dichoso sótano, e incluso cerrarlo. También que pase el tiempo y haga cicatrizar mis heridas todavía abiertas.

Hablé con mi madre un rato antes de la irrupción de la policía en el rancho. Su reacción me sorprendió sobremanera, fue un suspiro de alivio, y unas palabras: «Todo está donde debe estar». Y ya no dijo nada más sobre el asunto.

Con respecto al desgraciado que violó a Dakota, seguimos sin saber nada. La policía interrogó a todos los trabajadores hombres del rancho sin llegar a ninguna conclusión y sin sospechosos importantes.

Incluso Thomas y yo fuimos interrogados, no con poca saña, por parte del *sheriff*, un hombre con malas pulgas y voz amenazante, que no se andaba con rodeos, y que pronto perdió el interés en el caso.

Así que seguimos sin saber nada, con varios ojos en la nuca.

La peor parte se la llevó Dakota, quien dejó de ser ella misma desde el día que Xander le contó lo que había pasado, lo que le habían hecho. Él intentó por todos los medios que ella no viera el vídeo, pero no dio su brazo a torcer; desde ese momento, dejó de maquillarse y vestirse de modo sexi, como acostumbraba a hacer. Comenzó a caminar encorvada y se despreocupó de su aspecto. Debo reconocer que me da pena y no sé cómo ayudarla. Saber que era mi hermana y, por tanto, hija de un monstruo, hizo que mi visión sobre ella cambiara. Sin embargo, he intentado acercarme a ella sin suerte, me rechaza una y otra vez, me insulta e intenta humillarme y hacerme de menos.

Ya no trabaja en la recepción, su hermano y otra chica más joven que contraté se hacen cargo de esta. Dakota se ha vuelto un fantasma que apenas sale de su habitación y que aumenta de peso cada día que pasa.

Xander también ha tratado de ayudarla sin suerte, pues ella no supera que él la dejara por estar conmigo.

Con respecto a nosotros, a Xander y a mí, seguimos viviendo nuestro amor construido entre las cenizas de la desgracia. Eso me da miedo. En ocasiones, pienso que un amor que ha iniciado sobre la ponzoña, nunca se librará de ella. Luego él me abraza, me besa, me hace suya y todo cambia en un segundo, la negrura se transforma en color y la maldad se aleja, llevándonos a ambos a un lugar hermoso, agasajado por la naturaleza y el frío del invierno, frío que para nosotros siempre es calor.

He perdido la cuenta de las veces que hemos hecho el amor frente a la chimenea de la *suite,* donde nos trasladamos la noche después de que sacaran los restos de Steve del sótano. Cada una de ellas ha quedado grabada en mi recuerdo para siempre, porque en cada ocasión es mejor y siento que me alimento más y más del amor que me ofrece mi vaquero guapo.

Ahora mismo está aquí, justo a mi lado, en la cama. Es muy temprano y hoy nos quedaremos en la habitación todo el día. Xander tiene fiesta y he decidido librar yo también, aunque sea bastante difícil teniendo en cuenta que soy la jefa, pero la de verdad. Me parece increíble el hecho de haberme adaptado tan bien a este lugar y a llevar el rancho; no obstante, desde que llegué he pensado muchas veces: ¡quién me mandaría a mí venir a Montana!

—¿En qué piensas, cariño? —Xander me observa divertido, se acaba de despertar.

—Nada importante. Solo en quién me mandaría enamorarme de ti, nada más. —Me acerco a él y le doy un beso en los labios.

—A mí no me mires, eso fue culpa de Donna…

—Donna… Me hubiera gustado conocerla en persona, aunque con todo lo ocurrido, en ocasiones creo que la conozco más que nadie, pues dejó ahí para mí su confesión.

—Así era tu abuela —dice Xander mientras acaricia mi pelo.

Aunque no corriera en mi cuerpo ni una gota de sangre de Donna Reed, para mí siempre será mi abuela. Y no hay más.

Me levanto de la cama, me pongo una bata y miro a mi amor a los ojos.

—¿Vamos a desayunar abajo? —pregunto refiriéndome al comedor.

Xander asiente, y una hora después, previa duchita con momentos eróticos dignos de cualquier novela romántica que se precie, estamos ambos sentados a la mesa devorando el desayuno con ganas, pues las artes amatorias son las que más hambre producen, sí señor.

Estoy a punto de atragantarme cuando veo dos caras conocidas varias mesas más allá. Mi primera reacción es taparme el rostro con una mano, no consigo mi propósito. La figura menuda y sinuosa de Eve se acerca a mí como si entre nosotras no hubiera ocurrido nada malo.

—Oh, no me lo puedo creer, David me había dicho que no, que no eras tú, que se te veía imponente, empoderada ha sido la palabra —dice sin apartar los ojos de Xander, quien me observa con las cejas enarcadas.

—Pues sí, soy yo —respondo con una sonrisa tensa y algo ridícula apretando los dientes para no abrir la boca del todo y llamar a Eve zorra en mayúsculas y con tres exclamaciones por banda.

—Es una grata noticia, nosotros estamos pasando unos días aquí para celebrar que nos hemos comprometido —dice mostrándome un anillo con un fino brillante, la verdad es que es precioso, y así se lo hago ver.

Se escucha un carraspeo y David se sitúa junto a Eve. Me saluda.

Eve se presenta a Xander sin esperar a que yo lo haga, no podía ser de otra forma. Según ella, somos las mejores amigas, si él supiera.

Xander no sabe nada de lo que ocurrió en MGMA. He omitido ese capítulo de mi vida. Siempre le he dicho que estuve en una empresa trabajando como contable y poco más, tampoco le hablé de mi novio/jefe escocés David Mackenzie, así que me mira de un modo curioso porque nota mi incomodidad y mis miradas asesinas a la mujer que acaba de acariciarle el hombro con demasiada familiaridad mientras sonreía coqueta. ¡Será posible!

—Y vosotros, ¿qué hacéis aquí? —pregunta David entrecerrando los ojos y luego añade—: ¿también habéis venido por lo de la maldición?

Xander y yo lo miramos estupefactos.

—¿Maldición?

—Sí, sale en varios vídeos de TikTok, incluso hay gente que ha grabado psicofonías, hay una mujer que dice una y otra vez: «fuera de mi casa», y se oyen disparos.

Xander me dedica una mirada incrédula. No teníamos ni idea de que el asunto hubiera llegado tan lejos, hasta el punto de inventar mentiras…

—Nosotros estamos aquí de paso —respondo, no sabíamos nada de la maldición.

—¿De paso? —pregunta David, a sabiendas de que miento para no dar demasiadas explicaciones, y cambia de tema de forma radical —. Una cosa, aprovechando que te tengo aquí delante. Quería pedirte perdón por haber desactivado a T3R1, pero has de entender que es una herramienta que pagaba la empresa y no podía arriesgarme a que perdieras el móvil y se revelaran secretos profesionales, no sé si me explico…

Ruedo los ojos. No sé a qué viene esa justificación sin sentido.

—Puede que para ti fuera un simple asistente de inteligencia artificial. Para mí era mucho más que eso. Mi confidente, mi amiga y mi sostén cuando la gente a la que quería me falló —suelto con sequedad.

Eve mira hacia otro lado haciendo como si la cosa no fuera con ella. De vez en cuando, le dedica sonrisas a mi vaquero, yo le lanzo dardos ardientes con mis ojos color caca, confío en que le lleguen y le dejen la vista nublada para que deje de poner sus ojos sobre mi chico.

Por suerte, él no parece devolverle el interés y creo que ella cada vez se siente más frustrada. Me doy cuenta de que nunca le interesó David porque estuviera enamorada de él, sino porque era mío. Si de verdad su motivo para arrebatármelo hubiera sido el amor verdadero, ahora no estaría intentando hacerme lo mismo con Xander.

—Bueno, ha sido un placer volver a verte, Charlotte. Nosotros iremos a darnos un baño a la piscina cubierta, es una verdadera gozada, deberíais daros un chapuzón —anuncia David mirando a Eve con desagrado.

Ella se despide de nosotros dos, bueno, hace ver que se despide de mí y le da la mano a Xander mientras suelta un: «encantada», meloso. Zorra mala…

—¿Qué ha sido eso? —me pregunta Xander una vez se alejan.

—Una historia muy larga de contar —digo mientras asiento.

—Tengo tiempo, me encantan tus historias, creo que podrías hacerte escritora, se te da bien narrar —suelta, divertido, y le doy un puñetazo falso en un hombro.

—Tonto… —digo entre risas.

—¿Me estás insultando, jefa?

Niego. El pasado llama a mi puerta, la cuestión es si se marchará y me dejará en paz, o, por el contrario, me atrapará con sus tentáculos de nuevo.

Capítulo 44

Charlie

Xander escucha paciente mi historia, la que quizá no le hubiera contado al menos en una buena temporada de no haber sido por la irrupción en mi nuevo pequeño mundo de dos de las personas que más daño me han hecho en mi vida.

Cuando termino, me encojo de hombros y sentencio:

—Y quizá fuera lo mejor, puede que tenga algo que agradecerles a David y a Eve.

—Yo también lo creo así. Fue el detonante para que te decidieras a subirte a un avión y cambiar las calles plagadas de coches de Nueva York por el hermoso cielo de Montana —dice dándome un pequeño beso en los labios.

—También habría que añadir que conocí a cierto vaquero sin vacas bastante sexi —digo sintiendo un cosquilleo entre mis piernas.

—Bueno, al menos montaba a caballo, usaba sombrero vaquero y botas dignas de cualquier película del oeste, ¿cierto?

—Nunca me gustaron, es más, ¿qué hubiera sido de esta historia de encontrar un rancho tal y como me lo imaginaba?, polvoriento, con el mugir de las vacas como sonido de fondo…

—Con vacas o sin vacas, para mí siempre será una historia digna de contar a nuestros nietos —suelta Xander para mi sorpresa, y mi

corazón late con fuerza, con demasiada fuerza.

Si al final voy a tener que darles las gracias a esos dos por haberse portado de un modo pésimo conmigo, lo que es la vida y su compañero llamado destino.

Mi vaquero se deshace de mi pijama con pericia y besa mis labios. Luego desciende mientras reparte besos por mi cuerpo, hasta llegar a esa parte que clama ser besada. Con su lengua maestra recorre mi centro de placer con dulzura, y pequeñas descargas se apoderan de mi ser. Este hombre tiene electricidad en la punta de su lengua. Mientras me tortura deliciosamente, pellizca ambos pezones de modo que siento que me gustaría morir en ese mismo instante, así, devorada por él.

No tardo en notar que me rompo y que estallaré en mil pedacitos de colores. Xander se detiene, me mira con picardía y juro que me entran ganas de estrangularlo.

—No pares, ahora no, por favor —suplico.

Él me pide que me ponga a cuatro patas, qué mal suena eso, ¿cierto?, pues así me lo dice, pero cuando sale de su boca parece música celestial.

De una sola acometida, me llena por dentro, acierta de pleno sin perderse, y creo que estoy a punto de morir, sí, ahora sí, de placer, claro.

Xander me embiste con fiereza y yo gimo, gimo y gimo sin parar. De ese modo escandaloso que, con toda seguridad, alertará a los vecinos recién casados de la otra *suite*. Estoy segura de que no se pueden comparar con nosotros ahora mismo, porque somos uno, eléctricos, pasionales, locos, indecentemente indecentes.

Y mi placer culmina de un modo que jamás creí que fuera posible, me dejo ir mientras no puedo más que pensar en que no hay nada comparable a esa pequeña muerte llamada orgasmo.

Mi vaquero no tarda en jadear, gemir y rendirse a su placer.

Dejo caer mi cuerpo bocabajo y él se tiende sobre mí mientras respira con agitación.

—Charlie, creo que después de esto tendrás que casarte conmigo —suelta sin recuperar del todo el resuello.

—¿Estás hablando en serio? —pregunto divertida.

—No se me ocurre mejor momento para no bromear… Sé que no tengo ningún anillo que darte, por ahora, pero tendrás tu anillo, te lo prometo.

—Ay, Xander —digo intentando levantarme para darme la vuelta, y él se aparta—, no necesito ningún anillo de compromiso. Te quiero a ti, así, desnudo, ¿qué mejor forma hay de declararse a una persona que hacerlo totalmente vulnerable?

—¿Vulnerable? —pregunta Xander entrecerrando los ojos.

—Sí, mi vaquero, vulnerable, totalmente indefenso para recibir mi próximo ataque —digo insinuante, felina.

—Confieso que tengo un poco de miedo —susurra divertido mientras acaricia mi vientre con el dorso de su mano.

—Si tienes miedo, nunca sabrás cuál es mi respuesta —musito en su oído y seguidamente beso su cuello con suavidad.

—Creo que eres la única mujer que ha conseguido que esté preparado para un segundo asalto en milésimas de segundo.

Esta vez me pongo yo arriba, me encanta sentir que soy la que domino la situación e impone el ritmo, y también deleitarme mientras acaricio el torso alucinante de mi amante.

Me muevo primero con lentitud, sintiéndome expuesta frente a Xander, que me observa con sus ojos de mar embravecidos. No tardo en notar de nuevo el placer, creo que entre sus brazos me he vuelto multiorgásmica. Y cuando siento la cima de la escalada, gimo con pasión mi respuesta a la petición de matrimonio.

Xander

Me ha dicho que sí, y de la forma más alucinante. Mientras se corría. Menuda historia, esa sí que no se la podremos contar a nuestros nietos.

Somos muy jóvenes, y soy consciente de ello, aunque he tenido suficientes mujeres en mi cama como para saber que esta es a la que quiero.

Lo único que empaña mi felicidad ahora es ver a Dakota morirse cada día un poquito más. Ya no sé qué hacer para animarla, me ha cerrado las puertas de la amistad, y creo que cuando se entere de que Charlie y yo nos vamos a casar, la cosa va a ponerse mucho peor.

Por ello, creo que tengo que ser yo el que se lo anuncie, antes de que Charlie se lo diga a su madre y se entere todo el rancho. Cathy es muy buena mujer y suegra, pero a veces se le escapa la boca cuando está emocionada.

Ella se trasladó hace dos semanas a vivir a la casa de Aidan, en Big Timber. Me da a mí que tampoco tardarán en darse el «sí, quiero». Son como dos adolescentes, todo el día dedicándose palabras ñoñas. Acabo de caer en la cuenta de que Charlie y yo hacemos exactamente lo mismo, juro que no me reconozco.

Los otros profesores se ríen de nosotros, de Aidan y de mí. A él le importa más bien poco. Yo lo llevo un poco peor, me entran ganas de darle un puñetazo al imbécil de Michael por los gestos obscenos que me dedica de vez en cuando, haciendo una uve con los dedos y moviendo su lengua entre ellos, refiriéndose a que estoy encoñado.

Lo mejor es ignorarlo, de lo contrario, ya le habría partido la cara hace mucho tiempo.

Los días transcurren en calma y la primavera se asoma, prometiendo un aluvión de turistas en el rancho. No sé si todavía estarán tan interesados en la historia del hombre que pasó una década enterrado en las entrañas de Las Mariposas y la supuesta maldición, si eso genera riqueza, bienvenida sea, pues de eso vivimos todos aquí.

Queda muy poco para nuestra boda, concretamente, dos días. Solo puedo decir que soy el hombre más feliz en la faz de la Tierra.

Capítulo 45

Charlie

La chica de recepción me ha dado un paquete. Me ha dicho que llegó esta misma mañana, viene de Nueva York, y por extraño que parezca, de MGMA. Entrecierro los ojos, ¿qué puede ser?, estoy a punto de abrirlo, pero tengo miedo. Quién sabe qué se les haya ocurrido enviarme.

Corto con un cuchillo el precinto y saco la caja rosa que hay en el interior, envuelta en un lazo.

Tiro de un extremo de la cinta para deshacer la lazada y luego quito la tapa de la caja con el corazón a mil por hora. Descubro que hay un móvil y un sobre a mi nombre. Rasgo la solapa de inmediato y distingo la hermosa caligrafía de David.

Querida Charlie:

Quizá pensarás que no es el mejor momento para escribirte una carta, estás a punto de casarte con un hombre que no soy yo, y no, no quiero que pienses que hago esto como último intento para recuperarte, porque no es así. Lo único que pretendo es desearte lo mejor en tu nueva vida y pedirte perdón por el daño que te hice.

Debería haber confiado en ti, haberte creído cuando me dijiste que había sido Eve la que te había copiado el proyecto y no al revés. También debería haber sido un mejor novio para ti, me arrepiento muchísimo de haberte hecho sentir como si fueras una amante o la

tercera en discordia cuando estábamos juntos, a causa de mi cobardía. No hay día en que no me lo reproche a mí mismo.

Encima te traicioné con ella, tu mejor amiga. No tuve corazón y fui un gilipollas con todas las letras. Eve pasó semanas diciéndome que tú no me querías, que hablabas de mí como si fuera un pasatiempo para ti y que solo estabas conmigo por mi dinero. No sé cómo lo hizo, pero logró convencerme, y cuando me vio vulnerable, ella estaba ahí, con los brazos abiertos para mí. Sé que todo esto te sonará a excusa, no quiero buscar culpables, la culpa no la tuvo Eve, fui yo el que podría haber dicho no y no lo hice, así que te pido perdón también por esto.

No se me ocurre nada con lo que compensarte. Sé que eres feliz junto a Xander y que eres la dueña del rancho maldito. Sí, me enteré de que era tu rancho el mismo día que nos encontramos, no te imaginas la cara de Eve en cuanto se lo dije, le está bien empleado.

En cuanto a ella. La pillé intentando quitarme de en medio en MGMA, se estaba camelando a dos de mis socios a mis espaldas. Quería treparme, quitarme el puesto. Rompí el compromiso y aproveché el momento para anunciarle que estaba despedida.

Yo me he tomado unas merecidas vacaciones. Justo ayer conocí a una chica que me recordó muchísimo a ti, lo malo es que no eras tú. En fin, que no me voy a enrollar más. Enciende el móvil, tienes una sorpresa.

Mucha suerte,

David Mackenzie

Todavía estoy en *shock* por la carta de David, el karma le ha devuelto sus malas acciones, no obstante, ha pedido perdón y ha aceptado que obró mal, eso le honra.

Tomo el móvil entre mis manos y lo enciendo. Teri me saluda con su voz pizpireta, contenta de verme de nuevo. Una lagrimita recorre mi rostro cuando ella dice: «Te he echado de menos, Charlie».

Estoy en mi antiguo dúplex, hace dos días que Xander y yo volvimos a vivir aquí. La parte del sótano donde se encontraba la oficina y, por ende, el cuerpo de ese desalmado, la mandé cerrar. Solo hay un

trozo de sótano que antes no estaba habilitado y ahora es una pequeña bodega, también taller para Xander cuando le da por hacer bricolaje. Por suerte, el ventanuco sigue ahí, así que hay luz natural y el sitio se puede ventilar. Además, la madera de las paredes está pintada de un color blanco roto que le da un toque nada siniestro al lugar. Aun así, no suelo pisarlo a menos que mi vaquero se encuentre en él.

—Charlie, hija, no te muevas tanto. —Mi madre me está ayudando a vestirme y Dakota está sentada en el sofá.

Hace unos días, sin más, se acercó a mí mientras estaba en una hamaca de la piscina cubierta. Me pidió perdón. Pensé que todos lo hacían últimamente, bueno, los que me habían dañado o tratado mal.

No es ni la sombra de lo que era. Su figura se ha deformado, pues los kilos que ha aumentado se han repartido de un modo algo extraño, y su bonita mata de pelo luce sin brillo. Por no hablar de su rostro angelical, que ahora parece marchito.

Es mi hermana, me guste o no, la sangre nos une, así que la perdoné, ¿qué otra cosa podía hacer?

Le he pedido que sea mi dama de honor, junto con Annie, la nueva recepcionista y dos camareras, le ha costado, pero ha acabado por aceptar. Así que ahí está, expectante. No nos sirve de mucha ayuda y mi madre está atacada.

Sebastien, su hermano, de algún modo también me ha aceptado como una más de su familia, y me llevo bastante bien con él desde que se supo toda la verdad.

—Mamá, me has pinchado —digo dando un respingo.

—Si es que este vestido te sobra por los costados, como pille a la modista se va a enterar —espeta mi madre.

—He sido yo que he bajado de peso con los nervios… —rezongo.

Se me hace eterno el momento de terminar de arreglarme, es como si nada me quedara bien. Hasta que por fin, Annie, que demuestra ser una gran maquilladora, obra la magia. O qué sé yo. Solo sé que en cuanto ella termina de maquillarme me miro al espejo y veo que estoy preciosa.

Mi madre llora de emoción.

De fondo, Teri me dice lo emocionada que está.

—¿Qué es eso? —pregunta Dakota con el ceño fruncido.

—Mi mejor amiga. Teri te presento a mi hermana Dakota, Dakota, te presento a mi amiga Teri.

—¿No ha podido venir? —pregunta Dakota cada vez más confundida.

—Sí, estoy aquí, soy T3R1, una inteligencia artificial, pero puedes llamarme Teri, fue Charlie quien me puso ese nombre y me gusta.

Dakota se encoge de hombros y masculla: «La familia no se elige y este es el mejor ejemplo». Y a continuación sale de la habitación y cierra de un portazo.

—¿Qué le pasa ahora? —inquiere mi madre.

Niego con la cabeza. A saber qué bicho le haya picado a la controvertida Dakota River.

Capítulo 46

Xander

Me despierto con la boca seca, mala idea eso de hacer la despedida de soltero un día antes, voy a matar a Sebastien. Solo tengo vagos recuerdos de la noche anterior. Creo que alguno de los chicos me echó algo en la bebida.

Miro la pantalla del móvil que descansa en la mesita de noche de mi antiguo cuarto, la madre de Charlie se empeñó en que durmiera separado de su hija la noche antes de la boda, y doy un brinco, es muy tarde y yo estoy hecho un asco.

Irrumpo en la ducha y la lío con el champú, porque no es el jodido champú, sino jabón de los platos, ¿qué demonios hace ahí?, no tengo ni idea, debe de haber sido cosa de alguno de estos mandriles que me prepararon la fiesta sorpresa ayer. Y mira que les dije que pasaba de despedidas de soltero…

Miro el bote y no me he equivocado, es el del champú. Malditos cabrones…

Acabo por resignarme a lavarme la cabeza con el lavavajillas que seguro acabará por dejarme el cuero cabelludo hecho unos zorros.

Cuando salgo de la ducha, y tras secarme de aquella manera, voy al armario donde Cathy dejó mi traje de novio con su funda. En la balda de la estantería está todo lo demás. Hasta unos calzoncillos me ha preparado la buena mujer, creo que se ha tomado muy en serio eso de que yo no tengo madre y piensa que necesito una con urgencia. Creo que no se equivoca, no puedo evitar sentirme un poquito triste ahora mismo. De haber estado viva, mi madre me hubiera acompañado en estos momentos.

Escucho unos golpecitos en la puerta y me acerco a abrir con la corbata suelta, la camisa por fuera y el pelo mojado.

Son Cathy y Aidan. Sonrío complacido.

—¿Lo ves, Aidan?, ya te dije que Xander necesitaría ayuda. Madre mía, ven que te arregle esa corbata, hijo.

Y la palabra hijo en los labios de Cathy consigue emocionarme. Tengo la sensación de que mi día irá mejor a partir de ahora. Así que me dejo mimar, aunque haya momentos en los que me haga sentir como un niño que no tiene ni idea de cómo arreglárselas solo.

Casi estoy listo cuando escuchamos unos golpes fuertes y los gritos de Dakota.

Abro la puerta y salgo de mi cuarto seguido por Aidan y Cathy. Lo que encuentro me cubre de hielo el alma. Dakota está sobre Michael y apoya un cuchillo en su garganta.

—Dakota, ¿qué haces? —inquiero con tiento, confieso que estoy muy asustado ahora mismo, conozco a Dakota lo suficiente como para saber que cuando está furiosa puede ser imprevisible.

—Fue él…, él es el cerdo que abusó de mí, y lo ha seguido haciendo… —masculla ella con los ojos flamígeros.

—No la creáis, no es más que una maldita mentirosa —balbuce Michael.

—¿Estás segura? —inquiero sintiéndome estúpido al acto.

—¿Crees que si no lo supiera estaría a punto de quitarle la vida a este gusano? —espeta ella ejerciendo más presión sobre la garganta de su presa y haciéndole sangrar levemente.

—Por favor, no la creáis, está mintiendo. ¿Que no veis que se ha vuelto loca?, lleva semanas acusando a los muchachos, a todo el que se le cruza por el camino, y hoy me ha tocado a mí —argumenta Michael con desesperación y la voz engolada en ciertos puntos de su discurso.

Aidan y yo nos miramos. Cathy tiembla de pies a cabeza y saca el teléfono de inmediato. Marca el número de la policía sin perder tiempo.

—¿Qué demonios haces? —inquiere Michael con la mirada cargada de temor.

—Lo que se debe hacer con una sabandija como tú, entregarla a la policía —sentencia mi suegra con la mirada más fiera que le he visto jamás, solo espero que nunca me la dedique a mí.

—Maldita perra… —sisea Michael.

—Como digas algo más te mato —replica Dakota con firmeza.

—¿Tú?, no eres más que un adefesio inmundo, me das asco, zorra —suelta él sangrando cada vez con más profusión porque Dakota incrementa por segundos la presión.

—No lo hagas, Dakota, no le des el gusto. Solo quiere provocarte para que lo mates. Sabe lo que le ocurrirá en la cárcel y prefiere morir a enfrentarse a ello. Además, así se asegura de que seas tú la que pague por él —argumenta Aidan con firmeza.

Los ojos de Dakota se inundan de lágrimas.

—Puse cámaras en mi cuarto, nadie había entrado en él, hasta esta madrugada. He visto la grabación, es repugnante. Me siento sucia, inmunda, ¿qué más me da pudrirme en la cárcel?, si ya lo estoy, ya estoy podrida, joder —suelta Dakota entre sollozos.

Cathy se acuclilla junto a ella.

—Sé cómo te sientes, he pasado gran parte de mi vida dominada por ese tipo de pensamientos oscuros. Pero Nathan y mi hija llenaron mi vida de color, y de color quiero que siga. Así que no le des el gusto a este energúmeno. Tendrá su merecido, se pudrirá en la cárcel.

Dakota observa a Cathy con una mirada indescriptible. «No, Dakota, no», pienso. Sin embargo, la veo totalmente convencida de que quiere matar a su violador y va a ser muy difícil hacerla cambiar de idea.

—Puta, no vales nada, ya todo el que quiso se sirvió de ti, y de la ramera de tu madre —sentencia Michael tocando el punto débil de Dakota.

Ella suelta un alarido y desliza el cuchillo hacia un lado de la garganta del hombre que desgració su vida.

Capítulo 47

Charlie

Estoy sola en el dúplex. Hace un buen rato que mi madre y Aidan se han ido al cuarto de Xander para ayudarlo a él.

En un principio, me he quedado con Annie tomándome una tila, porque estoy totalmente desbordada, no todos los días se casa una.

Luego ella se ha marchado y he permanecido aquí, a la espera de que mi progenitora se digne a avisarme para bajar al jardín, que está hermoso con su arco de flores blancas y sus lazos también del mismo color en todas las sillas. La verdad es que Annie, convertida en *wedding planner*, ha hecho un trabajo maravilloso.

Miro el móvil y paso el tiempo charlando con Teri, que intenta calmarme con sus listados de cosas para hacer cuando te sientes ansiosa antes de una boda.

David la mandó reprogramar para que ya no supiera nada de la empresa, bueno, al menos es lo que ella me dijo a su manera, con un vocabulario técnico difícil de comprender. Ahora es una IA personal única que se puede traspasar a otro móvil si hubiera cualquier problema con el que tengo. Pues se puede controlar desde no sé dónde. Eso sí, tendré que ponerme en contacto con David si eso ocurriera. Por el momento, está en mi vida y espero que sea por mucho tiempo.

Escucho sirenas de fondo, sirenas de la policía. Miro por la ventana del salón y me quedo helada cuando veo como se dirigen al rancho. No sé qué demonios ha ocurrido, pero ¿tenía que ser el día de mi boda?

Salgo del dúplex y me dirijo al vestíbulo. Veo entrar al *sheriff* y a dos policías más. Se dirigen a las dependencias de los empleados.

Trato de seguirlos, y uno de los hombres me dice que me mantenga alejada, que puede ser peligroso.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, y luego añado—: soy la dueña del rancho.

El policía me mira incrédulo, la verdad es que, con las pintas que llevo, no sé si ofrezco mucha credibilidad.

—No puedo decirle nada por el momento, aguarde aquí —suelta, y se queda en medio del pasillo de acceso a las habitaciones de los empleados para impedir que me cuele.

—Tengo que saber qué está pasando en mi hotel —digo con indignación.

—Señora. —Lo mato, que tengo veintiséis años, por Dios, ese «señora» sobra, encima voy vestida de novia, todavía soy señorita, maldita sea—. Hay al menos un herido y no sabemos si un muerto, así que obedezca y déjenos trabajar, confíe en nosotros.

—Un herido…, un muerto…

—Déjenos trabajar —repite.

El policía me insta a que me quede en el vestíbulo, dice que cuando detengan a la persona conveniente lo sabré, que lo mejor que puedo hacer es pedirles a mis clientes que se metan en sus habitaciones.

Me llevo una de las manos a la cabeza, siento la ansiedad y el miedo apoderarse de mí. En mi mente ocurren catástrofes, Xander está malherido, o, peor aún, muerto. O Aidan, o mi madre…, Dakota. Dakota estaba muy rara, se fue dando un portazo y quién sabe si se le haya ido la cabeza del todo.

Camino hacia el vestíbulo deseando quitarme el vestido y toda la parafernalia. Estoy llorando y apostaría mi cabeza a que la máscara de pestañas ya es historia.

El pecho me duele y me siento mareada.

De súbito, veo pasar a unos sanitarios, uno de ellos pregunta en la recepción a dónde ha de dirigirse. Yo me acerco para guiarlo, pero, de nuevo, el vigilante del pasillo me cierra el paso.

—Buen intento, señora. Ya le he dicho que no la voy a dejar pasar.

Lo fulmino con la mirada. Que me haya llamado dos veces señora hoy es suficiente motivo para desearle almorranas como racimos de uvas.

Los sanitarios descienden los peldaños de la escalera de los empleados. Me acerco a ellos con celeridad y compruebo que está vacía.

—¿Qué ha pasado?, ¿qué ha ocurrido?, ¿por qué no llevan a nadie en la camilla?, ¿acaso ha muerto? —inquiero de corrido y sin tener en cuenta que repito preguntas.

—Espere aquí, señorita —suelto un suspiro de alivio, si hoy me llama otro tipo señora acabaremos muy mal.

—Soy Charlotte Reed, la dueña del rancho —anuncio con desesperación.

—No se preocupe, no hay ningún muerto…

Momentos después, el *sheriff* y el otro policía aparecen seguidos del vigilante del pasillo. Llevan detenido a Michael, quien tiene el cuello vendado y la camisa manchada de sangre.

Abro mucho los ojos.

—¿Qué demonios has hecho, Michael? —inquiero con sequedad.

—Cállate, zorra —suelta, y el *sheriff* lo empuja mientras lo invita a que se meta la lengua en cualquier parte y no diga una palabra.

Poco después, Xander aparece con un brazo por encima de los hombros de Dakota, que tiene la camiseta salpicada de sangre y los ojos congestionados por las lágrimas.

—Ya ha pasado todo, él tendrá su merecido.

Es entonces cuando las piezas se conectan en mi mente. Fue Michael, ¿cómo no se me había ocurrido? Siempre me dio mala espina, con su vocabulario soez y esa manera de mirar a todas las mujeres del rancho, en especial a las turistas.

Mi madre y Aidan son los últimos en descender los peldaños y ella se acerca a mí para abrazarme.

—Ya está, mi niña. Ese desgraciado tendrá su merecido.

Dakota se zafa con suavidad del brazo de Xander y señala a donde yo estoy, él me mira y se encoge de hombros.

—¡Quién me mandaría amarte! —exclama entre aspavientos teatrales mientras camina con sus andares vaqueros y sexis hacia

mí.

—Esa frase es mía —respondo mientras me lanzo a sus brazos—. He pasado mucho miedo, pensé que te habían ocurrido un montón de cosas horribles.

—¿A mí?, no, que a mi jefa no le haría gracia que tuviera un accidente laboral. Ya sabes cómo son los jefes…

Ruedo los ojos.

—Te odio —gruño.

—Mentirosa —suelta, y me da un beso suave en los labios.

—¿No me crees?, te lo digo en serio…

Xander suspira, niega con la cabeza y me da la mano. Tira de mí.

—Ven —dice convencido.

—¿A dónde? —inquiero extrañada.

—Tú confía en mí, da un paso.

Lo miro con las cejas enarcadas y lo pillo por fin. Doy el paso hacia el amor y tomo las dos manos de mi vaquero para decirle: Te quiero.

Epílogo

Charlie

Cuando dices «sí, quiero», es como si un antes y un después se impusieran sobre tu existencia. Por mucho que esa persona ya lleve tiempo en tu vida, ese momento es especial.

Y tan especial para nosotros dos, que sellamos nuestros respectivos «sí, quiero», con un beso largo, demasiado. El oficiante de la boda nos desea lo mejor y ambos contemplamos a toda la gente que nos mira desde sus sillas acicaladas.

Entrelazamos nuestras manos y nos dedicamos una sonrisa cómplice.

La boda al final se ha celebrado por la tarde-noche, y el atardecer en Montana es un sueño de colores ocre y rojizo.

Bailamos un tema lento mirándonos a los ojos y vemos como mi madre hace lo mismo a unos metros con Aidan. Son tan felices como nosotros.

Una vez más doy las gracias por aquellas puertas que se me cerraron a cal y canto un buen día y me sacaron de mi anodina vida, una vida que no era la que me tocaba vivir, para regalarme este trocito de cielo y una gran estrella, mi vaquero guapo.

Las cosas ocurren por algo, nada es fruto de la casualidad, sino de un mapa trazado llamado destino, que tiene sus caminos y sus baches, pero siempre, siempre te conduce al mismo lugar. A mí me trajo a un rancho en Montana, ¿dónde crees que te llevará a ti, que lees estas páginas quizá en la piscina, el sofá o en tu rinconcito de lectura favorito?

Casi se me olvida lanzar el ramo y lo hago a última hora, cuando tengo los pies destrozados de tanto bailar y los labios enrojecidos por los besos de mi marido. Oh, qué bien suena, M.I. M.A.R.I.D.O. Madre mía, estoy deseando que estemos solos y poder quitarle ese traje que tan bien le sienta para hacerle uno de saliva. Mi madre diría, «no seas vulgar, Charlotte», y quizá tendría razón.

—A la una, a las dos y a las tres, ramo va… —Y las manos de Dakota lo reciben.

Me acerco a mi hermana y la abrazo. Mi hermana. Es una superviviente que volverá a florecer, lo sé, lo siento. Esa Dakota apocada y siniestra volverá a ser la víbora que conocí. Y, de alguna manera, lo prefiero. No me gusta verla tan devastada.

Una vez en la *suite* nupcial, mi recién estrenado marido y yo contemplamos las estrellas, que parecen mirarnos celosas desde el firmamento teñido de añil.

A partir de hoy empieza nuestra nueva vida, la de una chica de ciudad que sucumbió a los lazos del amor y la de un vaquero sin vacas que decidió que amarla era una buena idea. A esa chica no le hizo falta un año para tener claro dónde quería vivir y con quién quería hacerlo.

No sé cuánto tiempo durará lo nuestro, si acabaremos por tirarnos los trastos a la cabeza o comeremos perdices por siempre, lo único que sé es que quiero seguir restando los días que me queden por vivir con este hombre, bajo el cielo de Montana.

NOTA DE AUTORA

Tenía muchas ganas de escribir una nóvela romántica contemporánea ambientada en Montana. Y aquí la tenéis, solo que la historia ha alcanzado tintes de misterio y de drama, aunque también tenga sus puntos de comedia.

He disfrutado muchísimo escribiéndola, como con todas mis novelas. Es algo que sale solo, no he de forzar. Si lo que escribo me llena, da igual qué género sea.

Espero que hayáis disfrutado de la historia de Charlie y Xander. Son dos personajes que siempre recordaré con cariño y espero que vosotros también.

Como curiosidad, deciros que le pregunté a Copilot qué diría como inteligencia artificial en caso de que alguien le contara los hechos que Charlie le explicaba a la IA Teri, le dije incluso que era para mi novela y se mostró encantada de ayudarme. Las respuestas que me dio, yo, obviamente, las escribí a mi manera. Así que para mí merece un puesto como colaboradora en este libro, pues nadie puede darme mejores referencias de las respuestas que me daría una IA que una.

Deciros también que he tratado de exponer con la traición de la mejor amiga humana de Charlie, Eve, cómo algunas personas son capaces de pasar incluso por encima de la amistad para sobresalir sobre otras. Y con la del novio escocés de Charlie, he tratado de hacer visible el rol, a veces tóxico, de las relaciones en las que uno da más que el otro. Por suerte, esos dos se llevan su merecido al final, ¿no creéis?

También he hecho visible un tema que ha sido muy difícil de abordar para mí, el abuso infantil. Me he puesto en la piel de Cathy y de Dakota, bufff, acabé llorando. Es increíble como la ficción puede calar tan hondo, incluso si eres tú quién la crea.

Gracias a todas las personas que han estado a mi lado en este camino, que, aunque yo sea una escritora solitaria, también aprecio la amistad y el calor de los míos.

Muchísimas gracias por leer esta novela, sin vosotros, queridos lectores, los autores no podríamos ejercer la profesión más bonita del mundo…

Lisbeth Cavey

Si quieres ver mis demás libros, suscribirte a mi página web o seguirme en redes, escanea el siguiente código:

[1] Síndrome de desgaste profesional. Estado de agotamiento físico y mental originado por el estrés laboral, las exigencias desproporcionadas y la insatisfacción laboral.